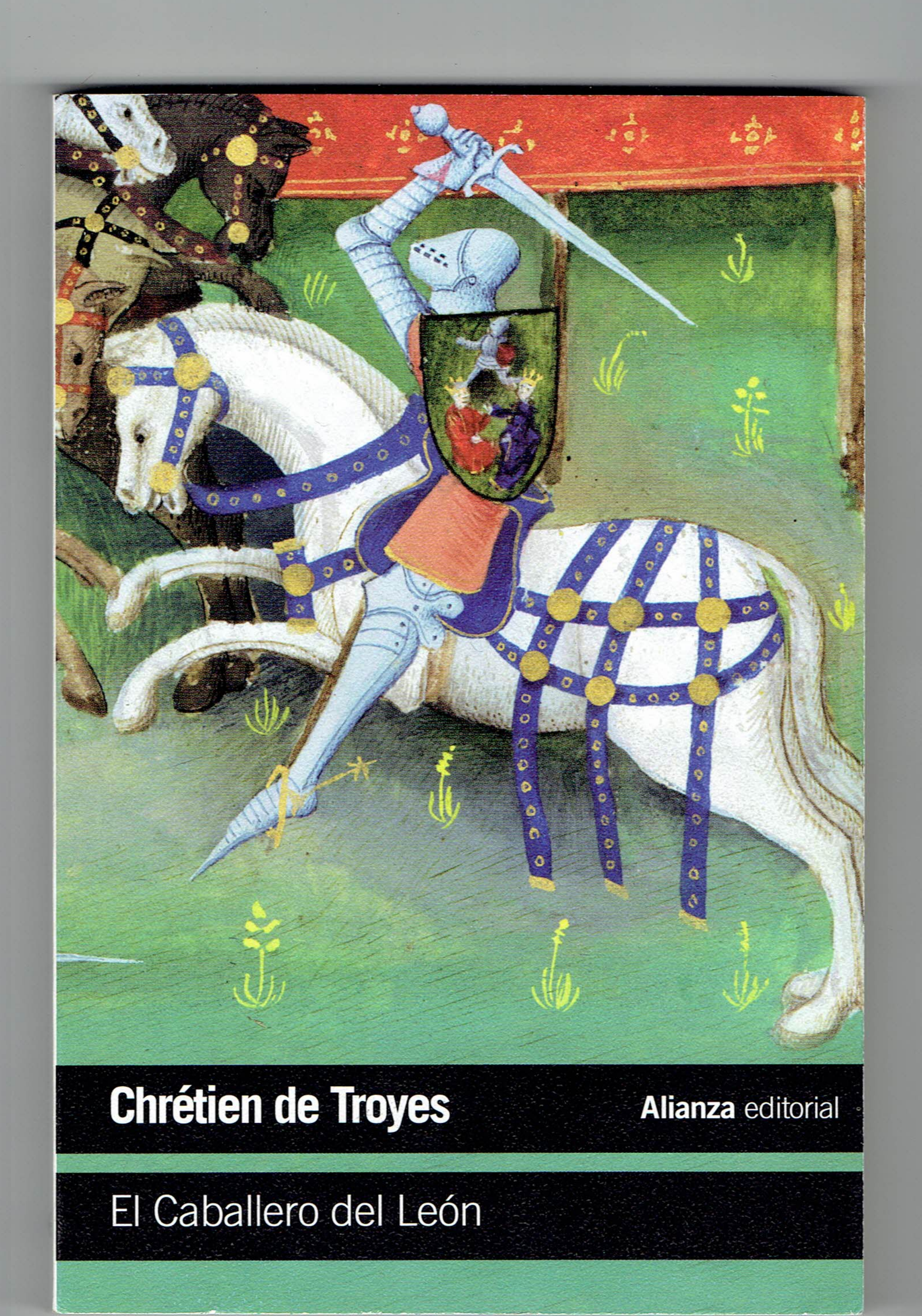


Chrétien de Troyes

El Caballero del León

Alianza editorial

1. La corte del rey Artús

Artús, el buen rey de Bretaña, que nos da ejemplo de caballerosidad para que seamos nobles y corteses, convocó a su corte, rica como corresponde a un rey, en la fiesta tan importante que llamamos Pentecostés.

El rey estaba en Carduel, en Gales; después de la comida los caballeros atravesaron las salas y se reunieron con las damas, las jóvenes y las doncellas. Unos contaban las últimas noticias y otros hablaban de Amor, de las angustias, de las penas y de los grandes bienes que experimentan con frecuencia los discípulos de sus mandatos, ya que son para ellos poderosos y buenos. Pero Amor tiene ahora muy pocos seguidores, pues casi todos le han abandonado y Amor ha decaído mucho y si antes los que amaban eran llamados corteses, nobles, generosos y honorables, ahora Amor se ha convertido en mentira porque los que nada sienten dicen que aman pero mienten y van diciendo falsedades los que se envanecen de ello sin

tener ningún derecho. Pero dejemos a los que aún viven para hablar ahora de los que fueron, ya que, en mi opinión, vale más un hombre cortés muerto que un villano vivo. Por eso me gusta contar, y que lo oigáis, algo acerca del rey que tuvo tal renombre y del que se habla en todas partes. En esto estoy de acuerdo con los bretones: su renombre durará siempre y por él son recordados los nobles caballeros elegidos que se esforzaron honrosamente. Pero aquel día se sorprendieron mucho de que el rey abandonara su compañía, hubo incluso algunos que se molestaron por ello y mucho lo comentaron porque nunca le habían visto en día de fiesta tan importante retirarse a la cámara a descansar y a dormir; pero aquel día así sucedió porque la reina le retuvo y se quedó tanto tiempo a su lado que se olvidó de todo y se durmió. Al otro lado de la puerta de la cámara, fuera del aposento, estaban Dodinel, Sagremor, Keus y mi señor Gauvain; y también estaba allí mi señor Yvain y con él Calogrenant, un caballero muy amable que les había empezado a explicar un relato no acerca de su honor, sino de su vergüenza. Mientras contaba su historia la reina le oyó y se levantó del lado del rey para acercarse rápidamente, y antes de que nadie la viera se incorporó a ellos, solamente Calogrenant se puso en pie ante ella.

Keus, que era muy burlón, traidor, sarcástico y provocador, le dijo:

–¡Por Dios!, Calogrenant, muy valiente y decidido os veo ahora y me complace ciertamente que seáis el más cortés de entre nosotros, y sé que estáis convencido de ello porque no tenéis nada en el cerebro. Es justo que mi señora piense que sois el más cortés y noble de todos y

que quizá no nos pusimos en pie por pereza o porque no nos dignamos hacerlo. Pero, ¡a fe mía!, señor, si no lo hicimos es porque no vimos a mi señora antes de que vos os levantarais.

–Ciertamente, Keus –dijo la reina–, creo que reventaríais si no os pudierais vaciar del veneno del que estáis lleno. Sois molesto y vil peleándoos siempre con vuestros compañeros.

–Señora –dijo Keus–, si nosotros ganamos con vuestra compañía cuidad que no perdamos con ella. No creo haber dicho cosa alguna que pueda serme imputada como mala, y os ruego que os calléis. No es ni cortés ni sensato mantener esta disputa inútil; esta discusión no debe seguir adelante porque a nadie le importa. Haced, pues, que nos cuente lo que ya había empezado, que aquí no debe haber peleas.

Entonces tomó la palabra Calogrenant y respondió:

–Señor, no estoy molesto por la disputa, pues para mí no tiene importancia ni valor. Si me habéis demostrado desprecio no me daña en absoluto; a más valientes y a más sensatos que yo, mi señor Keus, habéis insultado a menudo, pues tal es vuestra costumbre. La basura siempre huele mal, el tábano pica, el abejorro zumba y el malvado molesta y mortifica. Pero si mi señora no me apremia no seguiré hoy contando nada y le ruego, por piedad, que se calle y que su merced no me ordene algo que me desplazca.

–Señora –dijo Keus–, todos los que están aquí os lo agradecerán y le escucharán muy a gusto; no lo hagáis por mí, sino por la fe que le debéis al rey, vuestro señor y mío, ordenádselo y haréis bien.

–Calogrenant –dijo la reina–, no os importe la cólera de mi señor el senescal Keus; está acostumbrado a la maledicencia y no es posible corregirle por ello. Os ruego y ordeno que no permitáis que el enojo invada vuestro corazón y que por él dejéis de decir las cosas que nos gusta oír; si queréis gozar de mi afecto volved a empezar.

–Señora, es muy duro lo que me ordenáis: antes me dejaría arrancar un ojo que contar hoy algo más si no temiera ofenderos. Haré lo que gustéis, ya que así os complace, como si no me costara. ¡Escuchad! Tened prestos el corazón y los oídos, pues las palabras que no escucha el corazón se olvidan. Hay algunos que oyen cosas que no entienden y, sin embargo, las alaban; éstos sólo han dispuesto los oídos pero el corazón no ha entendido nada. Las palabras llegan a los oídos como el viento que sopla sin detenerse ni pararse, sino que se aleja en breve momento y el corazón debe estar en vigilia y a punto para recibirlas para, cuando llegan, cogerlas, encerrarlas y retenerlas si puede. Los oídos son los caminos y los canales por donde llega la voz hasta el corazón, y el corazón toma en su interior la voz que le ha entrado por el oído. El que me quiera entender me debe entregar el corazón y los oídos, pues no voy a hablar de sueños, ni de fábulas ni de mentiras, pues otros ya os las han servido, sino que os diré lo que vi.

2. Relato de Calogrenant

»Me ocurrió hace más de siete años cuando yo, solo como va el campesino, iba buscando aventuras, armado con todo el arnés como corresponde a un caballero, y encontré un camino a la derecha a través de un espeso bosque. El camino era muy malo, lleno de arbustos y de espinas, y con dificultad y trabajo pude seguir el sendero. Así fui cabalgando durante todo un día hasta que salí del bosque; y esto pasaba en Brocelandia. Del bosque pasé a una llanura y vi una torre a eso de una media legua galesa; quizá había esta distancia pero más no. Me dirigí hacia allá al trote y vi la fortaleza y el foso profundo y ancho que la rodeaba; sobre el puente, en pie, estaba aquel a quien pertenecía la fortaleza y en su mano un azor mudado. No había acabado aún de saludarle cuando se acercó a tomarme el estribo y me invitó a descender. Bajé, pues no había otra cosa que hacer, ya que tenía necesidad de albergarme. Él me dijo en seguida y más de cien veces

que bendito era el camino que me había conducido hasta allí. Llegamos al patio una vez pasados el puente y la puerta. En medio del patio del valvasor, a quien Dios dé tanta alegría y honor como a mí me dio él aquella noche, colgaba un disco; creo que no estaba hecho de hierro ni de madera ni de otra cosa que no fuera cobre. El valvasor dio tres golpes en aquel disco con un martillo que estaba colgado de un poste. Los que estaban arriba al oír la voz y el sonido salieron de la casa y bajaron al patio y algunos cogieron mi caballo que el buen valvasor sostenía y vi entonces que venía hacia mí una bella y gentil doncella. La miré atentamente, pues era alta, grácil y esbelta; me desarmó muy diestramente, con gracia, y me puso un manto corto de escarlata azul forrado de veros. Todos se fueron de allí y nadie se quedó conmigo ni con ella, lo que me agradó mucho, pues no quería ver a nadie más. Me llevó a sentarnos en el prado más bello del mundo rodeado de un muro bajo. La encontré tan discreta, hablando tan bien, tan sensata y con un aspecto y una condición tales que mucho me deleitó estar allí y por nada hubiera querido moverme. El valvasor me proporcionó gran contratiempo cuando, al anochecer, me vino a buscar porque era tiempo y hora de cenar; no pude entretenerme más e hice en seguida lo que me ordenaba. Os diré brevemente que la cena fue del todo a mi gusto desde que se sentó ante mí la doncella. Después de comer, el valvasor me dijo que no sabía desde cuándo albergaba caballeros andantes que iban buscando aventuras y que había albergado a muchos. Luego me rogó como un favor que volviera a su casa si me fuera posible, y le contesté: "¡Muy a gusto, señor!", pues rehusárselo hubiera

sido vergonzoso. Muy poco haría por mi huésped si le negara este don. Aquella noche estuve muy bien alojado y mi caballo fue ensillado cuando despuntó el día, tal como había pedido por la noche. Así que hube dicho mi plegaria, encomendé al Espíritu Santo a mi buen huésped y a su querida hija, me despedí de todos y me fui lo más rápidamente que pude.

»No me había alejado mucho del albergue cuando encontré en un barbecho unos toros salvajes y sueltos que luchaban entre sí con tanto estruendo, con tal fiereza y tal orgullo que, si queréis que os diga la verdad, por miedo me eché atrás, pues no hay ninguna bestia tan feroz ni tan orgullosa como el toro. Un villano que parecía moro, desmesuradamente grande y asqueroso, la criatura más horrible que os pueda decir mi boca, vi sentado sobre un tronco con una gran maza en la mano. Me acerqué al villano y vi que tenía la cabeza más gruesa que la de un rocín u otra bestia, los cabellos alborotados y la frente pelada casi de dos palmos de anchura, las orejas grandes y peludas iguales a las de un elefante, las cejas grandes, la cara chata, ojos de lechuza, nariz de gato, la boca hendida como la de un lobo, dientes de jabalí agudos y rojizos, barba negra, bigote retorcido y el mentón pegado al pecho, la espalda ancha, torcida y jorobada; estaba apoyado en su maza e iba vestido de una extraña manera, ni de lino ni de lana, sino que llevaba atadas al cuello dos pieles recién arrancadas de dos toros o de dos bueyes. El villano se puso de pie de un salto en el momento en que vio que me acercaba; no sé si me quiso tocar, no sé qué quería hacer pero yo me preparé para defenderme hasta que vi que permanecía en pie sin moverse. Se subió a un

tronco que tenía como diecisiete pies de largo y me miró sin decir palabra. No se comportaba mejor que una bestia y creí que no tenía juicio y que no sabía hablar. De todos modos me atreví a decirle:

»–Dime rápidamente si eres algo bueno, o no.

»Y él me contestó:

»–Soy un hombre.

»–¿Qué clase de hombre?

»–El que tú ves, no soy nunca de otra manera.

»–¿Qué haces aquí?

»–Estoy aquí y guardo las bestias de este bosque.

»–¿Las guardas? ¡Por San Pedro de Roma, si no conocen hombre alguno! Creo que no se pueden guardar bestias salvajes ni en una llanura ni en un bosque ni en otro lugar si no están atadas o encerradas.

»–Pues yo las guardo y domino para que no salgan nunca de este recinto.

»–¿Cómo? Dime la verdad.

»–Cuando me ven venir ni una se atreve a moverse y cuando puedo coger alguna la agarro por los dos cuernos con estas manos tan duras y fuertes que tengo y las otras tiemblan de miedo y vienen a mi alrededor como si quisieran pedir piedad; excepto yo, nadie se podría fiar de ellas si se pusiera en medio porque sería muerto al momento. De este modo soy el señor de mis bestias y ahora tú me deberías decir quién eres y qué buscas.

»–Yo soy, ya lo ves, un caballero, que busca lo que no puede encontrar, mucho he buscado y nada he encontrado.

»–¿Y qué querrías encontrar?

»–Aventuras, para poner a prueba mi valentía y mi arrojo. Ahora te ruego y suplico que me informes, si sabes, acerca de alguna aventura o de alguna maravilla.

»–No conseguirás nada de esto –me dijo–, pues no sé nada acerca de aventuras ni nunca oí hablar de ellas. Pero si tú quieres ir cerca de aquí hasta una fuente no volverás sino con gran dificultad, a menos que no le pagues su tributo. Encontrarás muy cerca de aquí un sendero que allí te llevará. Ve por el camino recto si quieres dirigir bien tus pasos, pues en seguida podrías desviarte porque hay muchos otros caminos. Verás la fuente que hierve y que sin embargo es más fría que el mármol; le hace sombra el árbol más bello de los que creó la naturaleza, sus hojas duran siempre, ni siquiera en invierno las pierde. De él cuelga un bacín de hierro sujeto por una larga cadena que llega hasta la fuente. Al lado de la fuente verás que hay una grada, no sé decirte cómo es, pues nunca vi otra igual. Al otro lado hay una capilla, pequeña pero muy bella. Si quieres coger agua con el bacín y derramarla sobre la grada verás tal tempestad que no quedará en el bosque ni una bestia, ni cabrito, ni ciervo, ni jabalí, incluso los pájaros se irán de allí. Verás caer los rayos y el viento derribará los árboles y lluvia, truenos y relámpagos y si te puedes alejar sin grandes dificultades ni esfuerzos tendrás mejor suerte que cualquiera de los caballeros que antes estuvieron allí.

»Entonces me alejé del villano que me había enseñado el camino. Quizá había pasado la hora tercia y era casi mediodía cuando vi el árbol y la capilla. Os diré, en resumen, que el árbol era el pino más bello de los que crecen sobre la tierra. Creo que por mucho que lloviera fuertemente no

entraría en él ni una gota de agua, sino que resbalaría por encima. Vi que colgaba del árbol un bacín del oro más puro que jamás se pudo vender en feria alguna. Podéis estar seguros de que la fuente hervía como el agua caliente. La grada era una esmeralda, vaciada como un odre, y debajo de ella cuatro rubíes más relucientes y más rojos que el sol cuando por la mañana aparece por el oriente, y os aseguro que en conciencia no os miento.

»Tuve curiosidad por ver el prodigio de la tormenta y la tempestad y en esto no obré con prudencia; si hubiera podido, gustosamente hubiera renunciado inmediatamente pero rocié la grada horadada con el agua del bacín. Temo que derramé demasiada porque vi que el cielo se hendía por más de catorce lugares, los relámpagos dañaban mis ojos y las nubes impetuosamente lanzaban lluvia, nieve y granizo. La tempestad era tan mala y fuerte que cien veces creí morir por los rayos que caían a mi alrededor y por los árboles que se abatían. Sabed que estuve muy asustado hasta que el tiempo apaciguó, pero Dios pronto me tranquilizó porque la tempestad no duró mucho y los vientos cesaron y cuando a Dios le plugo ya no se atrevieron a soplar más. Y cuando vi el cielo claro y puro me vi seguro, lleno de gozo, porque el gozo, si supe alguna vez en qué consiste, hace olvidar en seguida una gran preocupación. Cuando pasó la tempestad vi todo el pino tan lleno de pájaros (así es, si alguien quiere creerme) que no se veía rama ni hoja que no estuviera toda cubierta de ellos, de esta manera el árbol parecía más bello; los pájaros cantaban todos tan bien que sus cantos eran acordes; y cada uno cantaba un canto diverso pues lo que uno cantaba no lo oía yo cantar a otro. Me

reconforté con su alegría y los escuché hasta que acabaron del todo su servicio; nunca había oído nada tan gozoso ni pienso que nadie lo oiga si no oye este que tanto me gustó y embelesó al punto de considerarme alienado.

»Permanecí allí hasta que me pareció oír venir a un caballero, aunque me figuré que eran diez, tal ruido hacía el caballero que se acercaba. Cuando le vi venir completamente solo al punto cogí las bridas de mi caballo y no tardé en montarlo; aquél, de mal talante, se acercó más rápido que un águila y fiero como un león. Gritando tan fuerte como pudo empezó a desafiarme diciendo:

»–¡Vasallo, mucho me habéis ultrajado y ofendido sin provocación alguna! Me hubierais tenido que desafiar y hubiera habido querella entre nosotros, o por lo menos reclamar vuestro derecho antes de declararme la guerra. Pero si puedo, señor vasallo, sobre vos recaerá el mal del daño que es tan evidente. La prueba está en torno a mí, en mi bosque que ha sido derribado. Quien ha sido golpeado ha de lamentarse, y tengo motivos para hacerlo, pues me habéis arrojado fuera de mi casa con rayos y lluvia. Habéis hecho algo que me enoja y maldito sea a quien le agrade esto, pues habéis provocado tal devastación en mi bosque y en mi castillo que no me hubiera servido de ayuda ni gente, ni armas, ni muro. Nadie hubiera estado seguro en cualquier fortaleza, fuese de piedra dura o de madera. A partir de ahora, sabedlo bien, no obtendréis de mí ni tregua ni paz.

»Después de decir esto nos enfrentamos, bien embrazados los escudos, y cada uno se cubría con el suyo. El caballero tenía un buen caballo y una recia lanza y era sin duda más alto que yo en toda una cabeza. Todo me era

adverso, pues yo era más bajo que él y su caballo mejor que el mío. Sabed con toda verdad que si me fui hacia él fue para disimular mi vergüenza. Le di el golpe más fuerte que podía asestar, pues no me faltó el valor, le alcancé en la bloca del escudo; puse en ello todas mis fuerzas y mi lanza voló hecha pedazos mientras la suya quedaba entera, ya que no era ligera y a mi parecer pesaba más que cualquier lanza de caballero, pues nunca había visto otra tan gruesa. El caballero me golpeó tan fuerte que me derribó de la grupa del caballo dejándome tendido en tierra, avergonzado y humillado. Y sin mirarme siquiera cogió mi caballo, a mí me dejó y él emprendió el regreso. Yo me quedé desasosegado y pensativo y sin saber adónde ir. Me senté un momento al lado de la fuente para descansar; no me atrevía a seguir al caballero, creía que hacerlo sería una necedad y aunque hubiera osado seguirlo no sé qué se hizo de él. Por fin se me ocurrió que cumpliría la promesa que le hice a mi huésped y que volvería con él. Me gustó la idea y así lo hice, pero me quité todas mis armas para ir más ligeramente, y volví allí lleno de vergüenza.

»Cuando llegué a la casa, de noche, encontré a mi huésped tan alegre y cortés como lo había estado antes. Me di perfecta cuenta de que tanto él como su hija no me demostraban menos amabilidad ni menos honor que la otra noche. Todos los de la casa me trataron con gran honor, lo que les agradezco, y dijeron que nunca ningún hombre que ellos conocieran o del que hubieran oído hablar había escapado de donde yo había venido, sino que habían quedado muertos o apresados. Así fui y así vuelvo; me tengo por necio por haber vuelto y os he

contado como un necio lo que nunca hubiera querido contar.

–¡Por mi cabeza! –dijo mi señor Yvain–. Sois mi primo hermano y nos debemos tener en gran estima, por lo que os llamo necio por haberme ocultado esto durante tanto tiempo. Y no os aflijáis porque os haya llamado necio porque si puedo y tengo oportunidad de ello iré a vengar vuestra vergüenza.

–Bien se ve que lo decís después de comer –dijo Keus, que nunca puede callar–, porque hay más palabras en una jarra de vino que en un barril de cerveza. Y también se dice que el gato que tiene la barriga llena está contento. Después de comer y sin levantarse aún de la mesa todos van a matar a Noradín y vos iríais a vengar a Forré. ¿Están forrados vuestros vestidos? ¿Relucen vuestras calzas de hierro? ¿Están desplegadas vuestras banderas? ¡Por Dios, mi señor Yvain!, decidme rápidamente, ¿os pondréis en camino esta noche o mañana? Hacednos saber, buen señor, cuándo iréis a este suplicio porque os querríamos acompañar; no habrá preboste ni oficial que muy a gusto no os acompañe. Y os ruego que pase lo que pase no os vayáis sin nuestra licencia, y si esta noche tuvieráis un mal sueño, ¡quedaos!

–¡Diablo! ¿habéis perdido el juicio, mi señor Keus? –dijo la reina–, pues vuestra lengua no para nunca. Maldita sea vuestra lengua que tiene tanta amargura. Vuestra lengua debe ciertamente odiaros, pues dice a todo el mundo lo peor que sabe, sea lo que sea. ¡Maldita sea la lengua que no se cansa de injuriar! Obra de tal modo vuestra lengua que consigue que os odie todo el mundo; no os puede traicionar de mejor manera. Y sabed que si

fuera mía la acusaría de traición. A quien no se corrige de esto se le debería atar ante las rejas de un monasterio como a un loco.

–Señora –dijo mi señor Yvain–, en verdad nada me importan sus burlas porque mi señor Keus tiene tanto poder y sabiduría y vale tanto en todas las cortes que jamás será mudo ni sordo. Ante la villanía sabe contestar con sensatez y cortesía y nunca lo hizo de otro modo. Vos sabéis bien si miento o no, pero no tengo ganas de discutir ni de empezar a hacer necedades, pues no entabla una pelea el que da el primer golpe, sino el que toma la revancha. El que se burla de su compañero incluso se pelearía con un extraño, pero yo no quiero parecer un dogo que se eriza y rechina los colmillos cuando otros mastines le enseñan los dientes.

Mientras así hablaban, salió el rey de su cámara, en donde había permanecido mucho rato durmiendo hasta aquel momento. Cuando le vieron, los barones se pusieron en pie con rapidez y él les hizo sentar a todos. Sentóse junto a la reina que en seguida le contó las noticias de Calogrenant: se lo contó todo, palabra por palabra, y se lo supo contar bien y bellamente.

Con sumo gusto la oyó el rey y juró tres veces, por el alma de su padre Uterpendragón, por la de su hijo y por la de su madre, que iría a ver la fuente, la tempestad y lo maravilloso antes de que pasaran quince días. Llegaría la víspera de mi señor San Juan Bautista y allí dormiría por la noche; y dijo que irían con él todos los que quisieran. La propuesta del rey fue muy bien acogida por toda la corte, porque tanto los barones como los caballeros jóvenes tenían muchos deseos de ir allí.

3. Yvain en la Aventura de la Fuente

Pero mi señor Yvain, aunque pareciera alegre y gozoso, estaba triste porque deseaba ir solo; le apenaba y le contrariaba el que el rey quisiera ir también; y le apesadumbraba saber de cierto que mi señor Keus lograría la batalla antes que él, pues si la requería no le sería vedada. Quizá también se adelantara a pedirla mi señor Gauvain; si alguno de estos dos la reclamaba no les sería denegada.

Pero no les va a esperar porque no tiene necesidad de su compañía, sino que irá solo, voluntariamente, hacia su felicidad o hacia su desgracia y que se quede el que quiera, pues él quiere llegar en tres días a Brocelandia y buscar hasta encontrar, pues arde en deseos por ello, el estrecho sendero lleno de árboles y la llanura y la fortaleza y la compañía y la conversación de la cortés doncella que es tan agradable y bella, y, junto con su hija, el prohombre que se esfuerza en honrar, tan noble y de buen linaje

es. Luego verá los toros en el barbecho y al enorme villano que los guarda. Está impaciente por ver al villano tan feo, alto, contrahecho y negro como un herrero. Si puede, verá luego la grada, la fuente, el bacín y los pájaros sobre el pino; entonces hará llover y soplar el viento. Pero no quiere envanecerse de ello; no quiere que nadie sepa su intención hasta haber conseguido gran honor o gran vergüenza, luego ya se sabrá lo sucedido.

Mi señor Yvain se retira de la corte sin reunirse con nadie y solo se va hacia su alojamiento. Encuentra allí a toda su mesnada, ordena que ensillen su caballo y llama a uno de sus escuderos a quien nunca ocultaba nada:

–Sígueme hasta allá fuera –le dice–, y trae mis armas. Saldré por aquella puerta sobre mi palafrén ahora mismo. Procura no entretenerte porque he de ir muy lejos. Haz que mi caballo esté bien herrado y llévalo tras de mí; luego recogerás el palafrén. Te advierto que vayas con cuidado, y si alguien te pregunta por mí no le digas nada; porque si ahora no confías en mí, en mala hora confiarás nunca más.

–Señor –le dijo–, ¡callaos!, porque por mí no lo sabrá nadie. Idos, que os seguiré.

Mi señor Yvain en seguida monta y antes de volver vengará, si puede, la vergüenza de su primo. El escudero va corriendo por las armas y el caballo y lo monta sin detenerse, porque estaba bien provisto de herraduras y clavos. Siguió las huellas de su señor hasta que le vio que había desmontado y le esperaba en un lugar apartado del camino. El escudero le dio el arnés completo y se lo puso.

Cuando mi señor Yvain estuvo armado no se detuvo ni mucho ni poco, sino que cabalgó cada día tanto por

montañas como por valles, por bosques extensos y por lugares extraños y agrestes; pasó por muchos caminos tortuosos y por muchos peligros y por muchas dificultades hasta llegar a un sendero lleno de espinas y de oscuridad; fue entonces cuando tuvo la seguridad de que ya no podía perderse. Aunque luego lo pague caro no cejará hasta ver el pino que da sombra a la fuente, la grada y la tormenta que desencadena granizo, lluvia, truenos y viento.

Y sabed que por la noche tuvo el alojamiento que deseaba al encontrar en el valvasor más bondad y honor del que le habían relatado; cien veces más juiciosa y bella le pareció la doncella de lo que había contado Calogrenant, porque es imposible decirlo todo de una noble dama y de un prohombre cuando están adornados de todas las virtudes. Nunca llegarán a ser contadas porque la lengua es incapaz de describir todos los honores que un prohombre demuestra.

Mi señor Yvain aquella noche tuvo un buen hospedaje que le colmó de placer.

Al día siguiente llegó al barbecho, vio los toros y al villano que le mostró el camino; se santiguó más de cien veces de asombro al ver cómo la Naturaleza supo hacer obra tan fea y vil. Luego caminó hacia la fuente y vio lo que quería ver. Sin detenerse, sin sentarse siquiera, derramó el bacín lleno de agua sobre la grada; en seguida se puso el viento a soplar y a llover y se desencadenó la tempestad tal como debía suceder. Y cuando Dios devolvió el buen tiempo, los pájaros se posaron en el pino e iniciaron un júbilo extraordinario sobre la peligrosa fuente.

Antes de que hubiera cesado esta alegría llegó el caballero más encendido de cólera que una brasa y haciendo tal ruido que parecía que persiguiera un ciervo en celo. Apenas se hubieron visto se abalanzaron uno sobre otro demostrando que se odiaban a muerte. Cada uno iba armado de una lanza grande y fuerte y se dieron tales golpes que atravesaron a la vez sus escudos y desmallaron las lorigas; las lanzas se astillaron y quebraron y los pedazos volaron por los aires. Entonces uno atacó al otro con la espada y con los golpes cortaron las correas de los escudos que se rompieron por arriba y por abajo de tal modo que los trozos colgaban y no se podían cubrir ni defender con ellos; tan destrozados estaban que con las brillantes espadas se golpeaban en los costados, los brazos y las caderas que estaban al descubierto.

Cruelmente se miden y no ceden en un solo paso como si fuesen dos rocas. Nunca hubo dos caballeros más obstinados en apresurar su muerte; asestan certeramente sus golpes sin errarlos; los yelmos se abollan y tuercen y vuelan por los aires las mallas de las lorigas de modo que van perdiendo gran cantidad de sangre. Están tan enardecidos que la loriga no les hace más servicio que un hábito de monje. Se dan estocadas en la cara y es asombroso que una batalla tan terrible y tan dura se prolongue tanto y es que los dos son tan valientes que por ningún precio el uno cedería al otro ni un palmo de terreno hasta que la muerte se lo impidiera. Lucharon tan noblemente que no lisiaron ni hirieron en ningún lugar a sus caballos ni vaciaron las sillas ni fueron derribados sino que siempre se mantuvieron sobre los caballos y en ningún momento lucharon a pie, y así la batalla fue más bella.

Al final, mi señor Yvain hizo pedazos el yelmo del caballero que quedó aturdido y sin fuerzas a causa del golpe y se desmayó; jamás había recibido un golpe tan terrible bajo la cofia; tenía la cabeza hundida hasta los sesos y las mallas de la blanca loriga se iban tiñendo de sesos y sangre y el dolor que sentía era tan grande que por poco le falló el corazón. No obró mal huyendo, pues se sentía herido de muerte y nada podía salvarle. Decide pues rápidamente huir hacia su castillo a galope; el puente estaba bajado y le abrieron la puerta de par en par y mi señor Yvain espoleó el caballo para ir rápidamente tras él. Así como el halcón persigue a la grulla que vuela a lo lejos y se acerca tanto que cree cogerla y ni siquiera la toca, así huye el caballero y mi señor Yvain le persigue tan de cerca que está a punto de poner las manos sobre él y, sin embargo, no puede alcanzarle; tan cerca está de él que le oye lamentarse del dolor que siente, pero no ceja en su empeño de huir. Mientras, el otro se obstina en perseguirle temiendo que su trabajo sea en vano si no lo coge vivo o muerto porque aún se acuerda de las burlas que le había lanzado mi señor Keus. Aún no se ha liberado de la promesa que le había hecho a su primo y no le creerán de ningún modo si no les lleva pruebas verdaderas.

4. El castillo de Laudine

Sin dejar de galopar el caballero le condujo hasta la puerta de su castillo y ambos entraron dentro, recorrieron las calles sin encontrar hombre ni mujer alguno y llegaron, galopando juntos, hasta la puerta del palacio.

La puerta era muy alta y ancha pero tenía una entrada tan estrecha que dos hombres y dos caballos no podían entrar a la vez ni cruzarse sin grandes dificultades y esfuerzos porque estaba hecha como la trampa que espera a la rata que viene de hacer su fechoría. Encima habían puesto una espada que estaba a punto de bajar, golpear y atrapar, pues se pone en movimiento y desciende enseguida que algo roza la llave aunque lo haga suavemente. También había debajo de la entrada dos soportes que sostenían en el aire una puerta deslizante de hierro, afilada y cortante. Si algo pasaba por estos ingenios la puerta bajaba y todos los que alcanzaba debajo quedaban agrapados y trinchados. Y exactamente en medio, el paso era

tan estrecho como si fuera un sendero. Por este camino directo se ha introducido sagazmente el caballero, mientras que mi señor Yvain insensatamente aguija con gran ímpetu tras él y le alcanzó tan de cerca que le sujetó por la parte de atrás del arzón. ¡Qué bien le fue haberse inclinado hacia delante! Si no fuera por este azar hubiera quedado partido en dos, porque el caballo pisó el madero que sostenía la puerta de hierro. Igual que un demonio infernal la puerta bajó y alcanzó por detrás a la silla y al caballo partiéndolos por la mitad pero sin tocar, gracias a Dios, a mi señor Yvain aunque le arañó la espalda y le partió ambas espuelas rozándole los talones y haciéndole caer desmayado. De esta manera se le escapó el caballero que estaba herido de muerte.

Detrás de esta puerta había otra igual que la anterior. El caballero que huía se escapó por esta puerta, y la puerta cayó tras él. Así quedó atrapado mi señor Yvain.

Angustiado y preocupado quedó encerrado en una sala que tenía el techo lleno de clavos dorados y las paredes bien construidas y pintadas de ricos colores. Nada le apenaba tanto como el ignorar hacia dónde había ido el caballero. Cuando estaba con esta inquietud oyó que se abría la estrecha puerta de una cámara muy pequeña que había al lado; salió de allí una joven muy amable y hermosa que volvió a cerrar la puerta tras sí. Cuando vio a mi señor Yvain se asustó al principio:

–Caballero –le dijo–, temo que no seáis bien venido: si os ven aquí dentro seréis descuartizado porque mi señor está herido de muerte y sé que vos lo habéis matado. Mi señora se lamenta tanto y sus gentes la rodean con tales lamentos que están a punto de morirse de dolor. Saben

que estáis aquí dentro pero su aflicción es tan grande que ahora no son capaces de decidir si van a mataros o a prenderos, pero no dejarán de hacerlo cuando os vengan a atacar.

Y mi señor Yvain le contestó:

–Si Dios quiere no me matarán porque no me cogerán.

–No lo harán –contestó ella– porque voy a hacer por vos todo lo que pueda. No es noble el que tiene miedo y por esto creo que sois un hombre noble porque no os veo muy asustado. Sabed que si pudiera os serviría y honraría, pues vos lo hicisteis en otro tiempo por mí. Una vez mi señora me envió como mensajera a la corte del rey; quizá no me comporté con la prudencia, la cortesía y la condición de una doncella y por ello ni un solo caballero se dignó dirigirme la palabra excepto vos que fuisteis el único, y ahora estáis aquí; sólo vos, con vuestra gran cortesía, me honrasteis y servisteis. Por el honor que me demostrasteis os recompensaré. Sé muy bien vuestro nombre, pues os he reconocido: sois el hijo del rey Urien y os llamáis mi señor Yvain. Y creedme con toda seguridad que a partir de ahora no seréis hecho prisionero ni dañado: tomad mi anillito y me lo devolveréis, si queréis, cuando yo os haya liberado.

Le entregó entonces el anillito y le dijo que tenía tanto poder como el de la corteza sobre la madera que la cubre toda de manera que no se ve nada de ella. Pero al pasarlo en el dedo hay que vigilar que la piedra quede escondida en la mano cerrada y luego no ha de preocuparse por nada quien lleva este anillo en el dedo, pues nadie, aunque tenga los ojos abiertos, le podrá ver, igual que la

madera que está cubierta por la corteza que sobre ella nace.

Esto complació a mi señor Yvain y cuando ella acabó de hablarle le hizo sentarse en un lecho con una colcha tan rica como nunca la tuvo el duque de Austria. También le dijo que si quería le traería comida y él le contestó que le apetecía mucho. La doncella corrió rápidamente hacia su cámara y volvió muy pronto trayéndole un capón asado, y una jarra cubierta con una servilleta blanca llena de vino de buena vid. Y ella sirviéndole muy a gusto le ofreció comida y él comió y bebió a placer pues tenía gran necesidad.

Cuando acabó de comer y de beber aparecieron allí dentro los caballeros que le buscaban porque querían vengar a su señor que ya estaba puesto en unas parihuelas. La doncella le dijo entonces:

–Amigo, oíd: todos os están buscando con gran tumulto y ruido. Pero venga quien venga no os mováis por mucho ruido que haga, pues no os hallarán si no os movéis de este lecho. Pronto veréis esta sala llena de gente enojosa y mala que pretenderán encontraros aquí y creo que traerán el cuerpo para enterrarlo. Empezarán a buscaros bajo los bancos y bajo el lecho; quien no tenga nada que temer se divertirá viendo a la gente ir a ciegas porque todos estarán tan ciegos, tan confusos y tan burlados que se pondrán furiosos. No puedo deciros nada más por el momento ni me atrevo a quedarme más. Agradezco a Dios por haberme dado la ocasión y la oportunidad de hacer algo que os guste, pues tenía gran deseo de ello.

Entonces se retiró y cuando ella se hubo ido toda la gente se juntó y acudió a las puertas llevando bastones y

espadas; había allí gran multitud de gente malvada y cruel que vieron ante la puerta la mitad del caballo que había sido partido en dos. Entonces tuvieron la certeza de que cuando las puertas se abrieran encontrarían allí dentro aquel a quien buscaban para matarlo. Hicieron, pues, levantar aquellas puertas que habían matado a tanta gente sin que hubiera entonces allí ninguna clase de trampa ni cepo y entraron todos. En el suelo encontraron la otra mitad del caballo muerto pero ninguno de ellos vio con sus propios ojos a mi señor Yvain a quien hubieran matado con tanto placer. Y él les veía rabiar, desatinar y encolerizarse. Y decían:

–¿Cómo puede ser esto? Aquí dentro no hay abertura ni ventana por donde nadie pueda escapar a menos que sea pájaro que vuela o ardilla o musaraña o bestia tan pequeña o más, porque las ventanas tienen rejas y las puertas se cerraron cuando mi señor salió fuera; vivo o muerto ha de estar aquí dentro, puesto que fuera no está. Bien vemos que más de media silla está aquí dentro, pero de él sólo vemos las espuelas cortadas que se le cayeron de los pies. Pero dejemos ahora tanta palabrería y busquémoslo por todos los rincones porque con toda seguridad ha de estar aquí dentro o estamos todos hechizados o nos lo han arrebatado los demonios.

Encendidos de cólera le buscaban por la sala, golpeando en las paredes, en los lechos y sobre los bancos; pero el lecho en que él estaba acostado se libró de los golpes de modo que no le alcanzó ninguno; muchos se dieron a su alrededor y se organizó tal refriega con los bastones que parecían ciegos que a tientas van buscando alguna cosa.

Mientras escrudriñaban bajo los lechos y bajo los bancos llegó una de las damas más bellas que jamás viera criatura terrenal ni nunca se discutió ni habló de cristiana tan hermosa. Pero estaba tan enloquecida por el dolor que estaba a punto de darse muerte. Todo el rato iba gritando lo más fuerte que podía y volvía a caer desmayada y cuando se levantaba como mujer desatinada empezaba a arañarse y arrancarse los cabellos, a retorcerse las manos y desgarrarse los vestidos. A cada paso que daba se volvía a desmayar y nadie la podía consolar porque veía que llevaban delante de ella a su señor, muerto en las parihuelas, por lo que no creía hallar nunca consuelo y por esto gritaba con fuertes voces. El agua bendita, la cruz y los cirios iban delante con las damas de un convento, luego la Escritura, los incensarios y los clérigos que son los encargados de la alta dispensa en la que tiene puesta su esperanza la infortunada alma.

Mi señor Yvain oyó los gritos y el indescriptible dolor, pues nadie podría describirlo ni uno igual nunca fue escrito en libro alguno. Pasó la procesión y en la sala se congregó una gran multitud alrededor de las parihuelas porque la sangre caliente, roja y bermeja volvía a salir de la herida del muerto; ésta era la verdadera prueba de que dentro estaba el que había luchado con él y que le había vencido y muerto. Entonces buscaron y escrudiñaron por todas partes, removiendo y cambiando las cosas de sitio hasta quedar todos empapados de sudor de la angustia y de la excitación que les causaba la sangre bermeja que había manado delante de ellos. Mi señor Yvain no se movió, aunque fue golpeado y empujado muchas veces de donde estaba y las gentes gritaban cada vez más y

más al ver las llagas que se abrían y se asombraban de verlas sangrar porque no sabían qué decidir, y se decían los unos a los otros:

–Entre nosotros está el que lo mató aunque no lo veamos; esto es algún portento diabólico.

Y la dama desvariaba y gritaba como si estuviera fuera de juicio:

–¡Ay, Dios mío! ¿Es que no vamos a encontrar al homicida, al traidor que me ha matado a mi buen señor? ¿Bueno? El mejor de entre los buenos. Dios verdadero, Tuya será la culpa si le dejas escapar; y no debo reprochárselo a otro sino a Ti al quitármelo de mi vista. Nunca se vio tal poder ni tan gran injusticia como la que Tú me haces al no dejarme ni siquiera ver al que está cerca de mí. Aunque no lo veo puedo afirmar que se ha deslizado entre nosotros un fantasma o un demonio que me ha embrujado; o quizá un cobarde porque me teme. Debe ser un cobarde pues me tiene miedo, y el que no se muestra ante mí es signo de gran cobardía. ¡Ah, fantasma, cobarde criatura! ¿Por qué te muestras cobarde conmigo cuando fuiste valiente ante mi señor? Malvado y pérfido, ¿por qué no te tengo ahora en mi poder? ¿Por qué no te puedo tener ahora? ¿Cómo pudo ocurrir que mataras a mi señor a no ser por traición? Verdaderamente mi señor no hubiera sido vencido por vos si os hubiera visto porque en el mundo no había otro como él, ni Dios ni nadie sabía de otro igual, y ya no lo habrá jamás. Si fueras un hombre mortal no te hubieras atrevido a enfrentarte con mi señor, pues nadie se podía comparar a él. Así se debatía la dama y se golpeaba y se dañaba y junto a ella sus servidores demostraban el

mayor duelo que puede hacerse. Llevaron el cuerpo a enterrar, y tanto buscaron y removieron que se cansaron de buscarle y lo dejaron con gran fastidio al no poder ver a nadie que en nada presentara sospechas.

Cuando las monjas y los capellanes acabaron el servicio, al volver de la iglesia se llegaron a la sepultura.

Pero de todo esto no se preocupaba la doncella.

Se acordó de mi señor Yvain y se dirigió rápidamente hacia él y le dijo:

–Buen señor, esta gente os ha asediado como una gran hueste, lo ha revuelto todo y escudriñado todos los escondrijos más minuciosamente que el perro braco cuando sigue el rastro de una perdiz o de una codorniz. Sin duda habéis tenido miedo.

–Decís verdad –le contestó–, nunca creí tenerlo mayor. Si fuera posible me gustaría mirar hacia fuera, por una rendija o por una ventana, para ver la procesión y el cadáver.

Pero no tenía ningún interés ni por el cadáver ni por la procesión; quisiera que fuesen todos quemados aunque le costara mil marcos, ¿mil marcos? ¡y también más de tres mil! Lo dice porque quiere ver a la señora del castillo. Y la doncella lo lleva a una ventana pequeña; en todo lo que puede le devuelve el honor que él le había hecho.

Mi señor Yvain espía por la ventana a la bella dama, que decía:

–Buen señor, Dios se apiade de vuestra alma tan de verdad como que jamás montó en silla caballero que valiera lo que vos, estoy segura de ello. Vuestro honor, mi querido señor, no lo tuvo ningún caballero ni vuestra cortesía; la generosidad era vuestra amiga y el valor

vuestro compañero; y en compañía de los santos esté vuestra alma, mi dulce y buen señor.

Entonces rompe y desgarra todo lo que cogen sus manos y mi señor Yvain hace un gran esfuerzo para contenerse de correr hacia ella y sujetarle las manos aunque le perjudicara. Pero la doncella, como cortés y de buen linaje, le ruega, aconseja, ordena y recomienda que se guarde de hacer cualquier locura, y le dice:

–Aquí estáis muy bien; cuidad de no moveros bajo ningún pretexto hasta que se haya apaciguado este duelo; dejad que se vayan estas gentes que pronto se van a marchar. Creo que si ahora os comportáis como os aconsejo os llegará gran bien. Podéis quedaros aquí y estar sentado y ver a las gentes que entran y salen y pasan por la calle y nadie os verá, por lo que tendréis gran ventaja; pero guardaos de insultar a nadie porque el que se precipita, se exalta y se preocupa en insultar a los demás cuando tiene una oportunidad y ocasión lo considero más cobarde que valiente. Tened esto en cuenta y si pensáis hacer una locura, no la hagáis. El prudente encubre sus locos pensamientos y si puede obra sensatamente. Comportaos, pues, prudentemente y no dejéis la cabeza en prenda pues nadie la rescataría. Tened cuidado de vos y acordaos de mi consejo, quedaos tranquilo hasta que vuelva pues no me atrevo a quedarme más tiempo aquí porque si me quedara más rato quizá sospecharían al no verme entre la multitud y no me lo perdonarían.

Entonces ella se va y él se queda sin saber qué hacer y le causa pesar el no poder demostrar con tanta seguridad que ha vencido y muerto al que ha visto enterrar; y si no tiene algo que lo pruebe y pueda enseñarlo ante todos

será humillado, pues Keus es tan traidor, perverso y lleno de odiosos sarcasmos que no podrá escapar de él sino que le irá lanzando bromas y burlas como hizo el otro día; y estas burlas permanecen en su interior aún frescas y vivas. Pero el nuevo Amor que le endulza con su azúcar y sus mieles ha hecho una incursión en su terreno y ha cogido todo el botín; su corazón lo tiene su enemiga y él ama a quien más le odia. Sin saberlo, bien ha vengado la dama la muerte de su señor, y esta venganza es mayor aún que la que ella hubiera podido hacerle si Amor no le hubiera vengado asediando al caballero tan dulcemente que por medio de los ojos le golpea el corazón y este golpe es más duradero que el golpe de la lanza o de la espada porque el de la espada cura y sana rápidamente cuando el médico lo cuida pero la herida del Amor empeora cuando más cerca está de su médico. Ésta es la herida que tiene mi señor Yvain de la que no sanará jamás porque Amor se ha entregado a él por completo: Amor va examinando los lugares por donde se ha esparcido, los escudriña y se retira porque no quiere tener albergue ni huésped que no sea éste, y noblemente obra cuando se retira de un mal lugar una vez se le han entregado. No quiere que en ningún otro lugar haya rastro de él pues ya ha examinado todos estos despreciables albergues. Es una gran vergüenza cuando Amor se comporta tan mal y se alberga rápidamente en el lugar más detestable que encuentra como si fuera el mejor campamento. Pero ahora Amor es bien acogido y aquí será honrado y aquí le parece bien quedarse; es así como debería comportarse Amor que es tan noble, y es asombroso que ose rebajarse a lugares tan abyectos. Se parece al que derrama su

bálsamo en la ceniza y en el polvo y odia el honor y ama la vergüenza y deslíe el azúcar con la hiel y mezcla el sebo con la miel. Pero Amor no ha hecho esto pues se ha alojado en un lugar libre donde nadie puede hacerle ningún mal.

Cuando el muerto hubo sido enterrado todo el mundo se fue; allí no quedaron ni sacerdotes, ni caballeros, ni servidores, ni dama alguna, excepto aquella que no oculta su dolor. Se queda completamente sola y a menudo se aprieta la garganta, tuerce sus manos, golpea sus palmas y lee los salmos en un salterio iluminado con letras de oro. Aún está en la ventana mi señor Yvain y la contempla; cuanto más la observa más la ama y más le gusta. Quisiera que dejara de llorar y de leer y que le permitiera hablarle. Amor ha puesto en él este deseo que le ha empezado en la ventana, pero se desespera pues no puede creer, ni siquiera pensar que se realice su deseo; y dice:

–Bien puedo tenerme por un loco porque quiero lo que no tendré nunca. He herido mortalmente a su esposo y quiero reconciliarme con ella. A fe mía; bien sé que en este instante ella me odia más que a nadie y tiene razón. «En este instante» he dicho sensatamente porque la mujer tiene más de mil sentimientos; lo que siente ahora quizá lo cambiará pronto o quizá lo cambiará sin esperanza, y loco estoy al desesperarme. Que Dios le conceda cambiar pronto y pueda estar en su dominio para siempre ya que Amor lo ordena. Quien no acoge a Amor de buen grado desde el momento en que éste lo atrae hacia él comete felonía y traición, y yo afirmo, y que lo oiga quien quiera, que éste no tiene derecho a ninguna alegría. Pero en esto no saldré perdiendo porque voy a

amar a mi enemiga siempre y no la debo odiar si no qui ro traicionar a Amor y debo amar lo que Amor quier ¿Debe ella llamarme amigo? Sí, en verdad, porque amo. Y yo le llamo mi enemiga porque me odia y no s equivoca, porque yo he matado a quien ella amaba. Per ¿soy yo, acaso, su enemigo? No, de ningún modo, sin su amigo; pues nunca quise amar tanto a nadie. ¡Qu gran lástima me producen sus hermosos cabellos que superan al oro puro de tanto como brillan! Me invade y m punza la tristeza cuando los veo romper y arrancar, r tampoco se pueden contener las lágrimas que caen d sus ojos. Todo esto me llena de aflicción. Aunque lleno de tantas lágrimas que parecen que no han de acabars jamás, nunca hubo tan bellos ojos. Me duele que llore no hay nada que me cause más aflicción que su rostro pues se lo va arañando sin merecérselo. Nunca vi uno mejor diseñado, ni tan fresco ni tan sonrosado y lo que más me aflige es cuando la veo apretarse la garganta Esto es cierto pues ella no finge y se está haciendo el mayor mal que puede. Ningún cristal o ningún espejo son tan claros y limpios.

»¡Dios mío! ¿Por qué obra tan insensatamente, por qué no se hace menos daño? ¿Por qué retuerce sus bellas manos y golpea y araña su pecho? ¿Acaso no sería una visión maravillosa verla alegre si cuando está furiosa es tan bella? Juro que sí, pues nunca se excedió tanto la naturaleza en belleza y con ella ha ido más allá de la mesura, o quizás no actuó nunca. ¿Cómo puede entonces existir? ¿Cómo nació tan gran belleza? Dios la hizo con su mano desnuda para sorprender a la naturaleza. Ésta podría emplear todo el tiempo que quisiera en imitarla y

no acabaría nunca. Ni siquiera Dios esforzándose mucho creo que pudiera hacer otra igual por mucho que trabajara en ello.

De esta manera describía mi señor Yvain a la que se destroza de dolor; y nunca, que yo sepa, le pasó esto a ningún hombre estando en prisión como lo está mi señor Yvain, que temiendo perder la cabeza amara tan locamente sin atreverse a pedirle su amor ni que otro lo haga por él.

La doncella vuelve porque quería hacerle compañía, estar con él y divertirle, buscar y traerle todo lo que quisiera. Le encontró pensativo y lánguido a causa del amor que se había apoderado de él y le dijo:

–Mi señor Yvain. ¿Qué vida habéis llevado desde que me fui?

–Una –le contestó–, que me ha gustado mucho.

–¿Gustado? ¡Dios mío! ¿Decís la verdad? ¿Cómo puede tener buena vida quien ve que le buscan para matarle a no ser que quiera y desee la muerte?

–Mi dulce amiga –le contestó–, bien cierto es que no quisiera morir de ninguna manera, pero, y que Dios me sea testigo, lo que vi me ha gustado mucho, me gusta y me gustará siempre.

–Dejemos esto por ahora –dijo ella, que comprendió perfectamente hacia dónde iban dirigidas estas palabras–. No soy ni tan tonta ni tan insensata como para no entender estas palabras; pero ahora seguidme, porque en seguida voy a preocuparme en sacaros de la prisión. Si queréis os pondré a salvo esta noche o mañana; venid ahora, que yo os conduzco.

Y él contestó:

–Tened por seguro que no voy a salir de aquí en mucho tiempo si ha de ser a escondidas como un ladrón. Cuando la gente esté toda reunida allá fuera por las calles entonces saldré con más honor que si lo hiciera durante la noche.

Después de decir esto entró tras ella en la habitación pequeña. La avispada doncella le proveyó de todo lo que necesitaba, y cuando fue el momento se acordó de lo que le había dicho: lo mucho que le había gustado lo que había visto cuando por la sala le buscaban los que le querían matar.

La doncella tenía tanta confianza en su señora que no temía confiarle nada por muy importante que fuera el asunto porque era su consejera y acompañante. ¿Y por qué le acobardó consolar a su señora y en aconsejarla por su bien? La primera vez le dijo en secreto:

–Señora, grande ha sido mi asombro al veros actuar con tal insensatez. Señora, ¿acaso pensáis recobrar a vuestro esposo con tantas lamentaciones?

–No –contestó ella–, pero deseo morir de tristeza.

–¿Por qué?

–Para irme tras él.

–¿Tras él? Que Dios os lo impida y os dé a cambio un buen esposo como Él puede dároslo.

–Nunca me dijiste mentira mayor porque Él no me podrá dar uno tan bueno.

–Si queréis tomarlo puede daros uno mejor; os lo probaré.

–¡Vete! ¡Cállate! Jamás encontraré uno mejor.

–Sí, señora, si queréis. Mas decidme ahora sin enfadaros, ¿quién defenderá vuestra tierra cuando venga la

semana próxima el rey Artús a la grada y a la fuente? ¿Acaso no habéis recibido el mensaje en la carta que os envió la Doncella Salvaje? ¡Ah, qué bien empleó su tiempo en ello! Ahora tenéis que decidir cómo defender vuestra fuente y no paráis de llorar. Por favor, no deberíais aplazarlo mi querida señora porque, en verdad, los caballeros que tenéis no valen ni lo que una camarera, y lo sabéis. El que más presume no cogerá ni la lanza ni el escudo. Tenéis gran cantidad de gente débil y no habrá ni uno tan audaz que se atreva a montar a caballo, mientras el rey viene con tan gran hueste que se apoderará de todo sin que haya resistencia.

La dama se da cuenta y se dice a sí misma que la doncella le aconseja lealmente, pero dentro de ella hay la locura que tienen las mujeres, todas o casi todas: que aún reconociendo la causa de su locura rehúsan lo que desean.

–¡Vete –le dice–, no me hables más! Si te vuelvo a oír hablar harás mal quedándote; mucho me molestan tus palabras.

–En buena hora, señora –le dijo la doncella–, bien se ve que sois mujer que se indigna cuando oye que alguien le aconseja obrar bien.

Y se fue dejándola sola.

Entonces la dama pensó que se había equivocado. Le hubiera gustado saber cómo su doncella podía probar que era posible encontrar un caballero mejor que lo que siempre fue su señor; muy a gusto lo hubiera oído pero ella se lo había prohibido. Con esta idea esperó hasta que volviera la doncella que, prescindiendo de la prohibición, le dijo rápidamente:

–Oh, señora, ¿es aún necesario que os matéis de dolor? Por Dios, renunciad a ello, o por lo menos dejad de humillaros. A tan alta dama no conviene mantener tan largamente el duelo. Acordaos de vuestro rango y de vuestra nobleza. ¿Creéis acaso que toda gallardía ha muerto con vuestro señor? Se cuentan a centenares los caballeros tan buenos o mejores que han quedado por el mundo.

–¡Que Dios me confunda si no mientes!, y a pesar de ello, nómbrame a uno sólo que tenga tanta fama de valiente como la tuvo mi señor durante toda su vida.

–Y vos mal me lo agradeceréis con vuestros enfados y amenazas.

–No lo haré, os lo aseguro.

–Sea para vuestra felicidad lo que os va a suceder, si es que os complace y que Dios os conceda lo que gustéis. Nada veo que me obligue a callarme porque nadie nos oye ni escucha. Me vais a considerar tonta, pero me parece que bien puedo decir esto: cuando dos caballeros se enfrentan con las armas en batalla singular, ¿cuál de los dos creéis que vale más cuando uno ha vencido al otro? Por lo que a mí respecta yo daría el premio al vencedor. Y vos, ¿qué haríais?

–Me parece que me estás tendiendo una trampa, que me quieres coger con la palabra.

–A fe mía, bien podéis ver que yo camino por lo cierto y que os pruebo con toda verdad que vale más que él aquel que venció a vuestro señor, puesto que él no lo hizo. Le venció y le persiguió valientemente hasta aquí y lo encerró en su propia casa.

–Acabo de oír –dijo la dama– la mayor tontería que jamás fue dicha. ¡Vete malvada, vete zorra loca e in-

oportuna! Y no vuelvas a presentarte ante mí para hablarme de él.

–Cierto es, señora, que sabía que no os agradaría, ya os lo había dicho antes. Pero me prometisteis no enfadaros ni reñirme por ello. Mal habéis mantenido vuestra promesa y he aquí lo que me ha pasado: habéis dicho todo lo que habéis querido y yo he perdido la ocasión de callarme.

La doncella volvió a la habitación en la que estaba mi señor Yvain al que protegía tanto; pero a él no le complacía nada al no poder ver a la dama y de lo que ella le habla ni le interesa ni se preocupa.

Pero durante toda la noche la dama tuvo un largo debate consigo misma por la necesidad que tenía de proteger su fuente. Empieza a arrepentirse de haber insultado, reprendido y maltratado a su doncella porque sabía con toda seguridad que ni por mejorar el salario, ni por una recompensa, ni por amor que le tenga al caballero jamás hubiera discutido con ella; y como le ama más a ella que a él, sabe que no le aconsejaría nada deshonroso ni indigno porque es su muy leal amiga.

Ved el camino que ha dado la dama hacia aquella a quien había insultado y que creía que por ningún precio debiera estimarla más. Y a aquel que había rechazado, lo ha perdonado lealmente con razón y justicia porque no le había hecho ningún mal. Y razona igual que si estuviera ante él y empieza a discutir consigo misma.

–¿Niegas acaso –le dice– que has matado a mi señor?

»–No puedo negarlo –le contesta–, al contrario, lo concedo.

»–Dime, pues, ¿por qué lo has hecho? ¿Por lastimarme? ¿Por odio? ¿Por desprecio?

»–Que me muera ahora mismo si lo hice para haceros algún mal.

»–Entonces a mí no me has causado ningún mal ni has obrado injustamente con él, porque, si él hubiera podido te hubiera matado; en mi opinión creo que he juzgado bien y rectamente.

Entonces por ella misma se da cuenta con buen sentido y razón que no tiene derecho a odiarle y ha dicho lo que quisiera y por sí sola se inflama como el tronco que humea hasta que surge la llama sin que nadie sople ni atice. Si ahora viniera la doncella se excusaría de la discusión en la que tanto la contradijo y por la que había sido reñida.

Por la mañana volvió aquélla y continuó con su latín en el punto en que lo había dejado. La dama estaba cabizbaja porque sabía que no había hecho bien maltratándola; pero ahora querrá repararlo y preguntarle el nombre, la condición y el linaje del caballero y obrando con sensatez se humilla y le dice:

–Os pido perdón de los ultrajes e insultos que os dije alocadamente; seguiré vuestro consejo. Decidme lo que sepáis acerca del caballero del que me habéis hablado tanto, quién es y de qué gente. Si es de un rango que me convenga y si por él no hay inconveniente le haré señor de mi tierra y de mi persona, os lo prometo. Pero tendrá que hacerlo de modo que nunca se me reproche ni se diga: ésta es aquella que tomó por esposo al que mató a su señor.

–En nombre de Dios, señora, así será. Tendréis el señor más gentil, el más noble y el más bello que jamás salió del linaje de Abel.

–¿Cómo se llama?

–Mi señor Yvain.

–A fe mía que no es un villano sino que es muy noble: ya sé yo que es el hijo del rey Urien.

–A fe mía, señora, bien decís la verdad.

–¿Cuándo podremos tenerle?

–Dentro de cinco días.

–Demasiado tarde; si por mí fuera ya estaría aquí. Que venga esta tarde, o por lo menos, mañana.

–Señora, creo que ni un pájaro pudiera volar tanto en un día, pero mandaré a un joven servidor mío que corre mucho para que vaya a la corte del rey Artús, aunque creo que hasta mañana por la noche no lo encontrará.

–Es demasiado largo este plazo. Los días son largos. Dile que mañana por la tarde ha de estar de vuelta y que vaya lo más rápido que sepa, pues, si se esfuerza, de dos jornadas hará una y como esta noche brillará la luna que haga de la noche otro día, y yo, cuando vuelva, le daré todo lo que quiera.

–Dejad que me ocupe yo de esto y lo tendréis en vuestras manos de aquí a tres días por lo menos. Mientras tanto convocaréis a vuestras gentes y les pediréis consejo sobre la venida del rey. Para mantener la costumbre de defender vuestra fuente tenéis que ser bien aconsejada y no habrá nadie, por muy importante que sea, que ose presumir de ir a defenderla. Entonces podréis decir en justicia que os es necesario casaros. Un caballero de gran renombre os solicita pero no os atrevéis a aceptarlo si no dan su consentimiento. Y yo tomo esto como una garantía, pues los considero tan cobardes que para cargar del

peso que llevan a otros vendrán todos a vuestros pies para agradeceros el verse libres de tan gran esfuerzo. Quien tiene miedo de su sombra esquiva si puede el encuentro con la lanza o con el dardo pues son un mal juego para un cobarde.

–A fe mía –contestó la dama–, así lo quiero y lo autorizo. Había pensado lo mismo que habéis dicho y así lo haremos. Pero, ¿por qué estáis aquí? ¡Marchaos! No os demoréis más. Haced todo lo posible por encontrarle. Yo me quedaré con mis gentes.

Así acabó la conversación. La doncella simuló que enviaba a buscar a mi señor Yvain a su tierra. Mientras tanto, cada día lo hizo bañar, lavar y peinar y le preparó también una túnica de escarlata bermeja forrada de veros aún marcada con la tiza. No ahorró nada en su atavío: le abrochó el cuello con un broche de oro con piedras preciosas que trabajan las gentes de allí muy delicadamente y le ciñó un cinturón y una limosnera confeccionada con un rico brocado; muy elegantemente lo ha vestido. Luego fue a decirle a su señora que el mensajero ya había vuelto, y ha procedido sensatamente.

–¿Cuándo vendrá mi señor Yvain? –le dice ella.

–Ya está aquí dentro.

–¿Aquí dentro? Rápido, que venga discretamente ahora que no hay nadie conmigo. Cuidad que no venga nadie más pues odiaría a esta cuarta persona.

La doncella se retiró y se fue con su huésped sin aparentar en su semblante la alegría que sentía en su corazón, sino que le dijo a mi señor Yvain que su señora sabía que ella lo había cobijado allí dentro y añadió:

–Mi señor Yvain, por Dios, ya no es necesario guardar secreto pues ya se ha divulgado y mi señora sabe que estáis aquí; por ello me insulta, me odia y discute conmigo. Pero me ha prometido que si os llevo ante ella no os hará ningún daño ni mal. Creo que no os perjudicará en nada excepto en una cosa y no os quiero mentir porque sería traicionaros: os quiere tener en su prisión y no sólo quiere tener el cuerpo sino que el corazón tampoco esté libre.

–En verdad –contestó él– que bien lo deseo y no me será nada penoso pues en su prisión quiero estar.

–¡Y lo estaréis, por mi mano derecha que os tiene sujeto! Ahora venid, pero por mi reputación comportaos ante ella tan humildemente que no os haga la prisión más dura. Pero no os inquietéis por esto pues no creo que tengáis una prisión demasiado penosa.

La doncella se lo lleva y tan pronto le atemoriza como le tranquiliza y le habla encubiertamente de la prisión en donde está encerrado, porque no existe amigo que no sea prisionero y por esto es apropiado que se le llame prisión porque el que ama está en prisión. La doncella lleva de la mano a mi señor Yvain hacia donde se le amará tanto. Teme ser mal acogido y no es sorprendente que tema esto.

Encontraron a la dama sentada sobre un almohadón bermejo. Os aseguro que mi señor Yvain sintió mucho miedo al entrar en la habitación y encontrarse ante la dama que no le dirigió la palabra. Por esto tuvo tanto miedo y se asustó, porque creyó haber sido traicionado. Permaneció algo alejado hasta que la joven le gritó:

–¡Maldita sea quinientas veces el alma que lleva al apo
sento de una bella dama a un caballero que no se le acer
ca y que no tiene ni lengua ni boca ni juicio para darse
conocer!

Tras estas palabras le sacudió por el brazo y le dijo:

–Acercaos caballero y no tengáis miedo de que o
muerda mi señora; buscad mejor la paz y la concordia y
yo rogaré con vos para que os perdone la muerte de Es
clados el Rojo, que era su señor.

Sin demorarse mi señor Yvain juntó las manos, cayó de
rodillas y le dijo como verdadero amigo:

–En verdad, señora, que no os pediré favor sino que os
agradeceré cuanto me hagáis pues nada que venga de vos
puede disgustarme.

–¿Nada, señor? ¿Y si os mato?

–Señora, os daré las gracias; no me oiréis decir otra cosa.

–Nunca oí algo igual, pues deseáis poneros completamente bajo mi poderío sin que os fuerce a ello.

–Señora, no hay fuerza tan poderosa, y no miento, como esta que me ordena consentir por entero a vuestros deseos. No temo hacer nada de lo que gustéis mandarme y si pudiera reparar la muerte con la que os he hecho un gran mal, lo haría sin discusión.

–¿Cómo? –dijo ella–. Decídmelo y os libraré de la reparación. ¿Acaso no me hicisteis ningún mal al matar a mi señor?

–Señora –le contestó–, por vuestra gracia, ¿qué mal hice al defenderme cuando vuestro señor me atacó? Si un hombre quiere matar o hacer prisionero a otro y el que se defiende lo mata, decidme, ¿ha cometido alguna falta?

–No, si se mira con justicia, y pienso que no me servirá de nada haceros matar. Pero mucho me gustaría saber de dónde os viene la fuerza que os impulsa aceptar mis deseos sin réplica. Os libro de toda culpa y maldad pero sentaos y contadme cómo habéis sido sometido.

–Señora –le dijo–, esta fuerza viene de mi corazón que os tiene a vos; y en mi corazón se ha introducido este deseo.

–¿Y quién lo ha puesto en el corazón, buen y dulce amigo?

–Señora, mis ojos.

–Y en los ojos, ¿quién?

–La gran belleza que en vos vi.

–Y la belleza, ¿qué mal ha hecho?

–Tan grande, señora, que me ha hecho amar.

–¿Amar? ¿A quién?

–A vos, querida señora.

–¿A mí?

–Así es, en verdad.

–¿En verdad? ¿De qué modo?

–De tal modo que no lo puede haber mayor; de tal modo que mi corazón no se aparta de vos y no encuentra lugar en otro sitio; de tal modo que no puedo pensar en otra cosa; de tal modo que me entrego a vos del todo; de tal modo que os amo más que a mí mismo; de tal modo que si os place, tanto me da morir o vivir por vos.

–¿Os atreveríais a haceros cargo por mí de la defensa de la fuente?

–Sí, señora, contra todos los hombres.

–Pues sabed que ya estamos de acuerdo.

¡Y así tan rápidamente se han puesto de acuerdo!

La dama, que antes había reunido a sus barones, le dijo al caballero:

–Vamos a la sala en donde está la gente que me ha aconsejado y autorizado a tomar partido por la necesidad que ven en ello; y lo haré porque lo necesito. Aquí mismo me entrego a vos pues no debo rehusar como esposo a un buen caballero e hijo de rey.

Así tan pronto se ha realizado lo que la doncella se había propuesto y mi señor Yvain es más dueño que lo que se pudiera contar y decir. La dama lo llevó con ella a la sala que estaba llena de caballeros y de servidores. Mi señor Yvain tenía un aspecto tan gentil que todos le miraban maravillados; ante su presencia todos se levantaron, se inclinaron y saludaron a mi señor Yvain y pronosticaron:

–Éste es el que tomará por esposo mi señora; malditos sean los que lo impidan porque parece un prohombre excepcional. Verdad es que la emperatriz de Roma se casaría muy a gusto con él. Si él ya se hubiera comprometido con ella y ella con él dándose las manos la podría desposar hoy mismo o mañana.

Así hablaban todos en corro. Al fondo de la sala había un banco en el que se fue a sentar la dama para que todos pudieran verla. Mi señor Yvain hizo ademán de sentarse a sus pies pero ella lo levantó y luego ordenó a su senescal que tomara la palabra y que fuera oído por todos. El senescal, que no era lento ni tartamudo, dijo:

–Señores, se nos viene encima una guerra. No hay día en que el rey no se equipe haciendo todos los preparativos para venir a asolar nuestras tierras. Antes de que transcurra una quincena quedarán completamente

–No, si se mira con justicia, y pienso que no me servirá de nada haceros matar. Pero mucho me gustaría saber de dónde os viene la fuerza que os impulsa aceptar mis deseos sin réplica. Os libro de toda culpa y maldad pero sentaos y contadme cómo habéis sido sometido.

–Señora –le dijo–, esta fuerza viene de mi corazón que os tiene a vos; y en mi corazón se ha introducido este deseo.

–¿Y quién lo ha puesto en el corazón, buen y dulce amigo?

–Señora, mis ojos.

–Y en los ojos, ¿quién?

–La gran belleza que en vos vi.

–Y la belleza, ¿qué mal ha hecho?

–Tan grande, señora, que me ha hecho amar.

–¿Amar? ¿A quién?

–A vos, querida señora.

–¿A mí?

–Así es, en verdad.

–¿En verdad? ¿De qué modo?

–De tal modo que no lo puede haber mayor; de tal modo que mi corazón no se aparta de vos y no encuentra lugar en otro sitio; de tal modo que no puedo pensar en otra cosa; de tal modo que me entrego a vos del todo; de tal modo que os amo más que a mí mismo; de tal modo que si os place, tanto me da morir o vivir por vos.

–¿Os atreveríais a haceros cargo por mí de la defensa de la fuente?

–Sí, señora, contra todos los hombres.

–Pues sabed que ya estamos de acuerdo.

¡Y así tan rápidamente se han puesto de acuerdo!

La dama, que antes había reunido a sus barones, le dijo al caballero:

–Vamos a la sala en donde está la gente que me ha aconsejado y autorizado a tomar partido por la necesidad que ven en ello; y lo haré porque lo necesito. Aquí mismo me entrego a vos pues no debo rehusar como esposo a un buen caballero e hijo de rey.

Así tan pronto se ha realizado lo que la doncella se había propuesto y mi señor Yvain es más dueño que lo que se pudiera contar y decir. La dama lo llevó con ella a la sala que estaba llena de caballeros y de servidores. Mi señor Yvain tenía un aspecto tan gentil que todos le miraban maravillados; ante su presencia todos se levantaron, se inclinaron y saludaron a mi señor Yvain y pronosticaron:

–Éste es el que tomará por esposo mi señora; malditos sean los que lo impidan porque parece un prohombre excepcional. Verdad es que la emperatriz de Roma se casaría muy a gusto con él. Si él ya se hubiera comprometido con ella y ella con él dándose las manos la podría desposar hoy mismo o mañana.

Así hablaban todos en corro. Al fondo de la sala había un banco en el que se fue a sentar la dama para que todos pudieran verla. Mi señor Yvain hizo ademán de sentarse a sus pies pero ella lo levantó y luego ordenó a su senescal que tomara la palabra y que fuera oído por todos. El senescal, que no era lento ni tartamudo, dijo:

–Señores, se nos viene encima una guerra. No hay día en que el rey no se equipe haciendo todos los preparativos para venir a asolar nuestras tierras. Antes de que transcurra una quincena quedarán completamente

devastadas si no tenemos un buen defensor. Aún no han pasado siete años enteros desde que mi señora se casó aconsejada por vosotros. Su marido ha muerto y esto le apena. Ahora no posee más que una toesa de tierra quien poseía el país entero y tan bien lo gobernaba. ¡Es una gran desgracia que haya vivido tan poco! La mujer no puede llevar el escudo ni atacar con la lanza pero puede resarcirse de esto y fortalecerse si toma un buen esposo. Nunca tuvo mayor necesidad de ello; aconsejadle, pues, todos a que tome señor para que se mantenga la costumbre que ha habido en este castillo durante más de sesenta años.

Después de estas palabras todos dijeron al unísono que les parecía muy conveniente y se acercaron hasta sus pies demostrándole un gran afecto. Ella se hizo de rogar de aquello que mucho deseaba hasta que al fin, como si fuera a pesar suyo, concedió lo que en verdad haría aunque alguien se lo prohibiera, y dijo:

–Señores, puesto que os place, este caballero que se sienta a mi lado mucho me ha rogado y mucho me ha insistido. Quiere defender mi honor y estar a mi servicio y yo se lo agradezco y vosotros agradecédselo también. Es cierto que nunca le había visto pero había oído hablar mucho de él: es hombre de alto rango pues es hijo del rey Urien. Además de tan gran nobleza tiene tanta valentía, tanta cortesía y prudencia que nadie debe desaconsejármelo. Creo que todos habéis oído hablar bien de mi señor Yvain y es él el que me quiere por esposa y yo tendré el más noble señor el día en que se comprometa conmigo.

Todos dijeron:

–Si obráis prudentemente no pasará de hoy sin que celebréis el matrimonio: bien necio es el que retrasa una sola hora en hacer algo que es de su provecho.

Tanto se lo rogaron que la dama aceptó lo que de todas maneras hubiera hecho, pues es Amor quien le ordena hacer esto para lo que pide aprobación y consejo; y más honrada se siente cuando tiene el consentimiento de su gente. Los ruegos no le molestan en nada sino que la mueven e impulsan a hacer el deseo de su corazón. El caballo fogoso cuando se le espolea va más rápido.

5. Boda de Yvain y Laudine

Ante todos sus barones la dama se dio a mi señor Yvain. De la mano de un capellán de su corte mi señor Yvain tomó a Laudine de Landuc, hija del duque Laudunet, de quien se canta un lai. Aquel mismo día, sin aplazarlo más, la tomó por esposa e hicieron sus bodas. Hubo allí muchas mitras y cruces pues la dama había convocado a sus obispos y a sus abades. Hubo mucha alegría y felicidad, hubo mucha gente y riqueza, más de la que os podría relatar por mucho que me ocupara de ello y por eso prefiero callarme que decir sólo un poco.

Ahora mi señor Yvain es el señor y el muerto está olvidado del todo. El que le mató se ha casado con su mujer y juntos se acuestan; y las gentes aman y aprecian más al vivo que lo que apreciaron al muerto.

Les sirvieron de lo mejor en las bodas que duraron hasta la víspera del día en que llegó el rey a la maravilla de la fuente y la grada; con él iban sus compañeros pues

todos los de su mesnada le acompañaban en esta cabalgada, ni uno solo se había quedado. Y mi señor Keus decía:

–¡Ay! ¿Qué le ha pasado ahora a Yvain que no ha regresado y que se jactaba después de comer que iría a vengar a su primo? Bien se ve que dijo esto después del vino. Adivino que debe de haber huido porque no se hubiera atrevido a venir aquí ni tan sólo para echar una ojeada. Con mucho orgullo presumió de esto y es muy osado quien se atreve a alabarse de lo que nadie le aplaude y no tiene más testigos de su vanidad que sus mentirosas alabanzas. Entre el cobarde y el valiente hay una gran distancia porque el cobarde alrededor del fuego no para de hablar de sí mismo y cree que todo el mundo es tonto y piensa que nadie se da cuenta. El valiente estaría muy molesto si oyera hablar a otros de sus hazañas Y, sin embargo, estoy de acuerdo con el cobarde porque no se equivoca: él se alaba y él se envanece pues no encuentra quien mienta por él. Si él no habla así, ¿quién lo hará? Todos callan, incluso los heraldos cuando proclaman públicamente a los valientes y echan al viento a los cobardes.

Así habló mi señor Keus y mi señor Gauvain contestó:

–Piedad, mi señor Keus, piedad. Si mi señor Yvain no está aquí ahora, no sabéis en qué dificultad se encuentra. Nunca se envileció ultrajándoos, pues posee excelente cortesía.

–Señor –le contestó Keus–, me callo y hoy ya no me oiréis hablar más porque veo que os molesta.

El rey, para contemplar la lluvia derramó el bacín lleno de agua sobre la grada bajo el pino y en seguida llovió

muy recio. No pasó mucho tiempo antes de que mi señor Yvain entrara en el bosque armado de pies a cabeza y acercándose más rápidamente que si fuera a galope sobre un caballo muy grande y robusto, fuerte, valiente y rápido. Mi señor Keus sintió el deseo de reclamar la batalla para sí pues, cualquiera que fuera el final, siempre quería empezar los combates y las justas, de lo contrario se encolerizaba mucho. Apeló al rey delante de todos para que le permitiera entablar esta batalla:

–Keus –le dijo el rey–, ya que os place y me la habéis pedido el primero no debe seros negada.

Keus se lo agradeció y montó.

Muy contento se pondría mi señor Yvain si pudiera causarle un poco de vergüenza y muy a gusto lo hará porque lo ha reconocido por sus armas. Coge el escudo por los brazales y Keus el suyo y la emprenden el uno contra el otro, picando a los caballos y bajando las lanzas que llevaban empuñadas. Las alargan un poco sosteniéndolas por las empuñaduras y cuando se encuentran se encarnizan en darse tales golpes que rompen a la vez sus lanzas y las hienden hasta el puño. Mi señor Yvain le asestó un golpe tan fuerte que desde la silla Keus dio una voltereta y el yelmo golpeó en tierra. Mi señor Yvain no le quiso hacer más daño y desmontó y le tomó el caballo. Esto gustó mucho a los que allí lo presenciaban y hasta hubo alguno que dijo:

–¡Ay, ay! Mirad cómo habéis caído vos que despreciabais a los demás! Y, sin embargo, es justo que se os perdone esta vez para que no os ocurra nunca más.

Mientras, mi señor Yvain se llegó ante el rey llevando el caballo por el freno para entregárselo y le dijo:

–Señor, tomad este caballo, pues obraría mal si retuviera algo que os pertenece.

–¿Quién sois? –le dijo el rey–, pues al momento no os reconozco, si no oigo vuestro nombre y no os veo desarmado. Entonces mi señor Yvain le dijo su nombre y Keus se llenó de vergüenza y quedó consternado, mudo y aniquilado porque le había acusado de haber huido. Pero los demás están muy contentos y demuestran gran alegría al ver la gloria del caballero. Hasta el rey demostró gran contento, pero mi señor Gauvain se alegraba cien veces más que nadie, pues amaba más su compañía que la de otro caballero.

El rey le ruega insistentemente que si le place le explique todo lo que le había sucedido, pues tenía gran deseo de saber toda su voluntad y le conmina a decir la verdad. El caballero les relató todo y también la fidelidad y la bondad que la doncella demostró con él; en ningún momento cambió ni una sola palabra ni se olvidó de nada.

Luego rogó al rey que él y todos sus caballeros fueran a albergarse con él, pues gran honor y alegría representaría si se albergaran allí. El rey le dice que lo harán con mucho gusto durante ocho días enteros y le demostrará su amor y su alegría estando en su compañía. Y mi señor Yvain se lo agradece.

Y sin demorarse más, montaron y se fueron hacia el castillo por el camino directo. Mi señor Yvain envió por delante de la comitiva a un escudero que llevaba un halcón grullero para que no sorprendieran a la dama y para que su gente adornara sus casas para honrar al rey. Al oír la dama la noticia de que el rey venía hacia allí tuvo una gran alegría y no hubo nadie que al oírlo no estuviera

contento ni le importara. La dama les rogó encarecidamente que fueran todos al encuentro del rey y ninguno protestó ni refunfuñó, deseosos como estaban de hacer su voluntad.

Al encuentro del rey de Bretaña van todos montados en grandes caballos españoles y saludan muy ceremoniosamente al rey Artús primero y después a todo su séquito diciendo:

–¡Bienvenida sea esta comitiva llena de tan nobles caballeros! ¡Bendito sea el que la conduce y tan buenos huéspedes nos da!

Y en honor al rey el castillo resuena por la alegría que les ha proporcionado. Sacaron las telas de seda y las extendieron como ornamento y con los tapices pavimentan las calles para el rey, cuya llegada esperan. Aún preparan otra cosa más: cubren las calles con cortinajes para proteger al rey del sol.

Campanas, cuernos y trompetas resuenan por el castillo tan fuerte que no se oirían los truenos de Dios. En su honor danzan las doncellas y suenan flautas y violas, panderos, tímpanos y tambores; en otro lado dan saltos los ágiles jóvenes; todos se esfuerzan en demostrar su júbilo y con esta fiesta reciben a su señor tal como debe ser.

La dama está fuera vestida con un traje imperial, túnica adornada de armiño nuevo y en la cabeza una diadema cuajada de rubíes; su rostro no reflejaba dolor, sino alegría, y mostraba una sonrisa que la hacía, en mi opinión, más bella que una diosa. A su alrededor se apretó la multitud diciendo todos, uno tras otro:

–¡Bienvenido sea el rey, el señor de los reyes y de los señores de este mundo!

No pudo el rey contestar tantos saludos y vio venir hacia él a la dama para sostenerle el estribo pero no quiso esperarla y se apresuró a desmontar; y al momento que la vio, descendió y la dama le saludó diciéndole:

–Sea cien mil veces bienvenido el rey mi señor y bendito sea mi señor Gauvain, su sobrino.

–Y que vuestra persona, bella criatura, tenga alegría y felicidad –le contestó el rey.

Luego el rey, como hombre cortés y noble, la abrazó tomándola por el talle y ella a él le dio un apretado abrazo. Me callaré la bienvenida que les hizo a los otros, pues nunca oí hablar de nadie tan bien acogido, tan honrado ni tan obsequiado. Os contaría mucho acerca de los festejos si no temiera desperdiciar mis palabras; sólo quiero tener un breve recuerdo de la entrevista que tuvo lugar en privado entre la luna y el sol.

¿Sabéis de quién os voy a hablar? De aquel que fue el señor de los caballeros y el más renombrado de todos, éste bien debe ser llamado «sol». Lo digo por mi señor Gauvain, que ilumina la caballería como el sol de la mañana extiende sus rayos y difunde claridad a todos los lugares por donde se expande. Y llamo «luna» a aquella que es única en la más grande prudencia y cortesía, y no lo digo sólo a causa de su gran renombre sino porque se llama Lunete.

La doncella se llamaba Lunete y era una graciosa morenita, muy inteligente, avispada y amable. Entabló gran amistad con mi señor Gauvain, que mucho la estimó y amó, llamándola amiga suya porque ella había librado de la muerte a su compañero y amigo; por ello él se pone a su servicio. Ella, por su parte, le relató cuántos esfuerzos

tuvo que hacer para convencer a su señora de que tomara a mi señor Yvain por marido y cómo le protegió de caer en manos de los que le buscaban: ¡estaba entre ellos y no le veían! Mi señor Gauvain se rió mucho de lo que le contó, y le dijo:

–Mi joven dama, me entrego a vos y me pongo a vuestro servicio sin reserva como caballero que soy; no me prefiráis a otro si no creéis ganar en el cambio; soy vuestro y a partir de ahora seréis mi dama.

–Gracias, caballero –le contestó ella.

Y así los dos conversaron cariñosamente mientras los demás se entregaban al amor, pues de las noventa damas que había allí no había ninguna que no fuera bella, gentil, noble, graciosa, digna y sensata y de alto linaje. Con ellas los caballeros pudieron solazarse, abrazarlas, besarlas, conversar con ellas, mirarlas y sentarse a su lado: por lo menos tuvieron esto.

¡Qué gran festejo es para mi señor Yvain que el rey resida en su casa! La dama les honró tanto a cada uno en particular y a todos juntos que incluso algún necio pensó que las atenciones y la buena acogida que les ofrecía provenían del amor. Bien pueden ser llamados necios si piensan que ella les ama: cuando una dama es tan cortés que se acerca a un desgraciado, es amable con él y le abraza, sólo el necio se pone contento con las palabras cariñosas y pronto se burlan de él los demás.

Con gran alegría transcurrió el tiempo, toda una semana en la que hubo quien se paseó por bosques y riberas; y quien quiso ver la tierra que mi señor Yvain había conquistado casándose con la dama, pudo pasearse por los castillos que había en dos, tres o cuatro leguas a la redonda.

Cuando el rey consideró que se había quedado mucho tiempo no quiso alargarlo más y ordenó preparar su partida. Durante aquella semana todos habían rogado y suplicado con todas sus fuerzas a mi señor Yvain para que les acompañara.

–¿Cómo? ¿Vais ahora a ser de estos que valen menos a causa de sus mujeres? –le decía mi señor Gauvain–. ¡Por Santa María, maldito sea el que se casa para empeorar! Quien tiene a una bella dama por amiga o por mujer debe mejorar, pues no es justo que ella le ame cuando su renombre y su mérito declinan. Ciertamente, si valéis menos lamentaréis su amor aún más porque la mujer rápidamente repone su amor y no se equivoca al despreciar al que ha empeorado cuando es el señor del reino. Sobre todo ahora ha de aumentar vuestra fama. Romped el freno y el cabestro, y vos y yo iremos a los torneos para que no se os llame celoso. Ya no debéis soñar más, sino frecuentar los torneos, entablar combate y justar con dureza aunque os cueste. ¡Sueña demasiado el que no se mueve de donde está! Es absolutamente necesario que vengáis, pues yo estaré en vuestra enseña. Buen compañero, mirad que no desaparezca nuestra compañía que por mi parte no os faltará nunca.

»Es asombroso que se aprecie el placer que siempre dura. Se hace bien en demorarlo, pues una breve dicha que se retrasa tiene un sabor más dulce que una mayor que se saborea rápidamente. El gozo del amor que se retarda se parece al tronco verde que arde y da un calor mayor y que dura más cuanto más tarda en encenderse. Uno se puede acostumbrar a esto pero es muy costoso deshacerse de ello y cuando se quiere, no se puede hacerlo.

»No lo digo por esto, pues si tuviera tan bella amiga como la vuestra, señor compañero, ¡por Dios y por todos los santos!, muy a pesar mío la dejaría. Creo que haría una locura.

¡Hay quien da buenos consejos a los demás y no sabría aconsejarse a sí mismo, igual que los predicadores que son unos viles mentirosos al enseñar y predicar el bien que ellos no tienen intención de realizar!

Mi señor Gauvain le repitió tantas veces estas palabras y tanto insistió que él le prometió que se lo diría a su mujer y que se iría, si pudiera conseguir permiso. Sea una locura o algo sensato no dejará de pedir autorización para volver a Bretaña. Llamó aparte a la dama, que no se percataba de nada, y le dijo:

–Mi muy querida señora, vos que sois mi corazón y mi alma, mi bien, mi gozo y mi salud, concededme un don por vuestro honor y por el mío.

En seguida se lo concedió la dama, pues no sabía lo que le quería pedir y dijo:

–Buen señor, me podéis mandar lo que gustéis.

E inmediatamente mi señor Yvain le pidió permiso para acompañar al rey y participar en los torneos para no ser llamado cobarde. Ella le contestó:

–Os concedo licencia para un tiempo determinado; pero os aseguro que el amor que os tengo se convertirá en odio si sobrepasáis el plazo que os daré. Sabed que mantendré mi palabra, si mentís yo diré la verdad. Si queréis conservar mi amor y me queréis más que a nadie pensad en volver dentro de un año por lo menos, ocho días después de San Juan, hoy mismo es la octava. Si aquel día no estáis aquí conmigo, mi amor os dará «jaque mate».

Mi señor Yvain lloró y suspiró tan fuertemente que apenas pudo decirle:

–Señora, este plazo es muy largo. Si yo pudiera ser una paloma siempre que quisiera estaría con vos muy a menudo. Y ruego a Dios que si le place, no permita que tarde tanto. Pero quien piensa en volver en seguida no sabe lo que sucederá; y yo no sé qué me ocurrirá, si me retendrá algún impedimento de enfermedad o de cautiverio. Habéis obrado injustamente al no pensar por lo menos en un impedimento de mi cuerpo.

–Señor –dijo ella–, lo admito; y sin embargo os prometo que si Dios os preserva de la muerte no os espera ninguna dificultad mientras os acordéis de mí. Ahora poneos en el dedo este anillo mío que os presto. Os revelaré, sin rodeos, cuál es la naturaleza de su piedra: ningún amante fiel y leal que lo lleve será hecho prisionero ni perderá sangre ni le ocurrirá mal alguno; quien lo lleva y lo aprecia tiernamente le hace acordarse de su dama y se vuelve más duro que el hierro. Será para vos escudo y loriga y nunca lo quise prestar ni entregar a ningún caballero: es por el amor que os tengo por lo que os lo doy.

Se despidió de ella mi señor Yvain y mucho lloró en el momento de partir. Por mucho que le insistieron, el rey no quiso permanecer por más tiempo, pues estaba impaciente por tener preparados los palafrenes con los aparejos y los frenos puestos. Desde que lo ordenó, rápidamente lo hicieron: sacaron afuera los palafrenes y sólo faltaba montar en ellos.

¿Debo contaros la partida de mi señor Yvain y los besos que recibió mezclados con lágrimas y embalsamados

de dulzura? ¿Y qué os diré acerca del rey? ¿Cómo le acompañan la dama y sus doncellas y también todos sus caballeros? Tardaría demasiado si lo hiciera. El rey ruega a la dama que llora que no se quede allí y vuelva a su residencia; se lo ruega tan insistentemente que ella, con gran disgusto, se vuelve llevando consigo a sus gentes.

6. Las aventuras de Yvain

Mi señor Yvain, muy a su pesar, se separó de la dama pero su corazón no se alejó de ella. El rey puede llevarse el cuerpo pero no se llevará nada del corazón, porque éste se queda tan unido al corazón de la que se queda que no tiene poder para llevárselo. Sin el corazón el cuerpo no puede vivir de ninguna manera y si el cuerpo sobrevive sin el corazón es un prodigio nunca visto. Este prodigio le ha sucedido a mi señor Yvain que vive sin el corazón que había en él, pues no ha querido seguirle. El corazón ha encontrado hermosa residencia y el cuerpo vive con la esperanza de volver al corazón. De una esperanza extraña tiene hecho el corazón quien a menudo traiciona y falsea sus promesas y creo que no conocerá el momento en que le traicione su esperanza porque si rebasa un solo día el término que han fijado juntos, difícilmente obtendrá de su dama tregua o paz. Y estoy seguro que lo rebasará porque mi señor Gauvain no le permitirá

alejarse de su compañía, ya que juntos se fueron a todos los lugares en que había torneos.

El año transcurrió deprisa y durante todo el año mi señor Yvain fue tan valiente que mi señor Gauvain se esforzó en honrarlo y esto le hizo retrasarse tanto que pasó el año entero y buena parte del siguiente hasta que llegó la mitad de agosto cuando el rey reunió su corte en Chester.

La víspera regresaron los dos de un torneo en el que había participado mi señor Yvain y había conseguido todos los premios. Y como creo que dice el cuento, ambos caballeros decidieron que no se alojarían en la ciudad y montaron su pabellón fuera del recinto y allí establecieron su corte sin acercarse a la corte del rey, sino que el rey fue a la suya porque con ellos estaba mayor número de caballeros y los mejores.

El rey Artús se sentó entre ellos; y entonces Yvain se puso a pensar, pues desde que se había despedido de su señora no le había abordado un pensamiento como éste; y se dio perfecta cuenta de que había faltado a su promesa y sobrepasado el plazo. Con gran esfuerzo podía contener sus lágrimas, sólo le ayudaba a ello la vergüenza.

Pensó durante mucho tiempo, hasta que apareció una doncella que venía directamente hacia ellos cabalgando con rapidez sobre un palafrén negro manialbo. Desmontó ante su pabellón sin que nadie le ayudara ni le cogiera el caballo. Así que vio al rey dejó caer el manto y sin él entró en el pabellón, se presentó ante el rey y les dijo que su señora saludaba al rey y a mi señor Gauvain y a todos los demás, excepto a Yvain, el desleal, el traidor, el mentiroso, el impostor que la había engañado y decepcionado.

Bien había visto ella su engaño y cuando él se hacía pasar por un verdadero enamorado no era más que un traidor, un impostor y un ladrón. Este ladrón ha seducido a su señora que no sospechaba ningún mal y no podía imaginar que en modo alguno le pudiera robar su corazón. Pues los enamorados no roban los corazones y sólo se llama ladrones a los que van engañando en amor o no entienden nada de ello. El amigo toma el corazón de su amiga pero no se lo roba, sino que se lo guarda para que no se lo roben los ladrones con apariencia de prohombres. Éstos son ladrones hipócritas y traidores que se esfuerzan en robar corazones que no les importan nada; pero el amigo a donde quiera que vaya tiene al corazón en gran estima y lo devuelve.

–Mi señor Yvain ha matado a mi señora porque ella creía que él le guardaba su corazón y se lo devolvería antes de que pasara el año. ¡Muy olvidadizo has sido Yvain, al no acordarte que debíais volver a mi señora antes de un año!; ella te dio de plazo hasta el día de San Juan y tú la desdeñaste tanto que no te volviste a acordar de ella. Mi señora, en cambio, marcó en su habitación todos los días y todos los instantes porque el que ama está ansioso y se pasa toda la noche sin poder conciliar el sueño, contando y sumando los días que vienen y se van. ¿Acaso sabes tú lo que hacen los amantes? Cuentan las estaciones y los instantes. Su queja no es disparatada ni prematura y, si digo esto no es para pedir justicia, sino para decir que nos ha traicionado quien te desposó con mi señora.

»¡Yvain, no le importas ya nada a mi señora y me envía a decirte que no vuelvas con ella ni lleves su anillo nunca

más! Por mí, a quien ves ante tus ojos, te ordena que se lo entregues: ¡devuélveselo, tienes la obligación de hacerlo!

Yvain no pudo contestarle, pues le faltaron las ideas y las palabras. La doncella se adelantó y le quitó el anillo del dedo, luego encomendó a Dios al rey y a todos los demás, excepto a aquel al que dejaba en tan gran aflicción. Su dolor aumentó de repente; todo lo que oía le producía malestar y todo lo que veía, tristeza. Desearía huir, solo, a un país tan salvaje que no pudieran encontrarle, donde no hubiera hombre ni mujer alguno; que nadie supiera de él, como si estuviera en el infierno. A nadie odia tanto como a sí mismo y no sabe quién le puede consolar de haberse dado él mismo muerte. Preferiría perder la razón que no poder vengarse de sí mismo por haberse arrebatado la felicidad.

Se aparta de donde están reunidos los barones porque teme perder la razón en su compañía. Y como ellos no se han percatado de nada, le dejan irse solo pensando que no le interesan ni sus conversaciones ni su mundo.

7. La locura de Yvain

Mi señor Yvain anduvo errante hasta alejarse de las tiendas y de los pabellones. Entonces se le subió a la cabeza un vértigo tan grande que perdió el juicio; rompe y destroza sus vestiduras y huye por los campos y cultivos dejando abandonada a su gente que se preguntan en dónde puede estar. Le van buscando por todas partes, por los alojamientos de los caballeros, por los setos y por los jardines; pero le buscan por donde no está. Mientras, él va huyendo rápidamente hasta encontrar al lado de un cercado a un muchacho que llevaba un arco y cinco flechas emplumadas muy anchas y cortantes. Tuvo el juicio suficiente para acercarse al muchacho y arrebatarle el pequeño arco y las flechas que llevaba en la mano. No se acordaba de haber hecho antes otra cosa. Acecha a las bestias en el bosque, las mata y se come la caza completamente cruda.

Hacía ya tiempo que vivía en el bosque como un hombre salvaje y loco cuando encontró la casa de un ermitaño,

muy baja y pequeña; y el ermitaño roturaba los campos.
Cuando vio aquel hombre desnudo se dio cuenta, sin dudarlo un instante, de que no estaba en su sano juicio; estaba convencido de que era un loco y lleno de miedo se metió muy deprisa en su casita. Sin embargo, el buen hombre, por caridad tomó pan y agua clara y los sacó a la parte exterior de su casa por una estrecha ventana. Y él con gran avidez se acercó, tomó el pan y lo mordió. Pensó que nunca había probado ninguno tan duro y áspero; el sextario de grano con el que se había hecho el pan no había costado ni cinco sueldos, pues era más amargo que la avena de cebada mezclada con paja y por esta razón estaba enmohecido y seco como una corteza. Pero el hambre le acució y obligó tanto que a jalea le supo el pan, ya que un hambre desmesurada y excesiva sazona cualquier comida. Mi señor Yvain se comió todo el pan del ermitaño y le supo bien y luego bebió el agua fresca del pote. Cuando acabó de comer se volvió de nuevo al bosque para buscar ciervos y ciervas. Mientras, el buen hombre bajo su techo, al verlo partir rogaba a Dios que le protegiera y guardara para que no volviera allí otra vez. Pero no hay nadie por poco juicio que tenga que no vuelva muy a gusto al lugar en donde se le ha hecho algún bien. Mientras estuvo dominado por este frenesí no pasó un día sin que llevara a la puerta del ermitaño alguna bestia salvaje. Desde entonces ésta era la vida que llevaba: el buen hombre desollaba y cocía la caza, y el pan y el cántaro de agua estaba siempre en la ventana para saciar al furioso; y éste tenía para comer carne de caza sin sal y sin pimienta y para beber el agua fresca de la fuente. Y el buen hombre se ocupaba de vender las

pieles y comprar pan de cebada y de avena u otro grano, y así mi señor Yvain tenía toda su ración: todo el pan que quería y caza.

Esto duró hasta un día en que dos doncellas y la dama a la que acompañaban y de cuya casa eran le encontraron durmiendo en el bosque. Una de las tres desmontó y corrió hacia el hombre desnudo que apareció ante su vista: lo contempló detenidamente sin ver en él nada que le hiciera reconocerlo y, sin embargo, por haberlo visto tantas veces hubiera tenido que reconocerlo en seguida si hubiera estado vestido con el rico atuendo que solía llevar. Tardó mucho en reconocerlo a pesar de que no dejaba de contemplarle, hasta que finalmente advirtió una cicatriz que tenía en el rostro; sabía con certeza que mi señor Yvain tenía una herida así en la cara pues se la había visto muchas veces. Por la cicatriz reconoció que era él, no tuvo la menor duda, pero se preguntó extrañada qué le había podido ocurrir para encontrarlo desnudo y tan miserable. Estupefacta, se santiguó varias veces pero no lo zarandeó ni despertó, sino que montando en el caballo volvió a donde estaban las otras y llorando les contó su aventura.

No sé por qué me voy a detener a contaros el lamento que ella profirió; llorando le dijo a su señora:

–Señora, he encontrado a Yvain, el caballero de más reconocido mérito del mundo y el más destacado, pero no sé por qué falta le ha venido tanta desgracia al noble caballero; quizá ha tenido alguna pena que le hace comportarse así. Por una gran desgracia se puede perder el juicio y bien claro está que no está en sus cabales, pues no se comportaría tan vilmente si no es habiendo perdido el juicio.

¡Ojalá Dios se lo devolviera, ahora en mayor medida que el que antes tuvo y quisiera quedarse para ayudaros! El conde Alier que os hace la guerra os ha atacado con gran dureza; finalizaría esta guerra entre los dos con gran honor por vuestro lado, si Dios os diera la buena suerte que él recobrara la razón y se entregara a ayudaros en vuestra adversidad.

La dama le contestó:

–No os preocupéis pues si no huye creo que con la ayuda de Dios le quitaremos de la cabeza toda la rabia y la violencia; pero debemos marcharnos ahora mismo. Me acuerdo de un ungüento que me dio la sabia Morgana diciéndome que no existía rabia que no quitara de la cabeza.

Rápidamente se van al castillo que estaba muy cerca, como a una media legua, ni un paso más, según la longitud de las leguas de este país en el que dos leguas hacen una de las nuestras, y cuatro, dos.

Y él se quedó durmiendo completamente solo, y ella fue a buscar el ungüento. La dama abrió uno de sus cofres y sacó de él la caja y se la dio a la doncella rogándole que no lo derrochara y que sólo le frotara con él las sienes y la frente, pues no hacía falta en otras partes; que sólo le frote las sienes y guarde el sobrante porque el mal no lo tiene en otro lugar, sólo en el cerebro. Hizo también traer un traje forrado de veros, una túnica y un manto de seda grana; también le trajeron un palafrén excelente que lo llevaba la doncella con la mano derecha y ella puso de su parte una camisa, bragas muy finas y calzas nuevas muy bien cortadas.

Con todo esto se fue rápidamente y encontró que aún dormía en el mismo lugar en que lo había dejado; puso

los caballos en un bosquecillo sujetándolos fuertemente, y se acercó al lugar en donde estaba durmiendo con las vestiduras y el ungüento. Actúa muy audazmente al acercarse tanto al loco que incluso lo toca y lo mueve; toma el ungüento y le unta hasta que en la caja no quedó nada: tanto desea su curación que le unta por todas partes y lo gasta todo, sin acordarse ni importarle la prohibición de su señora. Pone más del necesario convencida de que así lo hace mejor; le frota con él las sienes y la frente y todo el cuerpo hasta los artejos; le frotó con tanta fuerza bajo el cálido sol en las sienes y por todo el cuerpo que le extrajo del cerebro la rabia y la melancolía. Fue una tontería utilizarlo por el cuerpo, no tenía ninguna necesidad, pero aunque hubiera tenido cinco sextarios creo que hubiera hecho lo mismo. Luego se fue llevándose la caja y se escondió cerca de los caballos; no se llevó los vestidos porque quería que si Dios le sanaba el juicio, viera que estaban preparados, los cogiera y se los vistiera. Permaneció detrás de un grueso roble hasta que él, que había dormido suficiente, se sintió curado y restablecido, pues había recobrado el juicio y la memoria. Al verse desnudo como una estatua de marfil mucho se avergonzó y más se hubiera avergonzado si hubiera sabido la aventura, pero no sabe por qué está desnudo. Vio ante sus ojos el vestido nuevo y se preguntó con gran extrañeza cómo y por qué prodigio había llegado allí aquel vestido; trastornado y avergonzado al ver sus carnes desnudas piensa que moriría y se sentiría traicionado si alguien que le conociera se encontrara con él y le viera así. Rápidamente se vistió y miró por el bosque si se acercaba alguien; intentó levantarse y mantenerse en pie pero no pudo dar un

paso; le era necesario encontrar ayuda, que alguien le socorriera y le aguantara porque se encontraba tan mal que apenas podía mantenerse en pie. La doncella ya no quiso esperar más, montó y pasó por su lado como si ignorara su presencia; y él, que tenía gran necesidad de ayuda, fuera la que fuera y necesitaba que alguien le llevara a una morada hasta que recobrara sus fuerzas, se esforzó mucho en llamarla. La doncella, por su parte, miró a su alrededor como si no supiera qué pasaba; desorientada iba de aquí para allá sin querer dirigirse hacia él. Pero él le volvió a gritar:

–¡Doncella, por aquí, por aquí!

Y la doncella dirigió hacia él los pasos de su palafrén; con esta acción le hizo creer que no sabía nada de él, que jamás lo había visto allí, demostrando prudencia y cortesía.

Al llegar ante él, le dijo:

–Señor caballero, ¿qué queréis, llamándome con tanta insistencia?

–¡Ah! –le contestó–, discreta doncella, no sé por qué fatalidad me encuentro en este bosque; por Dios y por vuestra fe, os ruego como gran favor que me prestéis o me concedáis como don el palafrén que lleváis.

–Con sumo gusto, señor, pero venid conmigo a donde me dirijo.

–¿Adónde? –le dijo.

–Fuera de este bosque, a un castillo que está cerca de aquí.

–Doncella, decidme, ¿me necesitáis?

–Sí –le contestó ella–, pero pienso que aún no estáis del todo curado; durante quince días por lo menos necesitaréis reposar; tomad el caballo que llevo a la derecha e iremos al albergue.

Y él, que no pedía otra cosa, lo tomó y montó, y se pusieron en camino hasta llegar a un puente bajo el cual el río corría turbulento y ruidoso. La doncella tiró allí la caja vacía; de esta manera se excusará ante su dama de lo del ungüento, pues le dirá que al pasar por el puente tuvo la desgracia de caérsele la caja al río al tropezar súbitamente su palafrén y la caja se le cayó de las manos y por poco no se cayó ella detrás y la pérdida hubiera sido aún mayor. Recurrirá a esta mentira cuando llegue ante su señora.

Siguieron cabalgando juntos hasta llegar al castillo; la dama acogió con alegría a mi señor Yvain y, cuando estuvieron a solas, preguntó a la doncella por su caja y el ungüento; ella le dijo la mentira tal como la había pensado, pues no se atrevía a decir la verdad; mucho se enojó la dama, y le dijo:

–¡Qué pérdida tan desagradable!, pues estoy segura y cierta de que no se recuperarán, pero ya que así ha ocurrido no hay que preocuparse más. Quien piensa conseguir su felicidad a veces logra su mal; esto es lo que creí a propósito de este vasallo, que me daría felicidad y alegría y he perdido el mejor y el más querido de mis bienes. A pesar de ello os ruego que le sirváis en todo.

–¡Ah, señora!, decís muy bien, pues sería una mala pasada hacer de una desgracia dos.

Cesaron de hablar de la caja y proveyeron a mi señor Yvain de todo lo que ellas pudieron y supieron: le bañaron, le lavaron la cabeza, le afeitaron y rasuraron, pues se le podían coger a puñados los pelos de la barba. No hay nada que desee que no le sea concedido; si quiere armas se las dan, si quiere un caballo tienen a punto uno grande,

hermoso, fuerte y vigoroso. Permaneció allí hasta que un martes llegó al castillo el conde Alier con sus caballeros y servidores y lo incendiaron y saquearon. Inmediatamente los del castillo montan y visten sus armas; unos con armas y otros desarmados salieron y alcanzaron a los saqueadores que al verlos no se dignaron huir, sino les esperaron en un desfiladero. Y mi señor Yvain que había reposado tanto que ya había recobrado sus fuerzas, atacó al grupo y dio un golpe a un caballero en el escudo con tanto vigor que derribó, os lo aseguro, caballo y caballero a la vez y éste no se levantó nunca más pues le reventó el corazón dentro de sus entrañas y se le partió el espinazo. Mi señor Yvain retrocedió un poco y volvió a la carga; se cubrió completamente con el escudo y se fue galopando para despejar el desfiladero. Más rápidamente que contar uno, dos, tres y cuatro se le vio derribar a cuatro caballeros en un instante. A los que con él estaban su ejemplo les enardecía porque hay quien tiene corazón pobre y cobarde pero cuando ve que un valiente emprende delante de él una gran empresa, en seguida le asaltan el rubor y la vergüenza que echan fuera al pobre corazón que tiene en el cuerpo y le da al punto audacia y corazón de valiente caballero. Así se convierten en valientes y cada uno mantiene muy bien su puesto en la batalla y en el combate.

La dama, que había subido en lo alto de la torre de su castillo, vio los combates y los asaltos para avanzar y conquistar el desfiladero; vio, también, a los heridos y a los muertos yaciendo en tierra, tanto de los suyos como de los enemigos y más de los otros que de los suyos.

Y mi señor Yvain, el cortés, el noble, el bueno, los tenía a su merced igual que el halcón hace con las cercetas.

Los hombres y mujeres que se habían quedado en el castillo y contemplaban la batalla decían:

–¡Ah! ¡Qué valiente guerrero! ¡Cómo hace doblegar a sus enemigos! ¡Qué rudamente les ataca! Se lanza sobre ellos como el león entre los gamos cuando le atormenta y le hostiga el hambre; y todos nuestros caballeros ahora son más audaces y más fieros que antes, pues si no hubiera sido por él no hubieran quebrado ni una lanza ni desenvainado la espada para atacar. Cuando se encuentra a un valiente mucho se le debe amar y estimar. ¡Ved ahora cómo se comporta! ¡Ved cómo se mantiene en las filas! ¡Ved cómo se tiñe de sangre su lanza y su espada desnuda! ¡Ved cómo les estrecha el cerco, cómo les ataca, cómo se precipita sobre ellos, cómo les esquiva y vuelve otra vez!, pero no se detiene después de esquivarlos y no tarda al dar la vuelta. ¡Mirad!, cuando se lanza en medio de la refriega no estima mucho su escudo, pues permite que se lo destrocen y no tiene misericordia de nada. Le vemos muy deseoso de vengar los golpes que le dan.

»Si alguien hubiera hecho para él lanzas con todo el bosque de Argone, creo que no quedaría ni una esta noche: pues todas las que le colocan en la caja del arzón las rompe y pide otra. ¡Mirad cuando saca la espada, cómo la maneja! Jamás con Durandal hizo Roldán mayor destrucción de turcos en Roncesvalles ni en España; si tuviera para ayudarle algunos compañeros como él, el traidor del que nos quejamos se retiraría derrotado o quedaría humillado.

También comentan que en buena hora nació aquella a quien hubiera dado su amor, pues es tan valiente con las

armas que destaca entre los demás como el cirio entre las candelas, como la luna entre las estrellas y como el sol sobre la luna; y todos y todas le aprecian tanto que quisieran al verlo tan valiente que se desposara con su señora y tuviera su tierra bajo su dominio. De esta manera todos y todas le alaban, y dicen verdad, pues lucha tanto con los que están fuera del castillo que les hace huir a más y mejor, persiguiéndoles muy de cerca, seguido por sus compañeros que a su lado están seguros como si les protegiera un muro de piedra dura, alto y grueso. La persecución duró tanto tiempo que los que huían se agotaron y los que les persiguen los despedazan y les destripan los caballos. Los vivos ruedan encima de los muertos, hiriéndose, matándose y combatiéndose entre ellos cruelmente. El conde huyó rápidamente y mi señor Yvain tras él, pues no dudó en perseguirlo. Tanto le acosó que le alcanzó al pie de una montaña abrupta; y esto ocurrió muy cerca de la entrada de una fortaleza que era suya.

Allí fue capturado el conde porque nadie le pudo ayudar y con pocas palabras mi señor Yvain obtuvo su sumisión cuando lo tuvo en sus manos y estuvieron solos, frente a frente, sin que pudiera de ningún modo huir, escapar o defenderse, le juró que se entregaría a la señora de Norison, se haría su prisionero y según sus condiciones concertarían la paz. Cuando él tuvo su palabra le hizo desarmar la cabeza y quitarse el escudo del cuello y que le entregara la espada desnuda. Entonces tuvo el honor de conducir prisionero al conde y de entregarlo a sus enemigos cuya alegría no fue pequeña.

Antes de que llegaran al castillo ya se supieron estas nuevas y todos y todas salieron a su encuentro con la

señora a la cabeza. Mi señor Yvain tenía asido por la mano al prisionero y se lo entregó. El conde se comprometió sin reservas a sus deseos y exigencias y lo confirmó todo con su fe y su juramento con las garantías que le aseguró. Le garantizó y le juró que siempre habrá paz entre ellos, le restituirá sus pérdidas cuando ella se las muestre con pruebas y reconstruirá de nuevo las casas que había derribado.

Cuando quedaron fijadas estas disposiciones y la dama tomó asiento, mi señor Yvain le pidió licencia para marcharse. Ella no se la hubiera otorgado si él la hubiera requerido como esposa o como amiga para tomarla y desposarla. Pero no permitió en modo alguno que le siguieran o acompañaran, sino que se fue inmediatamente sin que de nada valieran los ruegos.

Reemprendió el camino dejando a la dama que antes había llenado de alegría muy apenada; cuanta más alegría le ha dado, más le apena y más le aflige que no quiera quedarse, porque ella le hubiera honrado y si él hubiera querido le hubiera hecho el señor de cuanto ella poseía o le hubiera concedido por su servicio un gran sueldo, tan grande como hubiera querido, por cuantioso que fuera. Pero él no quiso escuchar los consejos de nadie, ni de hombre ni de mujer, y se alejó de los caballeros y de la dama que tanto sentían el que no le fuera posible quedarse.

8. El Caballero del León

Mi señor Yvain caminaba pensativo por un espeso bosque; de repente oyó entre la maleza un grito muy doloroso y agudo. Se dirigió hacia donde había oído que provenía el grito y cuando llegó vio en un claro a un león al que una serpiente agarraba por la cola mientras le quemaba los lomos con una llama ardiente. Mi señor Yvain no se detuvo mucho rato contemplando esta maravilla y deliberó consigo mismo a quién de los dos ayudaría. Entonces dijo que socorrería al león porque a los seres venenosos y a los traidores sólo se les debe hacer mal, y la serpiente es venenosa y echa fuego por la boca, tan llena de felonía está. Mi señor Yvain decidió que primero la mataría a ella; desenvainó la espada, avanzó y se puso el escudo ante el rostro para que la llama que arrojaba de la garganta más ancha que una olla no le abrasara. Si luego el león le ataca, no le faltará combate. Pero, pase lo que pase después, ahora quiere ayudarle, pues Piedad le ruega y aconseja que socorra y ayude a la bestia gentil y franca. Ataca a la traidora serpiente con su espada que corta sutilmente y la parte hasta el suelo y la corta en dos mitades, la golpea y vuelve a golpear hasta que la desmenuza y la hace pedazos. Pero le ha sido preciso cortar el extremo de la cola del león porque estaba agarrada a la cabeza de la traidora serpiente: sólo cortó lo necesario, menos no pudo.

Cuando hubo liberado al león pensó que ahora tendría que luchar con él, pues se le echaría encima: no podía pensar otra cosa. Oíd lo que hizo entonces el león; cómo actuó noblemente y con generosidad, cómo se puso a demostrar que se le sometía: le tendió sus dos patas juntas e inclinó la cabeza hasta el suelo; se levantó sobre las patas traseras; se arrodilló y humildemente bañó de lágrimas su cara. Bien supo entonces mi señor Yvain que el león le daba gracias y que se humillaba ante él porque le había librado de la muerte matando a la serpiente y esta aventura le llenó de alegría. Limpió la espada del veneno y de la suciedad de la serpiente, la metió en la vaina y reemprendió el camino. Y el león caminaba a su lado: ya nunca lo abandonará, siempre irá con él porque le quiere servir y proteger.

El león caminaba delante de él y olió en el viento a algún animal salvaje que estaba paciendo; el hambre y su naturaleza le indujeron a buscar la presa y cazarla para procurarse su comida: esto es lo que ordena la naturaleza que haga. Siguió un instante el rastro y mostró a su señor que había olido en el viento el olor de una bestia salvaje. Se paró, le miró pues le quería servir a su gusto; no quería ir a ninguna parte en contra de su deseo. Y él

comprendió en su mirada que el león le dice que le espera; no duda de que si se detiene el león se detendrá también y si le sigue apresará la caza que ha olfateado. Entonces le incita y le grita como si fuera un perro de caza y el león al momento alza la nariz al viento que había olfateado y que no le había engañado, pues apenas ha caminado un tiro de arco, ve en un valle a un corzo solitario paciendo. Deseando atraparlo lo consiguió al primer asalto y luego se bebió la sangre aún caliente. Una vez lo hubo muerto se lo echó a la espalda y lo llevó ante su señor que desde entonces le tuvo gran cariño y lo llevó en su compañía todos los días de su vida por el amor tan grande que le había demostrado.

Casi era ya de noche cuando decidió acampar en aquel lugar y desollar el corzo para comer cuanto quisiera. Emprendió la tarea de desollarlo rajando la piel de encima del costado y le cortó un pedazo de la carne del lomo; hizo fuego con una piedra oscura y lo prendió en un leño seco y puso a asar el filete en el espetón para que se asara a fuego rápido; lo asó hasta que estuvo bien cocido pero no disfrutó con la comida porque no tenía ni pan, ni vino, ni sal, ni mantel, ni cuchillo, ni otra cosa. Mientras comía, el león estaba echado ante él sin moverse para nada y sin dejar de mirarle hasta que ya no pudo comer más. Entonces el león devoró lo que quedaba del corzo, incluso los huesos. El caballero apoyó la cabeza en el escudo durante toda la noche para reposar, mientras, el león era tan inteligente que le veló, cuidándose de guardar el caballo que pacía de una hierba que poco le engordaba.

Por la mañana se marcharon juntos y me parece que por el mismo camino que habían hecho la noche anterior, y así

pasaron los dos casi una quincena, hasta que la aventura les condujo a la fuente que estaba bajo el pino.

Allí mi señor Yvain estuvo a punto de volver a enloquecer otra vez al acercarse a la fuente, a la grada y a la capilla. Mil veces se llamó desgraciado y miserable, y cayó desvanecido, tan grande era su dolor; la espada se deslizó de la vaina introduciéndosele la punta entre las mallas de la loriga por el cuello cerca de la mejilla. No quedó malla sin desclavarse y la espada al cortarle la piel del cuello debajo de la blanca malla hizo que brotara la sangre. Al ver esto, el león creyó que su compañero y señor estaba muerto; nunca oísteis relatar dolor mayor que el que empezó a hacer: se retuerce las patas, se araña, y grita y siente deseos de matarse con la espada que creía que había causado la muerte de su buen señor. Le quita la espada con los dientes y la acerca a un tronco caído y la apoya contra un árbol de modo que no se incline y deslice cuando él la haga chocar contra su pecho. Iba a realizar su deseo cuando Yvain se recobró del desmayo; el león detuvo la carrera que había emprendido rápidamente hacia la muerte, como el jabalí furioso que no repara donde embiste. Mi señor Yvain que de aquel modo se había desmayado junto a la grada al volver en sí se reprochó el haber sobrepasado el año, porque éste era el motivo del odio de su señora hacia él y dijo:

–¿Por qué no se mata este desgraciado que se ha robado la felicidad? ¿Qué hago, desgraciado de mí, que no me mato? ¿Cómo puedo quedarme aquí y ver esto que pertenece a mi señora? ¿Por qué permanece el alma en mi cuerpo? ¿Qué hace el alma en un cuerpo tan triste?

Si hubiera salido de él no se hallaría en tal martirio. En verdad que debo odiarme, insultarme y despreciarme mucho, y así lo hago. El que pierde su alegría y su felicidad por una mala acción y por su culpa bien debe tenerse odio mortal, debe odiarse y matarse. Y yo, ya que nadie me ve, ¿por qué evito el darme muerte?

¿Acaso no he visto cómo este león manifiesta tan gran duelo por mí que quería con mi espada atravesarse en pleno pecho? Y yo que he cambiado mi alegría por dolor, ¿debo temer a la muerte? La alegría se ha hecho extraña a mí. ¿Alegría? ¿Cuál? No diré nada más: nadie sabría contestar a esto, por esto es inútil mi pregunta. Era la alegría mayor de todas las alegrías la que me estaba reservada; pero me ha durado muy poco. Y el que la pierde por su culpa no tiene derecho a tener buena ventura.

Mientras se desesperaba de este modo, una prisionera, una infortunada que estaba encerrada en la capilla, le vio y oyó su lamento a través del muro que estaba agrietado. Cuando se recobró del desmayo lo llamó:

–¡Dios mío! –dijo ella–. ¿A quién oigo aquí? ¿Quién se lamenta de este modo?

Él le contestó:

–¿Quién sois vos?

–Yo soy –dijo ella– una prisionera, la criatura más desgraciada que existe.

Él le contestó:

–¡Cállate, necia criatura! Tu dolor es alegría, tu mal es un bien comparado con el mío, que me hace languidecer. Cuanto más ha conseguido un hombre vivir con deleite y gozo la propia desgracia le enfurece y enerva más que a otro hombre. El débil lleva por costumbre una carga

que otro de mayores fuerzas no la llevaría por nada del mundo.

–A fe mía –contestó ella–, sé que son la pura verdad estas palabras; pero esto no me convence de que vos seáis más desgraciado que yo y por esto no me lo creo, pues veo que podéis ir a donde queráis y yo estoy aquí prisionera; éste es el destino que tengo: mañana me vendrán a buscar y seré entregada al suplicio mortal.

–¡Ah, Dios mío! –dijo él–. ¿Por qué delito?

–Señor caballero, ¡que Dios tenga piedad de mi alma si me lo he merecido! No obstante, os diré la verdad sin mentiros en nada, por qué estoy prisionera aquí dentro. Me han acusado de traición y no encuentro quien me defienda de que mañana me quemen o me ahorquen.

–En primer lugar –le dijo–, puedo afirmaros que mi dolor y mi pena sobrepasan vuestro dolor porque podríais ser liberada de este peligro por cualquiera. ¿Podría suceder esto?

–Sí, pero aún no sé por quién: porque no hay más que dos caballeros en el mundo que se atrevieran para defenderme a enfrentarse en batalla contra tres hombres.

–¿Cómo? ¡Por Dios! ¿Son tres?

–Sí señor, os doy mi palabra: son tres los que me acusan de traición.

–¿Y quiénes son los que os aman tanto que uno de ellos sería tan valiente para combatir contra tres para salvaros y protegeros?

–Os lo diré sin mentir: uno es mi señor Gauvain y el otro mi señor Yvain, por cuya causa seré injustamente entregada al suplicio mortal.

–¿Por quién? –dijo él–. ¿Quién habéis dicho?

–Señor, que Dios me ayude, a causa del hijo del rey Urien.

–Ya he oído bastante y no vais a morir ya sin él. Soy el mismo Yvain en persona por el cual estáis en dificultades; y vos sois, estoy seguro de ello, la que me escondisteis en la sala; me salvasteis la vida cuando estaba atrapado entre las dos puertas basculantes, preocupado, afligido y angustiado. A no ser por vuestra beneficiosa ayuda hubiera sido hecho prisionero y muerto. Decidme, pues, dulce amiga quiénes os acusan de traición y os han hecho prisionera en este recinto.

–Señor, ya que queréis que os lo diga no os lo ocultaré más: es verdad que no dudé en ayudaros con buena fe. Por mi consejo mi dama os recibió como señor; se fió de mis exhortaciones y, por el santo Padrenuestro, creí hacerlo más por su provecho que por el vuestro y aún lo creo así. Ahora, os lo confieso, me esfuerzo de la misma manera en honrarla y satisfacer vuestros deseos, si Dios me ayuda. Pero ocurrió que pasó el año en que debíais volver a mi señora, ésta se enfadó conmigo y se creyó engañada por haberme hecho caso. Y cuando lo supo el senescal, un traidor, ladrón y desleal, que me envidiaba mucho porque mi señora me creía más a mí que a él en muchos asuntos, vio que ahora podría sembrar discordia entre mi señora y yo. En plena corte y ante todos me acusó de haberla traicionado en vuestro provecho; no tuve ni consejos ni ayuda, excepto de mí misma que sabía que nunca había traicionado a mi señora ni aun con el pensamiento. Respondí inmediatamente, atribulada y sin tomar consejo alguno que me haría defender por un caballero contra otros tres. El senescal no se comportó cortésmente al no prohibirlo y

yo no pude, pasara lo que pasara, retirarlo ni volverme atrás.

»De este modo me tomó la palabra y tuve que aceptar la fianza de que un caballero lucharía contra tres en un plazo de cuarenta días. Fui a muchas cortes: estuve en la del rey Artús y no encontré ninguna ayuda, ni encontré a nadie que me dijera de vos algo que me conviniera, pues no sabían ninguna noticia.

–Pero, ¿cómo?, ¿y mi señor Gauvain, el noble, el amable? ¿En dónde estaba? Nunca dejó de estar presto para ayudar a una doncella desamparada.

–Si le hubiera encontrado en la corte nada que le hubiera pedido me negara; pero me dijeron que un caballero se había llevado a la reina y el rey cometió la locura de dejarla ir tras él, y creo que Keus la acompañó hasta el caballero que se la llevaba y ahora mi señor Gauvain se ha metido en una gran dificultad al ir a buscarla, pues no descansará hasta encontrarla. Os he dicho la pura verdad de mi aventura: mañana moriré de vergonzosa muerte, seré quemada sin dilación por el odio y el desprecio que se os tiene.

Y él le contestó:

–¡No quiera Dios que os hagan algún mal por mi culpa! ¡Mientras yo viva, no moriréis! Mañana me esperaréis y dispuesto con todas mis fuerzas expondré mi vida para liberaros, como debo hacerlo. Pero no contéis ni digáis a nadie quién soy; pase lo que pase en el combate, tened cuidado de que nadie me reconozca.

–Señor, tenedlo por cierto, bajo ningún trance descubriría vuestro nombre, ya que así lo deseáis: antes sufriría la muerte, y sin embargo os ruego que no volváis por mí. No

quiero que emprendáis una batalla tan terrible. Os agradezco vuestra promesa de que la emprenderíais muy a gusto, pero quedad libre de ella: es mejor que sólo yo muera que verles regocijarse con vuestra muerte y con la mía. Cuando os hayan matado no escaparé de la muerte; es mejor que permanezcáis vivo que morir los dos.

–Dulce amiga –dijo mi señor Yvain–, habéis dicho algo que mucho me entristece; quizá no deseáis ser librada de la muerte o despreciáis el consuelo que os doy al ayudaros. No emplearé más tiempo en discutir con vos: habéis hecho tanto por mí, que no os debo faltar en ninguna necesidad que tengáis. Conozco vuestro temor y sin embargo, si place a Dios en el que creo, los tres quedarán deshonrados. Ahora sólo me resta acomodarme en este bosque, en cualquier sitio, porque no sé de ningún albergue en los alrededores.

–Señor –dijo ella–, Dios os conceda un buen albergue y una buena noche y os proteja de cualquier mal, como yo deseo.

Después de estas palabras mi señor Yvain se apartó de ella, seguido como siempre del león.

9. El gigante Harpín de la Montaña

Caminaron tanto que llegaron cerca de una fortaleza rodeada de una muralla ancha, fuerte y alta, que pertenecía a un barón. Este castillo no temía los asaltos de catapulta ni de maganel porque estaba muy sólidamente construido, pero fuera de la muralla la ciudad estaba arrasada, no quedaba en pie cabaña ni casa. Sabréis el motivo en otro momento, cuando llegue la ocasión. Mi señor Yvain tomó el camino directo hacia la fortaleza; unos siete muchachos que le habían bajado el puente levadizo corrieron a su encuentro, pero cuando vieron venir al león con él se atemorizaron mucho y le dijeron que hiciera el favor de dejar su león en la puerta para que no les dañara o les matara, pero él les contestó:

–No habléis de ello, porque no entraré sin él; o nos alojamos los dos aquí o yo me quedaré fuera porque lo quiero tanto como a mí mismo. Pero no temáis porque lo vigilaré tan bien que podréis estar completamente seguros.

Ellos le contestaron:

–En buena hora.

Entraron en el castillo y fueron caminando hasta encontrar caballeros, damas y graciosas doncellas que le saludaron, le ayudaron a desmontar y le desarmaron mientras le decían:

–Buen señor, sed bienvenido entre nosotros y Dios quiera que permanezcáis aquí hasta que os podáis marchar lleno de alegría y honor.

Del más noble al más humilde todos se afanaron en demostrarle gran alegría y con grandes muestras de regocijo le llevaron al castillo.

Pero cuando acabaron de dar muestras de alegría un dolor que les abrumaba les hizo olvidar el gozo de nuevo; empezaron entonces a gritar, a llorar y a arañarse el rostro y durante largo tiempo no pararon de alegrarse y de llorar; si manifestaron alegría sólo fue en honor de su huésped, pues no tenían ningunas ganas porque estaban llenos de espanto a causa de la aventura que les esperaba al día siguiente: todos tenían la certeza absoluta de que les acaecería el día siguiente, antes del mediodía.

Mi señor Yvain no salía de su asombro de que tan pronto cambiaran la alegría por el dolor y le preguntó al señor del castillo:

–Por Dios, querido y buen señor, ¿os complacería explicarme por qué me habéis honrado y demostrado tanta alegría primero y luego dolor?

–Sí, si queréis saberlo, aunque deberíais preferir que os lo ocultara callándome; por mi gusto no os diría nada que os produjera dolor: dejadnos con nuestra pena y no os la toméis a pecho.

–De ningún modo podría veros en tal dolor sin sentir nada en mi corazón, por el contrario, mucho deseo saberlo aunque me entristezca.

–Bien –le respondió–, os lo voy a contar. Mucho daño me ha causado un gigante que quería que le diese a mi hija que sobrepasa en belleza a todas las doncellas del mundo. Este cruel gigante, a quien Dios confunda, se llama Harpín de la Montaña y no hay día en que no se apodere de todo lo que puede arrebatarme. Nadie más que yo debe lamentarse ni soportar tal dolor; tendría que haberme vuelto loco de dolor porque tenía seis hijos, no sabía de caballeros más bellos en todo el mundo, y a los seis se los ha llevado el gigante; ante mis ojos mató a dos y mañana matará a los otros cuatro si no encuentro quien se atreva a combatir con él para liberar a mis hijos o si no le entrego a mi hija. Dice que cuando la tenga, la entregará a los mozos más viles y más repugnantes, que tenga en su mansión para que se diviertan con ella, pues él no se dignaría tomarla como esposa. Es mañana cuando me espera esta desgracia, si Nuestro Señor no me protege, y por ello no es sorprendente, muy querido señor, que lloremos; pero en vuestro honor nos esforzamos también en aparentar alegría, porque es un necio quien atrae a un hombre de bien a su alrededor y no le honra y vos me parecéis hombre digno.

»Ahora, señor, ya os he dicho todas nuestras grandes desgracias. El gigante no nos ha dejado ni castillo ni fortaleza a excepción de la que tenemos aquí dentro; vos mismo la habéis visto, si os habéis fijado, esta noche: no ha dejado en pie ni lo que vale una tabla, excepto estos muros que están intactos y ha arrasado toda la ciudad

llevándose todo lo que quiso y lo que quedó, lo incendió; de este modo me ha hecho tantas crueles jugadas.

Mi señor Yvain escuchó atentamente lo que le contó su anfitrión y cuando hubo oído todo le dijo lo que le parecía:

–Señor, estoy muy triste y apenado por vuestra desgracia, pero hay una cosa que me asombra, ¿cómo no habéis ido a pedir ayuda a la corte del buen rey Artús? No existe hombre tan valeroso que no encuentre en su corte caballeros que quieran medir su fuerza con la suya.

Entonces el noble señor le revela y le descubre que hubiera tenido gran ayuda si hubiera sabido dónde encontrar a mi señor Gauvain.

–No lo hubiera tomado a la ligera porque mi mujer es su prima hermana, pero un caballero de tierra extranjera se ha llevado a la esposa del rey, a la que fue a buscar a la corte. Pero no se la hubiera llevado por mucho que pudiera, a no ser porque Keus embaucó al rey para que le confiara a la reina y la pusiera bajo su protección. El rey fue necio y la reina insensata al fiarse de su escolta y soy yo el que ha sufrido la mayor desgracia y mayor pérdida: pues es cosa sabida que mi señor Gauvain, el valiente, hubiera venido rápidamente hacia su sobrina y sus sobrinos si hubiere sabido esta aventura, pero no sabe nada y tengo por ello tal dolor que por poco no me estalla el corazón; él ha ido detrás de aquel a quien Dios llene de desgracias y vergüenza por haberse llevado a la reina.

Cuando oyó esto mi señor Yvain tuvo tanta piedad de él que suspiró profundamente y le respondió:

–Querido y buen señor, muy a gusto me expondría a la peligrosa aventura si el gigante viniera mañana con vuestros

hijos a una hora que no sea muy tarde, pues al mediodía estaré lejos de aquí, como he prometido.

–Buen señor –dijo el noble–, os agradezco vuestro deseo cien mil veces seguidas.

Y todos los del castillo le dijeron varias veces lo mismo.

Entonces salió del aposento contiguo una doncella de cuerpo gracioso y rostro bello y encantador; se acercó llena de sencillez, callada y silenciosa y con la cabeza inclinada hacia el suelo porque su pena no tenía fin; la madre vino a su lado pues el señor las había llamado porque quería enseñárselas a su huésped; venían cubiertas con los mantos para ocultar sus lágrimas; pero él les ordenó abrir los mantos y levantar la cabeza.

–No os debe atormentar lo que os mando hacer –les dijo–, porque Dios y la buena ventura nos ha traído aquí a un noble caballero de muy buen linaje que me ha prometido que luchará contra el gigante. Y ahora no retraséis más el caer a sus pies.

–No permita Dios que yo vea esto –dijo en seguida mi señor Yvain–, no me gustaría nada que se postraran a mis pies, por la razón que fuera, la hermana de mi señor Gauvain y su sobrina. ¡Dios me guarde de que me invada el orgullo y les deje venir a mis pies! Nunca olvidaría la vergüenza que ello me produciría; pero mucho les agradecería que se mantuvieran serenas hasta mañana para ver si Dios las querrá ayudar. No es necesario que me lo roguéis más: que acuda el gigante pronto y así no faltaré a mi otro compromiso, pues no dejaría por nada el estar mañana a mediodía en la empresa mayor que nunca pudiera tener.

De esta manera no quiso darles una seguridad completa porque temía que el gigante no llegara a la hora y que no pudiera acudir a tiempo al lado de la doncella encerrada en la capilla. Y, sin embargo, lo que les prometió les colmó de esperanza; y todos y todas se lo agradecen pues confían mucho en su valor y están convencidas de que es un hombre valiente porque le acompaña un león que yace a su lado tranquilamente como un cordero. Por la esperanza que tienen de él se reconfortan y alegran y ya no dieron más muestras de dolor.

Cuando llegó el momento le acompañaron a acostarse a una cámara clara; la doncella y su madre estuvieron presentes en el momento de acostarse, tanto le querían y cien mil veces más le quisieran si supieran la cortesía y la gran valentía que había en él. El caballero y el león se acostaron y descansaron juntos; los demás no se atrevieron a acostarse y bien les cerraron la puerta para que no pudieran salir hasta el día siguiente, al amanecer.

Cuando se abrió la habitación mi señor Yvain se levantó, oyó la misa y esperó como lo había prometido, hasta la hora de prima. Dijo entonces delante de todos al señor del castillo en persona:

–Señor, no me es posible quedarme más tiempo y me iré, si no os pesa; no me está permitido quedarme más aquí. Pero estad convencido de que muy a gusto y buenamente, si no tuviera tan importante obligación y no estuviera tan lejos mi empresa, me quedaría aún un rato por causa de los sobrinos y la sobrina de mi señor Gauvain a quien mucho amo.

Se estremecieron de angustia la doncella, la dama y el señor; tuvieron tal miedo de que él se fuera que quisieron

postrarse a sus pies; pero él les recordó que esto no le era agradable ni digno. El señor le ofreció entonces darle lo que poseía, todo lo que quisiera, tierra o riquezas, pero que esperara todavía un poco más. Y él contestó:

–Dios me guarde de aceptar alguna cosa.

La doncella, asustada, se puso a llorar fuertemente rogándole que se quedara. Desamparada y angustiada le rogaba por la Reina gloriosa del cielo y de los ángeles y por Dios que no se fuera, que esperara aún un poco más; se lo rogaba por su tío al que, como ha dicho, conoce, ama y estima.

Una gran lástima le invadió cuando oyó que se lo pedía por el hombre a quien más apreciaba en el mundo y por la Reina de los cielos y por Dios, que es el centro donde se unen la dulzura y la misericordia. Suspiró angustiosamente: ni por el reino de Tarso quisiera que aquella otra doncella fuera quemada porque él se lo había garantizado. Su vida duraría poco o se volvería loco si no llegaba a tiempo; y por otra parte, le retenía con fuerza la gran nobleza de mi señor Gauvain su amigo, y casi se le partía el corazón de no poder quedarse más rato.

Pero a pesar de ello no se fue aún, sino que se retrasó tanto que compareció el gigante muy deprisa llevando consigo a los caballeros; llevaba colgando del cuello una estaca enorme, cuadrada, con un extremo en punta con el que las pinchaba sin parar; los caballeros llevaban unos vestidos que no valían ni una brizna de paja, sólo unas camisas sucias andrajosas; pies y manos atados con cuerdas y montados sobre cuatro rocines, flacos, débiles y heridos que cojeaban. Llegaron cabalgando por el bosque, y un enano, asqueroso como un sapo

hinchado, había atado los rocines cola con cola e iba custodiando a los cuatro caballeros, azotándolos sin parar con una correa de cuatro nudos, creyéndose un valiente; tanto les azotaba que estaban cubiertos de sangre y de esta manera tan vil eran llevados entre el gigante y el enano.

Ante la puerta, en un llano, se detuvo el gigante y le gritó al noble señor que desafiaba a muerte a sus hijos si no le entregaba a su hija para arrojarla a los excesos de sus mozos ya que no la amaba ni estimaba lo suficiente para envilecerse uniéndose a ella. Un millar de mozos estarán continuamente con ella, piojosos y desnudos, como vagabundos y marmitones, y todos tendrán su parte.

A punto estuvo el noble señor de volverse loco al oírle decir que prostituirá a su hija, o que al momento matará ante sus ojos a sus cuatro hijos: su angustia es tan grande que preferiría morir a estar vivo. Muchas veces se llamó triste y desgraciado y lloró y suspiró mucho. Mi señor Yvain le dijo entonces, como noble y generoso caballero:

–Señor, este gigante que allí fuera se envalentona es cruel y orgulloso; no permita Dios que se apodere de vuestra hija y la desprecie y ultraje; sería una gran desgracia que tan bella criatura nacida en tan noble linaje fuera entregada a los criados. ¡Aquí mis armas y mi caballo!, y haced bajar el puente y dejadme salir. Uno de los dos, él o yo, no sé cuál, tendrá que ser vencido. Si pudiera humillar al felón y cruel que nos está provocando hasta que dejara libres a vuestros hijos y viniese a justificar aquí mismo las injurias que os ha lanzado, luego yo me despediría encomendándoos a Dios y me iría a mi empresa.

Entonces le sacaron el caballo y le entregaron todas sus armas; se afanaron mucho en armarle. Pronto lo equiparon y se demoraron en ponerle las armas lo menos posible. Cuando estuvo bien preparado sólo faltaba que le bajaran el puente y dejarlo ir. Se lo bajaron y él salió, pero por nada del mundo se quedó el león sin seguirlo. Los que quedaron atrás lo encomiendan al Salvador pues temen por él que aquel demonio, aquel diablo que había matado a tantos valientes caballeros ante sus ojos y en aquel mismo lugar, no haga con él lo mismo. Ruegan a Dios que le preserve de la muerte y se lo devuelva sano y salvo y que le conceda matar al gigante. Cada uno según su manera lo pide fervorosamente a Dios.

El gigante con su fiera audacia se le acercó y le amenazó diciéndole:

–El que te envió aquí no te quería mucho, ¡por mis ojos! Ciertamente, no podría de ningún modo mejor vengarse de ti. Muy buena venganza se ha tomado de cuantos males le hayas hecho.

–Te has metido en vana discusión –le respondió mi señor Yvain, que no le temía–. Ahora hazlo lo mejor que puedas y yo también, pues me cansa la palabrería inútil.

Mi señor Yvain, que tiene gran deseo de irse, se abalanzó sobre él y le golpeó en medio del pecho que llevaba armado con una piel de oso, y el gigante le atacó con toda la fuerza de su estaca. Mi señor Yvain le dio tal golpe en el pecho que le atravesó la piel y mojó el hierro de la lanza en su sangre como si fuera salsa; pero el gigante con la estaca le golpeó tan fuerte que le hizo doblegarse. Mi señor Yvain sacó la espada con la que sabía dar tan grandes golpes. Ante él encontró al gigante, sin armadura, pues confiaba tanto en su

fuerza que no quería armarse; con la espada desenvainada le atacó y le hirió con la punta, no de plano, arrancándole un trozo de la carne de la mejilla y el otro le dio a su vez otro golpe que le hizo inclinarse hasta el cuello del corcel.

Al ver este golpe el león levantó la cabeza preparándose para ayudar a su señor; con furia dio un salto sobre el gigante, le agarró con gran fuerza y le desgarró como si fuera una corteza la velluda piel, arrancándole un gran pedazo de la cadera y le partió los nervios y el muslo. El gigante se escapó gritando y chillando como un toro del daño tan grande que le había hecho el león. Levantó la estaca con las dos manos para golpearle pero falló el golpe porque el león saltó hacia atrás; falló el golpe, que cayó inútilmente cerca de mi señor Yvain, pero no alcanzó ni a uno ni a otro. Mi señor Yvain blandió su espada y por dos veces le atravesó; antes de que el gigante reparara en ello, con el filo de la espada le separó el hombro del tronco. Asestándole otro golpe bajo el pecho le introdujo toda la hoja de la espada en el hígado. El gigante cayó, le acosaba la muerte y si cayera un gran roble no creo que hiciera mayor destrozo que el que hizo el gigante al derrumbarse.

Todos los que estaban en las almenas quisieron ver este golpe; entonces se vio quién era el más rápido, pues todos corrieron a la carnaza, como los perros que han cazado un animal después de perseguirlo mucho tiempo; todos y todas corrieron hacia allí sin disimulo, con excitación, hacia donde yacía el gigante boca arriba. El señor mismo corrió hacia allí y todos los de su corte; corría la hija y corría la madre y los cuatro hermanos se llenan de júbilo porque habían sufrido muchos males. Están seguros de no poder

retener a mi señor Yvain pase lo que pase, pero le ruegan que vuelva para solazarse y descansar así que dé fin a la empresa a la que se encamina. Él les contestó que no se atrevía a prometerles nada: no puede adivinar si acabará bien o mal; pero le dijo al señor que desearía que los cuatro hijos y la hija cogieran el enano y se dirigieran a mi señor Gauvain cuando supieran que ya había regresado y le explicaran cómo se había comportado, pues para nada le sirve la bondad a quien no quiere que sea sabida.

Y ellos le dicen:

–Jamás será callada esta proeza, pues no sería justo. Haremos esto que queréis, pero decidnos señor, cuando estemos ante él, ¿a quién podremos alabar si no sabemos vuestro nombre?

Y él contestó:

–Bastará que le digáis cuando estéis ante él, que os he dicho que me llamo El Caballero del León, y al mismo tiempo os ruego que le digáis de mi parte que me conoce perfectamente y yo a él, aunque no sepa quién soy. No tengo nada más que pediros y no tengo más remedio que irme de aquí ahora y lo que más me preocupa es que aquí me he quedado demasiado tiempo, pues antes de que pase el mediodía en otro sitio tengo mucho que hacer, si puedo llegar a tiempo.

Después de esto se fue sin demorarse más, pero antes el señor le rogó insistentemente y con amabilidad que se llevara con él a sus cuatro hijos; ninguno dejaría de esforzarse en servirle, si él quisiera, pero a él no le plugo ni le interesó que ninguno le acompañara y, solo, abandonó el lugar.

10. Lunete es salvada de la hoguera

Así que se puso en camino tan rápidamente como pudo llevarle el caballo se dirigió a la capilla. El camino era recto y hermoso y lo siguió bien; pero antes de llegar a la capilla la doncella había sido sacada de allí y ya se había hecho la hoguera a la que debía ser conducida. Desnuda bajo su camisa, la tenían atada ante el fuego aquellos que la acusaban injustamente de lo que ella ni tan sólo había imaginado. Mi señor Yvain llegó y vio el fuego en que se la quería echar y esto le apenó en gran manera: quien dudara de ello no sería cortés ni prudente. Es verdad que se angustió mucho pero confió en que Dios y la justicia le ayudarían y estarían de su lado: mucho confía en estas ayudas y además su león está lejos de odiarle. A todo galope se lanzó gritando a la multitud:

–¡Soltad, soltad a la doncella, gente malvada! No es justo que la echéis a la hoguera o al horno pues no ha hecho ningún mal.

Y los otros, por aquí y por allá, se apartaron y le abrieron camino. Está impaciente por ver con los ojos a la que ve su corazón en cualquier lugar en que ella esté; la busca con los ojos hasta encontrarla y somete su corazón a muy dura prueba, pues lo retiene y lo frena como quien detiene con gran esfuerzo por el freno al impetuoso caballo. Y, sin embargo, la contempla, suspirando con gran placer pero sus suspiros no son muy fuertes para que nadie se percate de ellos, sino que con gran esfuerzo los acalla. Y una gran piedad le invade al oír y ver a unas pobres damas lamentarse en gran manera diciendo:

–¡Ay Dios, cómo no has olvidado, qué desamparadas quedaremos ahora pues perderemos a tan buena amiga, la mejor ayuda y el mejor apoyo que teníamos en la corte! Aconsejada por ella, mi señora nos vestía con sus vestidos de piel de veros. La situación nos cambiará mucho, pues nadie intercederá por nosotras. ¡Dios maldiga a quien nos la quita!; maldito aquel por quien la perdemos, pues tendremos un gran daño. Ya no habrá más quien diga ni quien aconseje: «Querida señora, dad este manto, esta saya y esta falda a esta noble mujer, pues en verdad si se lo entregáis será bien llevado, ya que tiene gran necesidad de ello». Jamás se oirán estas palabras pues ya no hay nadie que sea noble ni cortés sino que, al contrario, cada uno pide para él antes que para otro aunque no le haga ninguna falta.

Así se lamentaban y mi señor Yvain que estaba entre ellas oía perfectamente sus quejas que no eran falsas ni fingidas. Vio a Lunete arrodillada, despojada de su camisa y que ya se había confesado y pedido a Dios perdón de sus pecados y hecho el acto de contrición; entonces,

el caballero que tanto la quería se acercó a ella y la puso en pie diciéndole:

–Mi señora, ¿dónde están los que os difaman y acusan? Si no se retractan, ahora mismo provocaré un combate.

Ella, que aún no le había visto ni mirado dijo:

–Señor, por Dios os lo ruego, acudís a mí en mi gran necesidad. Los que levantan el falso testimonio están preparados contra mí, y si hubieseis tardado un poco más estaría convertida en carbón y ceniza. Habéis venido a defenderme y Dios os dé fuerzas para ello, porque no hay culpa en mí de la injuria que se me imputa.

El senescal y sus hermanos oyeron estas palabras.

–¡Ah –dijeron–, mujer avara en decir la verdad y generosa en mentir! Muy insensato es quien por tus palabras se carga de tan gran peso. Muy desgraciado será el caballero que ha venido para morir por ti, pues está solo y nosotros somos tres; le aconsejo que se vaya antes que le torture lo peor que sé.

Y mi señor Yvain muy enojado le contestó:

–Quien tenga miedo que huya. No temo tanto a vuestros tres escudos que me hagan irme vencido sin golpearlos. Mal preparado estaría si ahora os dejara el campo libre completamente sano y salvo. Mientras esté sano y vivo no huiré ante tales amenazas. Pero te advierto que hagas librar a la doncella que has calumniado equivocadamente; ella me juró y me dijo, por la salud de su alma, que nunca traicionó a su señora; no lo dijo y ni siquiera lo pensó. Estoy convencido de que es verdad lo que me dijo, y, si puedo, la defenderé porque en mi ayuda encuentra su desquite. Y a decir verdad: Dios se inclina hacia el derecho y

Dios y el derecho no son más que uno; y ya que se dirigen hacia mí tengo mejor compañía y ayuda de la que puedas tener tú.

Pero el otro le contestó insensatamente que emplee en dañarle todos los medios que le plazcan y convengan pero que el león no le haga daño. A su vez el caballero le dijo que nunca había llevado como campeón a su león y que no quería que en la batalla interviniera nadie más que él, pero que si el león les atacaba procuraran defenderse bien contra él, pues no les aseguraba que no lo hiciera.

Y los otros le contestaron:

–Digas lo que digas si no se lo adviertes a tu león y no le haces quedarse quieto no tienes por qué permanecer aquí; será mejor que te vayas y actuarás con sensatez, porque en todo este país es de sobras conocido que ella traicionó a su señora; es justo, pues, que se la recompense por ello con el fuego y las llamas.

–¡No lo permita el Espíritu Santo! –les contestó el caballero, que sabía toda la verdad–. ¡No permita Dios que me vaya de aquí sin haberla liberado!

Entonces ordenó al león que retrocediera y se echara en el suelo, sin moverse, y el león hizo lo que le ordenó.

Así que se hubo alejado el león, los dos pusieron fin a su diálogo y se separaron. Los tres adversarios espolearon con ímpetu sus caballos hacia él, pero él les salió al encuentro al paso, porque no quería excederse ni agotarse en la primera embestida. Les dejó pues romper sus lanzas mientras la suya permaneció intacta: su escudo les ha hecho de quintana y cada uno ha quebrado su lanza. Picó espuelas y se alejó de ellos a lo largo de un arpende

pero en seguida volvió a la lucha porque no quería que se prolongara mucho. Al dar la vuelta, alcanzó al senescal que le esperaba delante de sus dos hermanos y le rompió la lanza dentro del cuerpo; tan certero fue el golpe que muy a pesar suyo le derribó en tierra, y un largo rato yació aturdido sin darse cuenta de nada. Los otros dos corrieron hacia él con las espadas desnudas y ambos le asestaron fuertes golpes, pero más fuertes los recibían de él, pues uno de los suyos valía como dos de los de ellos; tan bien se defendió que no consiguieron dañarle hasta que el senescal se levantó y le hostigó con todas sus fuerzas y los otros se unieron a él acosándole y dejándole malparado. Y el león, que contemplaba todo esto, no dudó en ayudarle, pues le pareció que lo necesitaba. Y las damas que tanto amaban a la doncella no cesaban, todas a la vez, de invocar a Nuestro Señor rogándole con todo el corazón que no permitiera bajo ningún pretexto que aquel que se había expuesto por ella combatiendo, fuera muerto o derrotado. De esta manera rezando, le ayudaron las damas, pues no tenían otras armas.

Fue tal la ayuda del león que en la primera embestida lanzó al aire al senescal que estaba de pie, y las mallas de la loriga volaron como si fuesen pajas y tanto le arrastró por tierra que le arrancó el tendón del hombro con todas las costillas. Todo lo que el león alcanzó lo desgarró y las entrañas quedaron a la vista. Muy caro pagaron este golpe los otros dos, porque ahora estaban en el campo de batalla de igual a igual. El senescal no podía escapar de la muerte; se revolcaba y se agitaba entre la ola roja de sangre caliente que le salía del cuerpo. El león acometió a los otros dos, y mi señor Yvain

no fue capaz de apartarle de allí por ningún medio con que lo intentó, ni con golpes ni con amenazas; sin embargo, el león se daba perfecta cuenta de que su señor no despreciaba su ayuda, sino al contrario, le quería más aún; entonces se abalanzó ferozmente sobre ellos, pero furiosos por sus ataques le hirieron y le dañaron a su vez.

Cuando mi señor Yvain vio herido a su león, una gran indignación invadió su corazón, y con razón; entonces empleó toda su fuerza en vengarlo y los fue dañando hasta anularlos y no pudiendo oponerle resistencia, se entregaron a su misericordia gracias a la ayuda que le había prestado el león que quedó en muy mal estado y se sentía desfallecer porque estaba herido en muchos sitios. Por su parte, mi señor Yvain tampoco había salido sano del todo, pues tenía muchas heridas por todo el cuerpo, pero de esto no se preocupaba tanto como de ver sufrir a su león.

Tal como deseaba había liberado a la doncella y la dama le había perdonado de todo corazón el enfado. Los malvados fueron quemados en la hoguera encendida para ella, pues es un principio de la justicia que el que juzga injustamente a otro debe morir de la misma muerte que había decretado.

Lunete se sentía ahora contenta y feliz de estar a buenas con su señora y ambas manifestaron tanta alegría como nadie la había tenido mayor; y todos, tal como debían, ofrecieron sus servicios a su señor, pero sin reconocerlo, ni siquiera la dama que tenía su corazón y sin embargo lo ignoraba pues le rogó encarecidamente que se quedara allí hasta que él y su león sanaran. Y él le dijo:

–Señora, no podré quedarme hoy aquí hasta que mi señora no me perdone su enfado y su cólera. Entonces acabarán mis sufrimientos.

–Esto me apena –le contestó ella–, y no considero cortés a la dama que os tiene mala voluntad. No debiera cerrar su puerta a un caballero de vuestros méritos, a menos que se haya comportado muy mal con ella.

–Señora –le dijo–, aunque me sea doloroso, todo lo que ella quiere a mí me place; pero no me hagáis más preguntas, pues por nada del mundo divulgaría mis quejas y mis desgracias sino a los que ya las conocen.

–¿Acaso las sabe alguien además de vosotros dos?

–Sí señora, os lo aseguro.

–Decidme si os place, buen señor, vuestro nombre y luego os podréis ir en paz.

–¿En paz, señora? De ningún modo. Debo más de lo que podría devolver. Sin embargo, no os ocultaré cómo me hago llamar: no oiréis hablar de mí más que por el nombre de El Caballero del León, por este nombre quiero que se me llame.

–Por Dios, buen señor, ¿cómo explicáis que nunca os hayamos visto antes ni nunca hayamos oído vuestro nombre?

–Señora, esto os demuestra que no tengo mucho renombre.

Y luego le replicó la dama:

–Si no os molesta, insistiría en que os quedaseis.

–Señora, no osaría hacerlo hasta saber con certeza si tendría el beneplácito de mi señora.

–Idos con Dios, pues, buen señor, y que Él, si le place, convierta en alegría vuestro dolor y vuestra tristeza.

–Señora –le dijo–, ¡que Dios os escuche! –y añadió muy bajo, para sí mismo–: Señora, os lleváis la llave y tenéis la cerradura y el arca en que está mi felicidad, y sin embargo no lo sabéis.

Y entonces se alejó con gran angustia; sin que nadie le reconociera excepto Lunete que le acompañó mucho rato.

Sólo le acompañó Lunete y él le rogó de nuevo que no se supiese por ella quién había sido su campeón.

–Señor –le dijo ella–, nadie lo sabrá.

Luego le volvió a pedir otra cosa: que se acordara e intercediera por él a su señora si encontraba ocasión. Ella le contestó que no hable más, pues en ningún momento olvidará nada ni será descuidada ni perezosa, y él se lo agradeció cien veces.

Y así se fue afligido e inquieto por su león al que había de llevar porque no podía seguirle. Le hizo en su escudo una litera con musgo y helechos; cuando el lecho estuvo a punto lo acostó con el mayor cuidado y así lo llevó echado en el reverso de su escudo. Y de este modo lo llevaba sobre su caballo hasta que llegó ante la puerta de una hermosa fortificación; la encontró cerrada, llamó y el portero le abrió tan pronto que no necesitó otra llamada después de la primera. Sosteniéndole la bridas con la mano le dijo:

–Buen señor, adelante, os ofrezco como presente el alojamiento de mi señor, si queréis desmontar.

–Este presente –le contestó– lo acepto, porque tengo gran necesidad y es hora ya de encontrar albergue.

Pasó la puerta y vio a todos los de la casa que juntos salían a su encuentro saludándole y le ayudaron a desmontar;

unos pusieron sobre la grada de piedra el escudo con el león y otros llevaron el caballo al establo y otros, tal como debían, tomaron sus armas. Cuando el amo se enteró de la noticia, en seguida que la supo acudió al patio para saludarle; la señora vino detrás y todos sus hijos e hijas y una gran multitud de gentes le acogieron con gran júbilo. Al encontrarlo enfermo le condujeron a una habitación tranquila y mostraron buena voluntad poniendo al león junto a él. Dos doncellas expertas en cirugía, hijas del señor de allí, se ocuparon de curarle. No sé cuantos días permaneció allí hasta que él y su león estuvieron sanos del todo y se prepararon para irse.

11. Las hijas del señor de la Negra Espina

Pero, entretanto, ocurrió que el señor de la Negra Espina tuvo un pleito con la muerte; y tanto le hostigó la muerte que murió. Después de su muerte pasó lo siguiente: de las dos hijas que había tenido, la mayor dijo que se quedaría con toda la tierra, con plena libertad, todo el tiempo que viviera sin repartirla con su hermana. Ésta le contestó que iría a la corte del rey Artús a pedir ayuda para defender su tierra. Pero cuando la mayor se dio cuenta de que su hermana de ningún modo le dejaría toda la tierra sin querella, se inquietó mucho y se propuso que si podía, se le adelantaría en ir a la corte. En seguida se preparó sin demorarse en nada y viajó con rapidez hasta llegar a la corte; la otra la siguió apresurándose cuando pudo, pero su viaje y sus pasos fueron inútiles porque cuando llegó ya la mayor se había puesto de acuerdo con mi señor Gauvain y éste le había concedido todo lo que ella le había pedido. Entre los dos se había

establecido un pacto: que si se lo decía a alguien, él no tomaría las armas para defenderla; y ella lo concedió.

Entonces llegó a la corte la otra hermana, vestía un manto corto escarlata forrado de armiño; hacía sólo tres días que la reina había vuelto de la prisión en la que la había retenido Meleagant, y con ella todos los demás prisioneros; y Lancelot, por traición, se había quedado encerrado en la torre. Y este mismo día en que llegó la doncella a la corte se supo la noticia de que El Caballero del León había matado en batalla al gigante cruel y traidor; y de su parte saludaron a mi señor Gauvain sus sobrinos. La sobrina le explicó detalladamente el gran servicio y el gran beneficio que les había hecho por su amistad, y también le dijo que aunque le conocía bien no sabía quién era. Estas palabras fueron oídas por aquella que estaba tan desamparada, inquieta y asustada, al pensar que no encontraría en la corte ni protección ni ayuda porque faltaba el mejor; aunque ella lo había intentado con mi señor Gauvain con muestras de afecto y con súplicas, él le había dicho:

–Amiga, en vano me pedís lo que no puedo hacer porque he emprendido otro asunto que no puedo abandonar.

La doncella se fue inmediatamente y se presentó ante el rey.

–Rey –le dijo–, acudo a ti y a tu corte para buscar apoyo y no lo encuentro; mucho me asombra no hallarlo, pero no obraría cortésmente si me fuera sin tu licencia. Sin embargo, que sepa mi hermana que podría conseguir lo que es mío por amor, si ella lo quisiera; pero nunca, si yo puedo, por la fuerza; por mucha ayuda y apoyo que ella encuentre no le cederé mi herencia.

–Habláis como persona sensata –le dijo el rey–, mientras ella está aquí le aconsejo, le ruego y le recomiendo que os ceda vuestro derecho.

Pero la otra, que se sentía segura con el mejor caballero del mundo, replicó:

–Señor, que Dios me confunda si de mi tierra reparto con ella castillo, villa, barbecho, bosque, llanura u otra cosa. Pero si algún caballero, sea el que sea, se atreve a tomar las armas por ella y quiere defender su causa que se presente de inmediato.

–No le hacéis un buen ofrecimiento, pues se necesita más tiempo –replicó el rey–. Si ella quiere puede ir a buscar durante cuarenta días por lo menos el juicio de todas las cortes.

Y ella replicó:

–Buen señor rey, podéis establecer vuestras leyes como os plazca y os convenga, pues a mí no me atañe ni me concierne, ni yo debo contradeciros; he de aceptar el plazo si ella lo exige.

Y la otra dijo que lo aceptaba y que mucho lo deseaba y pedía. Y sin embargo encomendó a Dios al rey y se alejó de la corte con el propósito de no cesar de buscar por toda la tierra al Caballero del León, que tanto lucha por socorrer a las que tienen necesidad de ayuda.

De este modo inició su búsqueda: atravesó muchas regiones sin tener nunca noticia de él, por lo que se entristeció tanto que enfermó. Pero tuvo la suerte de llegar a la casa de un pariente suyo en donde era muy querida; bien se reflejaba en su rostro que en modo alguno estaba sana y mucho insistieron en que se quedara cuando ella les explicó todo su caso.

Y he aquí que otra doncella tomó el camino que ella había empezado; continuó la búsqueda en su lugar. Así ella se pudo quedar reposando y la otra viajó durante todo el día, sola y apresuradamente, hasta que se hizo de noche oscura. Mucho le asustó la noche, pero su miedo fue doble cuando empezó a llover con la mayor fuerza con que Nuestro Señor puede hacerlo y estaba en lo más profundo del bosque. La noche y el bosque le daban mucho miedo pero más que la noche y el bosque le asustaba la lluvia. El camino estaba tan mal que muchas veces el barro llegaba casi hasta la cincha del caballo: éste es el miedo que puede tener una doncella en el bosque sin compañía por el mal tiempo y por la mala noche, tan negra que ni veía el caballo en que iba montada. Y por esto no cesaba de invocar primero a Dios y luego a su madre y después a todos los santos y a todas las santas y dijo aquella noche muchas oraciones para que Dios la sacara de aquel bosque y la condujera a un albergue. Iba así rezando cuando oyó el sonido de un cuerno que le llenó de júbilo al pensar que encontraría albergue, si es que podía llegar a él. Dirigiéndose a donde había oído el sonido entró en una calzada, y esta calzada la encaminaba directamente hacia el cuerno cuyo sonido había oído. Tres veces más sonó el cuerno, fuerte y prolongadamente y ella se dirigió en dirección a la voz, hasta que llegó a una cruz a la derecha de la calzada. Allí, pensaba, podía estar el que había hecho sonar el cuerno; espoleó hasta llegar a un puente y vio las blancas murallas y la barbacana de un castellete redondo.

Es así que por casualidad llegó al castillo guiada por una voz que la condujo allí. Fue atraída por el sonido del

cuerno que hacía sonar un vigía que estaba subido en la muralla; así que el vigía la vio, la saludó, bajó de allí, cogió la llave y abrió la puerta y dijo:

–Bienvenida, doncella, quienquiera que seáis. Esta noche tendréis un buen alojamiento.

–No pido otra cosa esta noche –le contestó la doncella y él se la llevó.

Tras las penalidades y el cansancio que había soportado durante el día, se sintió feliz en el albergue porque la trataron muy bien. Después de comer, el hospedero se le acercó y le preguntó adónde iba y qué buscaba. Entonces le contestó ella:

–Busco a quien nunca he visto ni conozco, creo yo, pero lleva un león consigo y me han dicho que si lo encuentro puedo confiar en él por completo.

–Pues yo –dijo el hospedero–, soy testigo de que Dios me lo envió anteayer en una grave necesidad que yo tenía; bendito sea el camino por el que llegó hasta mi casa. Me vengó de un enemigo mortal y me llenó de alegría cuando lo mató ante mis ojos. Mañana ante esta puerta podréis ver el cuerpo de un gigante enorme que mató tan rápidamente que pocos sudores le costó.

–¡Por Dios, señor! –dijo la doncella–. Decidme, exactamente, si sabéis adónde fue y si se detuvo en algún lugar.

–No lo sé –le respondió– y pongo a Dios por testigo; pero mañana os indicaré el camino por donde se fue.

–Y que Dios –le dijo ella– me conduzca a donde me den verdadera noticia de él, pues mucho me alegraría encontrarle.

Siguieron hablando largo tiempo hasta que se fueron a acostar. Al quebrar el alba se levantó la doncella con impaciencia por encontrar al que buscaba. El señor de la casa se levantó y todos sus compañeros, y la pusieron en el recto camino hacia la fuente bajo el pino.

Apresuradamente se dirigió al castillo; llegó allí y preguntó al primero que encontró si podían informarle acerca del león y del caballero, compañeros inseparables. Le contestaron que les habían visto vencer a tres caballeros justamente en aquel lugar. En seguida dijo ella:

–¡Por Dios, ya que me habéis dicho tantas cosas no me ocultéis nada si sabéis algo más!

–No –dijeron ellos–, no sabemos más de lo que os hemos dicho, no sabemos qué le sucedió después. Si aquella por quien acudió aquí no os da noticias, no habrá nadie que pueda hacerlo; si queréis hablar con ella no habréis de ir muy lejos pues está en esta iglesia para oír misa y rezar a Dios, y se ha quedado tanto rato que mucho debe de haber rezado.

Mientras hablaban así, Lunete salió de la iglesia, y ellos dijeron:

–¡Hela aquí! –y la doncella fue a su encuentro.

Intercambiaron sus saludos; y la que acababa de llegar se apresuró en pedirle las noticias que buscaba. Lunete le dijo que haría ensillar su palafrén, pues quería acompañarla al prado en donde había dejado al caballero. La otra se lo agradeció de todo corazón. No tardó en llegar al palafrén que le trajeron y ella montó. Mientras iban cabalgando Lunete le contó cómo fue demandada y acusada de traición, cómo prendieron la hoguera en la que debían meterla y cómo el caballero vino en su ayuda en

el momento en que más la necesitaba. Así conversando la condujo hasta el camino en que mi señor Yvain se había separado de ella. Acompañándola pues hasta allá le dijo:

–Seguiréis este camino hasta llegar a un lugar en donde si a Dios y al Espíritu Santo place, os den noticias más recientes de las que yo sé. Me acuerdo perfectamente de que lo dejé cerca de aquí o quizá aquí mismo; luego ya no nos hemos vuelto a ver, ni sé qué puede haber hecho, pues tenía gran necesidad de ungüentos cuando se separó de mí. Por este camino os conduzco tras él y quiera Dios que lo encontréis sano, hoy antes que mañana. Id, pues, os encomiendo a Dios; no puedo acompañaros más porque mi señora se encolerizaría conmigo.

Se separaron; una se volvió y la otra siguió adelante: cabalgó tanto que descubrió el castillo en el que mi señor Yvain se había quedado hasta estar curado. Ante la puerta vio mucha gente: caballeros, damas, servidores y el señor del castillo. Los saludó y les preguntó que si lo sabían le informaran y le dieran noticias del caballero que buscaba.

–¿Quién es? –le dijeron.

–Uno que no va nunca sin un león, he oído decir.

–A fe mía, doncella –le dijo el señor–, que acaba de dejarnos ahora mismo; aún lo alcanzaréis si sabéis ver sus huellas, pero guardaos de retrasaros.

–Señor –le contestó ella–, que Dios me guarde de ello. Decidme hacia dónde debo seguir.

Los otros le dijeron:

–Por aquí todo recto.

Y le ruegan que le salude de su parte. Pero esto de poco les valió porque ella nunca se preocupó de ello

pues, inmediatamente, se lanzó al galope porque el trote le parecía poca cosa y así hizo cabalgar a su palafrén con todas sus fuerzas.

Siguió galopando, tanto por fangales como por caminos lisos y llanos hasta que vio a aquel que llevaba en su compañía un león. Llena de alegría dijo:

–¡Dios me ayude! ¡Por fin veo al que tanto he buscado! Bien he seguido sus huellas. Pero, ¿para qué me servirá seguirle y encontrarle si no le convenzo? Para muy poco o para nada, en verdad; si no me lo llevo conmigo habré malgastado mis penalidades.

Diciendo estas palabras se dio tanta prisa que su palafrén quedó cubierto de sudor; lo alcanzó, le saludó y él se apresuró a contestarle:

–Bella, Dios os salve y os libre de toda preocupación y pesar.

–Y a vos, señor, en quien tengo la esperanza de que me libréis de ello.

Se puso a su lado y le dijo:

–Señor, mucho os he ido buscando. La gran fama de vuestro mérito me ha hecho fatigarme mucho tras vos y pasar por muchas regiones. Mucho os he buscado hasta que, gracias a Dios, os he encontrado aquí y de las penas que he sufrido no me aflijo ni me lamento y ni siquiera me acuerdo. Los miembros se me han vuelto ligeros y el dolor se ha ido volando en el momento en que me reuní con vos. Pero este asunto no me concierne a mí: la que me envía a vos es más importante que yo, más gentil hembra y más noble que yo; pero si ella se ha engañado respecto a vos es que la ha traicionado vuestra fama, pues esta doncella no espera ayuda más que de vos para

ganar un pleito, pues su hermana la ha desheredado, y ella no quiere que otro que no seáis vos se ocupe de ello. Nadie la puede persuadir de que otro podría ayudarla. Para defender su herencia tendréis que conquistar y rescatar el feudo de la desheredada y con ello habréis aumentado vuestro prestigio. Ella misma os buscaba porque confiaba en vuestro bien hacer; y no hubiera venido otra persona si no fuera porque la retuvo la enfermedad en la cama. Contestadme ahora mismo, si os place, si os atreveréis a venir o si os quedaréis reposando.

–No –le contestó él–, reposando nadie se hace famoso. Yo no reposaré, sino que os seguiré, mi dulce amiga, muy a gusto, allá donde queráis; si aquella por la cual me habéis buscado tanta necesidad tiene de mí no desesperéis de que no haga por ella todo lo que pueda; Dios me conceda suerte y la gracia de que para su felicidad pueda ganar su causa.

12. El castillo de la Pésima Aventura

Y así, mientras conversaban, iban cabalgando hasta acercarse al castillo de la Pésima Aventura. Como el día iba cayendo no quisieron ir más allá. Mientras se aproximaban al castillo las gentes que les veían venir gritaban al caballero:

–¡Mal venido, señor, mal venido seáis! Este albergue os fue indicado para padecer desgracia y vergüenza: hasta un abad podría jurarlo.

–¡Ah –les dijo–, gente insensata y vil, llena de toda maldad y que carecéis de todo bien! ¿Por qué me interpeláis de esta manera?

–¿Por qué? Bastante lo sabréis si pasáis adelante. Pero no sabréis nada hasta que estéis dentro de esta fortaleza.

En seguida se dirigió mi señor Yvain en dirección a la torre; las gentes gritaban y todos le decían con voz muy fuerte:

–¡Uh! ¡Uh! ¿Adónde vas, desgraciado? Si alguna vez en toda tu vida encontraste quien te avergonzara y humillara, allá donde vas lo experimentarás de tal suerte que ni podrás contarlo luego.

–Gentuza sin honor y sin valor –contestó mi señor Yvain al escucharlos–, desgraciados y necios, ¿por qué me abordáis así? ¿Porqué me atacáis de este modo? ¿Qué me pedís? ¿Qué queréis de mí gruñendo a mis espaldas?

–Amigo, por nada te enfadas –le dijo una dama de cierta edad, muy cortés y prudente–. Ten por cierto que no te lo dicen por enemistad, sino que te advierten, si llegas a comprenderlo, que no vayas a albergarte allá arriba; no se atreven a decirte el porqué pero te advierten y reprenden para desanimarte. Acostumbran a hacer lo mismo con todos los que llegan para que no entren. Y es de tal modo la costumbre que no nos atrevemos a albergar en nuestras casas, por lo que pueda pasar, a ningún caballero que venga de fuera. Lo que pase a partir de ahora es cosa tuya: nadie te prohibirá el paso; si quieres subirás allá arriba; pero te aconsejo que retrocedas.

–Señora –le contestó–, si hiciera caso de vuestros consejos pienso que alcanzaría honor y mérito, pero no sabría en dónde encontrar alojamiento hoy.

–¡Por mi fe! –le dijo ella–. Me callo porque esto no me concierne en absoluto. Id a donde gustéis; y sin embargo tendré una inmensa alegría si os veo volver de allí sin demasiada deshonra; pero esto no sucederá.

–Señora –dijo el caballero–. ¡Que Dios os lo pague!, pero mi atrevido corazón me empuja allí dentro y haré lo que mi ánimo desea.

En seguida se dirigió hacia la puerta con su león y la doncella; el portero le interpeló diciendo:

–Entrad rápidamente, entrad; habéis llegado a un lugar en donde seréis retenido; ¡en mala hora habéis venido!

Así, de manera tan desagradable el portero le anima e invita a subir. Mi señor Yvain pasó ante él sin contestarle y llegó a una gran sala alta y nueva. Delante había un jardincito rodeado de grandes estacas puntiagudas, redondas y gruesas y por los huecos de las estacas vio a unas trescientas doncellas ocupadas en diferentes trabajos. Tejían con hilos de seda y de oro y lo hacía cada una lo mejor que sabía; pero era tal su pobreza que muchas iban desceñidas, sin cintas para abrocharse, con los corpiños desgarrados por los pechos y por los codos y las camisas con el cuello sucio. Debido al hambre y a la miseria tenían los cuellos delgados y pálido el rostro.

Mi señor Yvain las vio, y ellas le vieron; todas bajaron la cabeza y se pusieron a llorar permaneciendo así durante mucho tiempo sin hacer nada ni apartar los ojos del suelo, tan afligidas estaban. Mi señor Yvain las contempló un instante y se dio la vuelta, dirigiéndose a la puerta; el portero corrió a su encuentro gritando:

–No os vais a marchar ahora, buen amo; quisierais estar fuera de aquí pero, por mi cabeza, desearlo no sirve de nada; soportaréis tantos ultrajes que más no podríais aguantarlos. No habéis sido prudente al entrar aquí, pues es imposible salir.

–Ni lo deseo, buen hermano –le contestó–, pero dime por el alma de tu padre, ¿de dónde han venido las doncellas que he visto en este jardincito tejiendo telas de

seda y orifrés? Sus labores me gustan mucho, pero mucho me disgusta el que sus cuerpos y sus rostros estén delgados, pálidos y tristes; pienso que serían muy bellas y graciosas si tuvieran cosas que les agradaran.

–Yo no os diré nada –le contestó el portero–. Buscad a otro que os lo diga.

–Así lo haré ya que no puedo hacer otra cosa.

Tanto buscó que encontró la puerta del jardincillo en donde trabajaban las doncellas; se acercó a ellas, saludó a todas y vio que de sus ojos caían lágrimas de tanto como lloraban. Y les dijo:

–Dios quiera quitaros del corazón este dolor que no sé de dónde proviene y lo convierta en alegría.

Y una de ellas le contestó:

–¡Que Dios, a quien invocáis, os oiga! No se os ocultará quiénes somos y de qué país, si es esto lo que preguntáis.

–No he venido aquí por otra cosa –les contestó.

–Señor, sucedió hace mucho tiempo que el rey de la isla de las Doncellas iba por las cortes y por los países en busca de cosas nuevas. Y fue tan imprudente que se metió en este asunto tan peligroso. ¡En mala hora le aconteció!, porque por su causa nosotras estamos aquí cautivas y soportamos vergüenza y desgracia sin haberlas merecido nunca. Y sabed que vos mismo podréis esperar gran afrenta si no aceptan vuestro rescate.

»Sucedió que mi señor llegó a este castillo en el que viven dos hijos del diablo, y no lo toméis como una fábula, pues proceden de una mujer y de un diablo. Los dos debían combatir contra el rey: muy doloroso fue, pues el rey aún no tenía dieciocho años y podían descuartizarlo

como si fuera un tierno corderillo. El rey, que tenía mucho miedo, se salvó lo mejor que pudo prometiendo que cada año, mientras viviese, enviaría al castillo a treinta de sus doncellas; y con esta renta quedó libre. Fue establecido, con juramento, que este tributo debía durar tanto como vivieran los diablos, y que el día que fueran vencidos en combate quedaría exento de este hábito y nosotras, que hemos sido entregadas a la vergüenza, al dolor y a la miseria seríamos libres. Pero ya nunca más tendremos nada que nos dé placer.

»Es una niñería hablar ahora de libertad, porque nunca saldremos de aquí. Siempre tejeremos telas de seda y nunca iremos mejor vestidas. Siempre seremos pobres y estaremos desnudas, siempre padeceremos hambre y sed y nunca ganaremos lo suficiente para poder comer algo más. Escaso es el pan que tenemos, por las mañanas poco, por la noche menos, porque del trabajo de nuestras manos no recibe cada una para vivir más que cuatro dineros de libra, y con tan poco no podemos tener suficiente alimento y vestidos, porque ganando veinte sueldos a la semana no se libra uno de la miseria. Sin embargo, os aseguro que no hay ninguna de nosotras que no gane veinte sueldos o más. ¡Con esto se enriquecería un duque!, y nosotras estamos aquí miserablemente, mientras se hace rico con nuestra pobreza aquel para quien trabajamos. Para aprovechar más velamos la mayor parte de la noche y trabajamos durante el día porque nos amenaza con dañarnos los miembros si descansamos y por esto no nos atrevemos a reposar.

»Pero, ¿qué más os contaría? No os podría explicar ni la quinta parte de toda la vergüenza y ultraje que recibimos.

Pero lo que nos enloquece de dolor es que muchas veces hemos visto morir a muchos ricos y nobles caballeros luchando contra los dos diablos. Muy caro pagan el alojamiento y así os pasará a vos mañana cuando, completamente solo, habréis de combatir, queráis o no, contra estos dos auténticos diablos y perder vuestro renombre.

–¡Que me ampare Dios, espíritu verdadero –dijo mi señor Yvain–, y si es su voluntad os devuelva honra y alegría! No tengo más remedio que ir a ver a la gente que está aquí dentro y saber de qué manera me acogerán.

–Pues id, señor, y que os guarde Aquel que da y reparte el bien a todos.

Entonces se fue al palacio y no encontró a gente, ni buena ni mala, que le dirigiera la palabra. Atravesaron toda la casa, hasta llegar a un jardín; no tuvieron problema ni discusión para acomodar sus caballos. ¡Qué importa! Bien los llevaron a los establos los que pensaban quedárselos. No sé si ellos saben que aún tienen al señor completamente sano. Los caballos tuvieron avena y heno y un lecho sobre el que se hundieron hasta el vientre. Mi señor Yvain entró en el jardín seguido de toda su comitiva. Vio a un hombre de aspecto noble acostado sobre una tela de seda y reclinado sobre el codo; ante él una doncella leía una novela, no sé de quién, y una dama se había acercado para escucharla: la dama era su madre y el señor su padre, y se llenaban de gozo al verla y al escucharla, pues no tenían otro hijo.

No tendría más de diecisiete años, y era tan bella y gentil que si la hubiera visto el dios Amor se hubiera puesto a su servicio y no dejaría que otro que no fuera él mismo la amara. Para servirla se haría hombre y renunciaría a su

divinidad y se lanzaría él mismo la flecha de cuya herida no se sana si no se afana un médico sin lealtad. Nadie tiene el derecho de curarla si no descubre antes la falta de lealtad, y el que sana de otro modo es que no ama lealmente. Tanto podría deciros acerca de esta herida, si quisierais oírlo, que hoy no acabaría de hablar; pero en seguida dirían algunos, pues los hay, que os hablo inútilmente porque la gente ya no está enamorada y no aman como antes y ni siquiera desean oír hablar de ello. Pero escuchad ahora de qué manera dieron albergue a mi señor Yvain, cómo le acogieron y qué semblante demostraron todos los que estaban en el jardín; desde el momento en que le vieron se pusieron en pie y se apresuraron a decirle:

–¡Ea, buen señor, por cuanto Dios puede hacer y decir, sed llamado bendito, vos y todo lo que amáis!

Si le engañaron, no lo sé, pero le recibieron con gran júbilo y aparentaron un gran placer en ofrecerle hospitalidad a su gusto. Incluso la hija del señor le servía y le demostraba grandes honores, tal como se debe hacer con un huésped notable: le quitó todas sus armas, y esto no fue nada, pues le lavó las manos, el cuello y el rostro. El padre quiere que le haga toda clase de honores y así se los hace ella; saca de su cofre una camisa plisada y bragas blancas y se las pone, y con hilo y aguja le cose las mangas. ¡Quiera Dios que estos halagos y servicios no le cuesten demasiado caros! Le da una túnica costosa para ponerse sobre la camisa y le pone al cuello un manto de escarlata forrado de veros enteros y no de retazos. Se preocupa tanto en servirle, que él está avergonzado y molesto, pero la doncella es tan cortés, tan noble y generosa

que aún cree haber hecho poco. Sabe que a su madre le gusta que no le deje hacer a ella ninguna de las cosas con las que pretende halagar.

Al anochecer fue servida la comida; tantos fueron los platos que llevarlos cansaba a los servidores que los sirvieron. Por la noche le hicieron toda suerte de honores y muy cómodamente le acostaron y no volvieron a acercarse a él hasta que estuvo en el lecho, y el león yacía a sus pies como tenía por costumbre.

Por la mañana, cuando Dios encendió de nuevo su luminaria por el mundo, tan pronto como puede hacerlo Aquel que lo ordena todo, mi señor Yvain y su doncella se levantaron apresuradamente y en la capilla oyeron la misa que fue celebrada para ellos a tan temprana hora en honor del Espíritu Santo. Después de la misa mi señor Yvain oyó una noticia muy desagradable: cuando creyó que podría irse sin ninguna clase de obstáculo no tuvo posibilidad de ello, pues cuando dijo: «Señor, me voy si os place, con vuestra licencia». El dueño de la casa le contestó:

–Amigo, no os la concedo; y no lo hago por una razón: en este castillo se ha establecido una costumbre diabólica y terrible que he de mantener. Haré venir ante vos a dos servidores míos muy altos y fuertes; contra ellos dos, de grado o por fuerza, habréis de tomar las armas. Si podéis defenderos y vencer o matar a los dos, mi hija os toma como señor y os espera el honor de este castillo y todo lo que depende de él.

–Señor –le dijo el caballero–, no pretendo nada de todo esto. Que Dios no me la conceda de esta manera. Quedaos con vuestra hija; el emperador de Alemania

sería muy feliz tomándola por esposa, tan bella y discreta es.

–Callad, querido huésped –dijo el señor–, en vano os excusáis, pues no podéis escapar de ellos. Mi castillo, mi hija como esposa y toda mi tierra poseerá quien logre vencer a los dos que os vendrán a atacar. La batalla no puede postergarse ni anularse de ningún modo. Creo que es por cobardía por lo que rehusáis a mi hija y por eso estáis empeñado en rehuir la batalla. Pero sabed que no tenéis más remedio que luchar. Ningún caballero que está aquí dentro puede escapar bajo ningún pretexto. Así está establecida esta costumbre y tributo que perdurará por mucho tiempo, pues mi hija no se casará hasta que les vea muertos o vencidos.

–Entonces tendré que luchar con ellos muy a pesar mío y os aseguro que me abstendría muy a gusto, pero iré a luchar ya que no puedo evitarlo.

Entonces llegaron los dos hijos del diablo, horribles y negros. Los dos llevaban una maza de madera de cornejo que habían guarnecido de cobre y rodeado de alambre. Llevaban armadura desde los hombros hasta las rodillas pero en la cabeza y en el rostro no llevaban defensa alguna y las piernas, que en modo alguno eran pequeñas, estaban desnudas. Así llegaron armados: sostenían sobre sus cabezas para defenderse un escudo redondo, fuerte y a la vez ligero. Así que los vio, el león se puso a temblar porque se dio perfectamente cuenta de que armados de este modo venían a luchar contra su señor. Su melena se erizó y encrespó, tembló de furor y odio y barrió la tierra con la cola, deseando ir en auxilio de su señor, antes de que lo maten. Cuando aquéllos lo vieron, dijeron:

–Vasallo, apartad de ahí a vuestro león que nos amenaza o declaraos vencido, o si no, debéis recogerlo en tal lugar en que no pueda ir en vuestra ayuda y en vuestro perjuicio; habéis de divertiros con nosotros vos solo pues el león, si pudiera, os ayudaría gustosamente.

–Apartadlo vosotros ya que tenéis tanto miedo –contestó mi señor Yvain–, pues a mí me gusta y me conviene que os haga daño si puede y mucho me complace su ayuda.

–A fe mía –le respondieron ellos–, no os va a ayudar de ningún modo. Luchad lo mejor que podáis vos solo, sin ayuda de nadie. Debéis estar solo ante nosotros dos; si el león estuviera con vos para pelear con nosotros no estaríais solo sino que seríais dos contra dos. Os aseguro que habéis de apartar de aquí a vuestro león ahora mismo, mal que os pese.

–¿Adónde queréis que se vaya? –dijo él–. ¿Dónde queréis que lo meta?

Ellos le enseñaron una habitación pequeña y le dijeron:

–Encerradlo aquí dentro.

–Lo haré ya que lo queréis –les contestó.

Lo llevó allí y lo encerró. En seguida fue a buscar sus armas para armarse; le entregaron su caballo, que fueron a buscar, y montó. Para hacerle daño y llenarle de oprobio se lanzaron sobre él los dos campeones que se sentían seguros porque el león está encerrado en la habitación.

Le asestan tales golpes con las mazas que poca ayuda le prestan el escudo y el yelmo que lleva, pues cuando le alcanzan en el yelmo, se lo abollan y resquebrajan y el

escudo se cae a pedazos y se deshace como el hielo y hacen tales agujeros en él que se pudiera meter el puño por ellos. Los golpes de ambos contendientes son muy temibles. Y, ¿qué hizo él a los dos diablos? Ardiendo por el oprobio y el temor se defiende con toda su fuerza afanándose mucho en dar fuertes y duros golpes. No les faltan sus regalos, porque él les devuelve sus bondades dobladas.

Mientras, el león estaba en la cámara, angustiado y turbado, pues se acordaba de la gran bondad que aquél le había hecho con su generosidad, y ahora estaba tan necesitado de su ayuda. Ahora le devolvería este beneficio en la mayor medida posible y en ello no se descuidaría si pudiera salir de allí dentro. Iba mirando en todos sentidos y no ve por dónde escaparse. Oía los golpes de la batalla, tan peligrosa y cruel, y sentía gran dolor, tanto, que se enfureció vivamente y perdió la razón. Siguiendo en su búsqueda llegó al umbral que estaba podrido cerca del suelo, lo arañó hasta que se pudo introducir y se metió hasta los flancos. Mi señor Yvain estaba agotado y bañado en sudor pues los dos gigantes eran fuertes, malvados y resistentes; había recibido muchos golpes y todos los que pudo los devolvió, pero sin causarles ninguna herida, tan hábiles eran en la esgrima y sus escudos no eran de aquellos que pudieran ser quebrados por ninguna espada por muy cortante y acerada que fuera. Por esto mi señor Yvain tenía tanto temor a la muerte; pero sin embargo resistió hasta que el león pudo llegar a él, tanto había arañado debajo de la puerta. Si no son ahora vencidos estos traidores ya no lo serán nunca más, pues con el león no tendrán tregua ni

paz en tanto los sepa vivos. Agarra a uno y lo lanza por los aires y cae a tierra como si fuera un tronco. Los malvados se llenaron de terror y no hay nadie en aquel lugar que no se llene de alegría. El que ha sido derribado por el león ya no se levantará nunca más si el otro no lo viene a socorrer. Corrió hacia allí en su auxilio y también para defenderse a sí mismo si el león se abalanzaba sobre él después de matar al que había derribado, porque le temía más al león que a su señor.

Muy necio sería mi señor Yvain si desde el momento que le dio la espalda y vio el cuello al descubierto le dejara vivir más, pues ésta es una buena ocasión. El malvado le presentó la cabeza indefensa y el cuello desnudo y él le asestó tal golpe que le arrancó la cabeza del tronco tan limpiamente que el otro ni se dio cuenta. En seguida puso pie a tierra y fue a por el otro gigante, el que el león tenía agarrado, para rescatarlo y arrebatárselo. Pero es inútil; tal es su mal que nunca llegará a tiempo un médico, pues el león, enfurecido, tanto le hirió en su embestida que lo dañó de muy mala manera. Sin embargo, mi señor Yvain le empujó hacia atrás y vio que le había descoyuntado el hombro y lo tenía fuera de sitio. No tiene que inquietarse por nada porque a su adversario se le había caído el bastón y yacía casi muerto, pues ni se agitaba ni movía. Pero sí pudo hablar y le dijo como pudo:

–Apartad vuestro león, buen señor, por favor, que no se me acerque más, y a partir de ahora haced conmigo todo lo que queráis. Quien pide e implora piedad no debe faltarle cuando la ruega, si no se encuentra ante un hombre sin piedad. No me defenderé más,

ni me levantaré de aquí aunque tenga fuerza, y me entrego a vuestro poder.

–Di, pues –le dijo el caballero–, que estás vencido y renuncias a luchar.

–Señor –le contestó–, eso está bien claro; os concedo que estoy vencido y que renuncio a luchar, a pesar mío.

–Pues entonces ya no debes temer nada de mí y confiad en mi león.

En seguida todo el mundo acudió deprisa a rodearle. El señor y la dama le mostraron su contento, le abrazaron y le hablaron de su hija diciéndole:

–Ahora seréis nuestro amo y señor y nuestra hija vuestra dama pues os la damos por esposa.

–Y yo –les contestó– os la devuelvo. Quien la tenga que se la quede. A mí no me interesa, aunque no creáis que digo esto porque la desprecio. No os enfadéis si no la tomo; es que no puedo ni debo. Pero, por favor, entregadme a las cautivas que tenéis; ya ha llegado el momento, bien lo sabéis, de que queden libres.

–Es verdad –le dijo–, lo que decís y os las entrego y libero, pues nada se opone a ello. Pero tomad y obraréis sabiamente, a mi hija con toda su hacienda pues es tan bella, graciosa y discreta; nunca haréis más rico matrimonio si rehusáis éste.

–Señor –le contestó–, no sabéis nada de mi situación ni de mis asuntos, y no me atrevo a explicároslos. Sabed que rechazo lo que no rechazaría nadie que entregara su corazón y sus sentimientos a una doncella tan bella y gentil, como gustosamente haría, si pudiera o debiera aceptarla. Pero sabed que de verdad no puedo desposarme ni con ella ni con otra. Dejadme, pues, en paz; la doncella que

vino conmigo me espera, me ha acompañado y yo quiero a mi vez acompañarla, pase lo que pase.

–¿Eso es lo que queréis, buen señor? ¿Cómo es eso? Nunca, si yo no lo ordeno o no lo impulsan mis sentimientos se os abrirá mi puerta, sino que permaneceréis en mi prisión. Habéis sido orgulloso y despreciativo, pues os he rogado que toméis a mi hija y la desdeñáis.

–¿Desdeñarla, señor? ¡Por mi alma que no lo hago! Es que no puedo casarme con mujer alguna ni quedarme más aquí.

Seguiré a la doncella que va conmigo, otra cosa no puede ser. Pero, si queréis, os juraré con mi mano derecha y me creeréis, que tan verdad como me estáis viendo que volveré, si puedo, para tomar a vuestra hija en el momento que sea oportuno, cuando vos queráis.

–¡Maldito sea quien os pide algo y quien requiere de vos un juramento o garantías! –le dijo él–. Si os gusta mi hija volved rápidamente, pues ni promesa ni fe jurada os harán venir antes, creo yo. Id, pues, os libero de todas las garantías y de todos los pactos; si os retiene la lluvia, el viento o cualquier cosa, ¡nada me importa! No considero tan vil a mi hija, como para dárosla a la fuerza. Id ahora a vuestro asunto, pues me da lo mismo que volváis como que os quedéis.

Inmediatamente mi señor Yvain se marchó; no permaneció más en el castillo, y se fue llevándose liberadas a las cautivas que el señor le entregó, pobres y andrajosas, pero que a él, ahora, le parecen ricas. Salen del castillo todas juntas, de dos en dos, delante de él y no creo que demostraran tanta alegría si el que creó el mundo hubiera descendido a la tierra.

Todos los que antes le habían insultado tanto como pudieron se acercaron para pedirle gracia y perdón; van caminando a su lado, y él les dice que no sabe nada de ello:

–No sé de qué habláis –les dice– y os declaro libres de toda culpa, pues por lo que yo recuerdo nunca me dijisteis nada que me ofendiera.

Muy contentos se pusieron al oír esto y alabaron mucho su cortesía. Todos lo encomendaron a Dios durante el largo trecho que le acompañaron. Las doncellas le pidieron licencia para irse, y se fueron. En el momento de separarse se inclinaron ante él y rogaron para que tuviera buen destino y que Dios le otorgara felicidad y salud y llegar según su deseo a cualquier lugar que vaya. Y él, a quien esta demora importuna mucho, las encomendó a Dios.

–Marchaos –les dice– y que Dios os conduzca a vuestro país sanas y salvas.

Las doncellas, con grandes muestras de alegría, se pusieron en camino inmediatamente y mi señor Yvain reemprendió el suyo en otra dirección.

13. El combate entre Yvain y Gauvain

Durante todos los días de la semana no cesó de cabalgar a todo galope hacia donde le conduce la doncella que conocía muy bien el camino y el refugio en donde había quedado la desheredada, triste y desconsolada. Cuando ésta se enteró de la llegada de la doncella y del Caballero del León no hubo alegría comparable a la que invadió su corazón, pues pensó que ahora su hermana le dejaría una parte de su herencia. La doncella había estado largo tiempo enferma, en cama, y ahora acababa de reponerse de un mal que la había hecho padecer mucho, como bien se notaba en su cara. Fue la primera en correr a su encuentro y les saludó y les honró tal como sabía. No es necesario hablar del júbilo que hubo por la noche en aquella morada: no diré ni una palabra, pues habría demasiadas cosas que contar. Todo me lo salto hasta llegar al día siguiente cuando montaron en los caballos y se fueron.

Mucho caminaron hasta llegar al castillo en el que el rey Artús residía desde hacía quince días o más. Estaba allí la doncella que había desheredado a su hermana; había ido siguiendo a la corte y esperaba la llegada de su hermana que ya se acercaba. Muy poco se angustia su corazón, pues imagina que no encontrará ningún caballero que pueda hacer frente a mi señor Gauvain en el combate; y sólo faltaba un día para cumplirse la cuarentena. Ella sola se quedaría con la herencia y la hubiera ganado libremente, por razón y justicia, si un solo día más transcurriera. Pero aún quedaba mucho más por hacer de lo que ella se imaginaba y creía.

El caballero y la doncella pasaron la noche fuera del castillo en un albergue bajo e incómodo, donde nadie les reconoció; si hubiesen dormido en el castillo todos les hubiesen conocido y por esto iban con tanto cuidado.

Al día siguiente salieron rápidamente al alba y se escondieron hasta que llegara el día hermoso y claro.

Habían pasado muchos días, no sé cuántos, que mi señor Gauvain había vivido alejado sin que se supiera nada de él en la corte excepto la doncella por la cual debía luchar. Se había alejado de la corte unas tres o cuatro leguas y volvió a ella equipado de modo que no pudieron reconocerle a causa de las armas que llevaba ni los que siempre habían estado con él. La doncella, que era evidentemente injusta con su hermana, presentó ante todos los de la corte al que disputaría por ella la querella de la que no tenía ningún derecho, y le dijo al rey:

–Señor, el tiempo pasa, y pronto pasará la hora de nona y hoy es el último día. Ahora se verá que estoy preparada para mantener mi derecho. Si mi hermana debiera volver,

no tendría que tardar; y Dios sea loado pues ella no viene. Está bien claro que no puede hacer nada mejor y que por nada se ha molestado. Yo he estado preparada siempre, hasta el último día, para defender lo que es mío. He vencido mi combate; es justo que me vaya para poseer mi herencia en paz, mientras yo viva no devolveré nada a mi hermana y así vivirá en la tristeza y la desgracia.

El rey, que sabía perfectamente que la doncella era injusta y que obraba deslealmente con su hermana, le dijo:

–Amiga, en corte real se debe esperar, a fe mía, hasta que la justicia del rey dictamine, pues creo que vuestra hermana aún puede llegar a tiempo y no hay que echarse atrás.

Antes de que el rey hubiera acabado de hablar vio al Caballero del León y a la doncella a su lado. Venían los dos solos pues se habían ido a escondidas del león que se había quedado en donde habían pasado la noche. El rey vio a la hermana pequeña que no le desplugo; cuando la vio mucho le complació y agradó porque en el pleito se inclinaba hacia ella, según entendía la justicia. De la alegría que tenía le dijo en seguida:

–¡Acercaos, bella, y que Dios os guarde!

Cuando lo oyó, la hermana mayor se sobresaltó y dándose la vuelta vio a su hermana y al caballero que había traído para sostener su causa y se volvió más negra que la tierra. Muy acogedoramente fue recibida la doncella por todos los de la corte; se adelantó hasta llegar ante el rey, a donde se sentaba, y cuando estuvo allí le dijo:

–Dios salve al rey y a su mesnada. Rey, si mi justicia y mi causa pueden ser defendidas por un caballero, serán por este que, por su gracia, me ha seguido hasta aquí; y

sin embargo tenía mucho que hacer en otros lugares este noble y generoso caballero, pero tuvo tal piedad de mí que se echó a la espalda sus otros asuntos en favor del mío. Mi señora, mi muy querida hermana a la que amo tanto como a mí misma, obraría con cortesía y bondad si me diera lo que me pertenece en derecho, y entre ella y yo habría paz, pues yo no le pido nada de lo suyo.

–Ni yo nada de lo tuyo –le contestó la otra–, porque tú no tienes nada ni lo tendrás. Predica todo lo que sepas que por mucho que prediques no te llevarás nada y llegarás a secarte de tanto dolor.

La hermana pequeña, que sabía comportarse convenientemente y era muy prudente y cortés, le contestó en seguida:

–Verdad es –dijo– que mucho me pesa que por nosotras dos se enfrenten estos dos nobles caballeros, aquí presentes, pues la querella es muy pequeña. Pero yo no puedo darla por finalizada pues tengo gran necesidad. Os estaría muy reconocida si me dieseis lo que es mío en derecho.

–En verdad –le contestó la otra– quien te contestara ahora perdería el tiempo. ¡Que me abrasen el fuego y las llamas infernales si te doy algo con que vivas mejor! Antes se juntarán las orillas del Sena y será primero la hora nona, que tú obtengas algo sin combate.

–Dios, y el derecho que tengo, en quien me fío y me fiaré siempre hasta el día de hoy, ayuden a aquel que por caridad y por nobleza se ofreció a mi servicio sin saber quién era yo y sin conocerme, ni yo a él.

Siguieron hablando hasta que cesaron las palabras y trajeron a los caballeros en medio de la corte. Todo el

pueblo corrió hacia allí, como suele correr la gente en tales ocasiones cuando quieren ver justas y golpes de esgrima.

Los dos que iban a enfrentarse no se reconocieron en absoluto a pesar de la profunda amistad que se tenían. ¿Es que acaso ahora no se aman? Sí y no, os contesto. Y lo uno y lo otro probaré y encontraré las razones.

En verdad que mi señor Gauvain ama a Yvain y le llama compañero, e Yvain a él esté donde esté. Aun aquí, si le reconociera, ¡qué gran alegría tendría!, incluso pondría en peligro por él la cabeza, y el otro la suya por él, antes de hacerle ningún mal. ¿No es esto amor absoluto y puro? Sí, ciertamente, pero ¿el odio no está también a la vista? Sí, pues es cosa cierta que el uno, sin duda, quisiera romper la cabeza al otro, deshonrarle tanto que valiera menos. A fe mía que es probada maravilla encontrar en un mismo vaso Amor y Odio mortal. ¡Dios mío! ¿Cómo se puede acoger en un mismo albergue a dos cosas tan contrarias? En un mismo albergue, creo yo, no pueden estar juntas; no podría quedarse una con la otra en un aposento sin que hubiera molestias y disputas cuando una supiera la existencia de la otra. Pero en una casa de muchos aposentos hay salas grandes y pequeñas. De este modo se puede resolver la situación; quizá Amor se había encerrado en alguna cámara secreta y Odio se había instalado en las salas que dan a la calle, porque quiere que se le vea.

Ahora Odio está muy ansioso; espolea, aguija y se lanza sobre Amor con todas sus fuerzas y Amor ni siquiera se mueve. ¡Ay Amor! ¿Dónde estás escondido? Sal y verás qué huésped han enviado y lanzado contra ti los enemigos

de tus amigos. Estos enemigos son los mismos que se aman entre sí con un amor santísimo, pues un amor que no es falso ni fingido es algo precioso y santo. Pero Amor es completamente ciego y Odio no ve ni gota; Amor debiera prohibirles, si los reconociera, que se enfrentaran el uno al otro y se hicieran ningún mal. Por esto Amor está ciego, derrotado y burlado y a los que son suyos por derecho, si los ve no los reconoce. Y Odio no sabe decir por qué el uno odia al otro, y equivocadamente los quiere enfrentar y que ambos se odien mortalmente. Ya sabéis que nadie ama a quien quisiera deshonrar y deseara su muerte.

Pero ¿cómo? Acaso mi señor Yvain quisiera matar a mi señor Gauvain, su amigo? Sí, y el otro también. ¿Acaso mi señor Gauvain quisiera matar con sus propias manos a Yvain o hacerle algo peor de lo que digo? No, os lo juro solemnemente. Ninguno de los dos quisiera hacer deshonra ni maldad al otro por todo lo que Dios creó para el hombre y por todo el Imperio de Roma.

Ahora os he dicho una infame mentira, pues es bien evidente que el uno quiere atacar al otro, pues ya tiene la lanza levantada sobre la cuja para herirle, humillarle y dejarle maltrecho y no le faltará el valor para ello.

Decidme pues, ¿de qué se lamentará el que reciba los peores golpes, cuando uno derrote al otro? Porque si llegan a enfrentarse temo que mantendrán la batalla y la refriega hasta que sea vencido uno de los dos. ¿Podrá Yvain afirmar con razón, si llega la peor parte, que el que le ha humillado se cuenta entre sus amigos y que antes no le daba otro nombre que el de amigo y compañero? Y si ocurriera por casualidad que Yvain venciera a su

amigo o que le superara en muy poco, ¿tendría derecho en lamentarse el vencido? No; pues no sabrá de quién.

Ya se alejan el uno del otro para enfrentarse, sin reconocerse. Al encontrarse rompen sus lanzas que eran fuertes, de madera de fresno. No habla el uno con el otro pues si se hubiesen hablado su combate hubiera sido muy diferente. En el choque no se hubiesen golpeado con la lanza o la espada sino que se hubiesen abrazado y besado en vez de destrozarse; mientras que ahora se hacen pedazos y se hieren mutuamente. No ganan nada en ello las espadas, ni los yelmos, ni los escudos, que están hundidos y agujereados y las melladas hojas de las espadas rebotan pues se dan muy fuertes tajos con los filos y no con las hojas, y con las empuñaduras asestan tales golpes sobre los nasales, los cuellos, las frentes y las mejillas que se vuelven azules y moradas allí donde afluye la sangre. Las lorigas están tan rotas y los escudos tan destrozados, que no hay ninguno que no esté hundido. Tanto se esfuerzan en el combate que casi pierden el aliento; es tan ardorosa la lucha que no quedan en los yelmos ni jacinto ni esmeralda engastada que no esté reducida a polvo o arrancada, pues los golpes que se dan con las empuñaduras en los yelmos son tan violentos que quedan aturdidos y están a punto de hundirse el cráneo. Los ojos lanzan chispas, los puños son cuadrados y gruesos, los músculos fuertes y los huesos duros; y se dan terribles golpes en la cabeza con las espadas que empuñan y que gran ayuda les prestan sus incesantes golpes.

Cuando después de tanto luchar se sintieron cansados, con los yelmos rotos y las lorigas desmayadas, pues tanto las habían golpeado las espadas, y los escudos hundidos

y agujereados, se hicieron atrás unos pasos para reposar la sangre y volver a tomar aliento. Pero no se detuvieron mucho rato; en seguida el uno se abalanzó sobre el otro con más violencia que antes y todos dijeron que nunca habían visto a dos caballeros más valerosos:

–No combaten por jugar, sino que lo hacen demasiado seriamente. Las recompensas y los honores no llegarán a recibirlos.

Mientras combatían, los dos amigos oyeron que las gentes hablaban de reconciliar a las dos hermanas; pero la mayor no quiere concertar la paz de ningún modo y la pequeña se somete a la sentencia del rey y no quiere contradecirle en nada. Pero la obstinación de la mayor era tal, que incluso la reina Ginebra, los caballeros, el rey, las damas y los burgueses se ponen del lado de la menor y todos acuden al rey, rogándole que a pesar de la prohibición de la hermana mayor dé a la menor la tercera o cuarta parte de la tierra y separe a los dos caballeros porque su vigor es tal que sería una gran desgracia si uno matara al otro o le arrebatara algo de su honor. Pero el rey les contestó que no intervendría más en poner paz porque la hermana mayor se negaba, tan mala persona era.

Oyeron también estas palabras los dos que con tal coraje se malherían, y esto sorprendía a todos, pues era tan igual la batalla que nadie podía adivinar quién llevaba ventaja o quién la peor parte. Incluso los dos que combatían y que procuraban obtener el honor al precio del martirio estaban maravillados y asombrados pues sus ataques se parecían tanto que cada uno se preguntaba, estupefacto, quién debía ser aquel que luchaba tan violentamente contra él.

Se prolongó tanto el combate que el día se iba acercando hacia la noche, y ambos tenían el brazo exhausto y el cuerpo dolorido y la sangre caliente salía a borbotones por muchos sitios de todo el cuerpo y corría sobre las lorigas; no es extraño que desearan descansar pues el sufrimiento era muy grande.

Entonces ambos reposaron y cada uno piensa para sí que por fin había encontrado a su igual después de haberlo esperado tanto. Mucho tiempo reposaron, sin querer volver a tomar las armas. No les atraía la batalla, pues la noche estaba oscura y tenía gran temor el uno del otro. Estas dos cosas les impulsan y aconsejan a quedarse quietos; pero antes de volver al campo de batalla volverán a ser amigos y la alegría y la piedad les unirá.

El primero en hablar fue mi señor Yvain que era muy noble y cortés, pero su buen amigo no le reconoció al hablar, pues se lo impidió el que hablara tan bajo y con la voz ronca, debilitada y rota porque tenía toda la sangre alterada por los golpes recibidos:

–Señor –le dijo–, se acerca la noche y no creo que seamos criticados ni reprochados si es la noche quien nos separa. Por mi parte os digo que mucho os temo y admiro; nunca en toda mi vida entablé un combate en que sufriera tanto, ni creí encontrar un caballero que tanto quisiera conocer. ¡Qué bien asestáis los golpes y cómo acertáis! Ningún caballero de los que conozco sabe dar golpes tan certeros y desearía no haber recibido tantos como los que hoy me habéis asestado, tan conmocionado me han dejado vuestros golpes.

–¡Por mi fe! –dijo mi señor Gauvain–, no estáis tan agotado y vapuleado, yo también lo estoy tanto o más. Y

si supiera quién sois quizá no os atormentaría más. Os he dado lo mío, pero bien me habéis devuelto la cuenta y el capital y el interés pues habéis sido más generoso en devolver que yo en tomar. Pero sea como finalice esto, ya que deseáis saber por qué nombre soy llamado, no os lo ocultaré más: me llamo Gauvain y soy hijo del rey Lot.

Asombrado y completamente aturdido quedó mi señor Yvain al oírlo: con mal talante y enfadado arrojó al suelo su espada que estaba toda ella ensangrentada, su escudo destrozado y bajó del caballo y dijo:

–¡Ay, qué desgracia! ¡Qué desgraciada equivocación haber empezado esta batalla sin habernos reconocido! Si hubiera sabido quién erais no hubiese luchado con vos sino que hubiera renunciado a luchar antes del combate, os lo aseguro.

–¿Cómo es esto? –dijo mi señor Gauvain–. Pues ¿quién sois vos?

–Soy Yvain que os ama más que a nadie en todo el mundo, tanto como se extiende a la redonda, pues vos me habéis amado siempre y honrado en todas las cortes. Pero en esta ocasión quiero ofreceros esta reparación y este honor: me reconozco vencido completamente.

–¿Esto haríais por mí? –dijo mi señor Gauvain, el amable–. Muy presuntuoso sería, ciertamente, si aceptara esta reparación. Este honor no será por mí, sino para vos, os lo concedo.

–¡Ah, buen señor!, no habléis más: esto no sucederá, pues no puedo sostenerme, tan extenuado y fatigado estoy.

–En verdad que os lamentáis por nada –le dijo su amigo y compañero–, yo soy quien está vencido y maltrecho,

y no lo digo para lisonjearos porque no hay en el mundo ningún extraño a quien no dijera lo mismo, antes que seguir soportando más golpes.

Mientras así hablaban, desmontaron y se echaron uno en brazos del otro abrazándose y sin dejar de decir cada uno que se consideraba vencido.

La disputa no acababa nunca hasta que acudieron el rey y los barones alrededor de ellos y, al verlos reconciliados se mostraron impacientes por saber qué pasaba y quiénes eran los que se demostraban tanta alegría.

–Señores –les dijo el rey–, decidnos, ¿quién de pronto ha introducido entre vosotros dos esta amistad y este acuerdo cuando tanto odio y discordia he visto durante todo el día?

–Señor, no os ocultaré –dijo mi señor Gauvain, su sobrino– la desgracia y el infortunio que han impulsado nuestra batalla. Puesto que habéis permanecido aquí para enteraros, es justo que os diga la verdad. Yo, Gauvain, vuestro sobrino, no reconocí a mi compañero, mi señor Yvain aquí presente, hasta que gracias a él, me preguntó mi nombre como plugo a Dios. Nos dijimos nuestros nombres, y entonces nos reconocimos después de habernos enfrentado duramente. Terrible fue la pelea y si hubiéramos seguido combatiendo todavía un rato más, muy mal me hubiera ido, pues, por mi cabeza, él me hubiera matado gracias a su valentía y por la injusticia de aquella que me había enviado al campo de batalla. Pero, ahora, prefiero mucho más que mi amigo me haya vencido con las armas que matado.

Entonces a mi señor Yvain se le subió la sangre a la cabeza y dijo:

–Muy querido señor, que Dios me ayude, pues cometéis un grave error diciendo esto. Sepa el rey mi señor que en este combate el vencido y el derrotado soy yo, sin lugar a dudas.

–No, soy yo –dijo uno.

–No, soy yo –dijo el otro.

Ambos son tan nobles y generosos que el uno otorga y ofrece la victoria y la corona al otro, pues ni el uno ni el otro la querrían tomar, sino que intentaban convencer al rey y a todos los que allí estaban, que cada uno era el vencido y el derrotado.

Después de haberles escuchado durante un rato el rey puso fin al debate; mucho le complacía oírles y al mismo tiempo verles abrazarse después de haberse destrozado y hecho terribles heridas por todo el cuerpo.

–Señores –les dijo–, una gran amistad existe entre vosotros dos; bien lo demostráis cuando cada uno se confiesa vencido. Pero ahora remitiros a mí y creo que lo dispondré tan bien que el honor será vuestro y a mí me alabará todo el mundo.

Los dos caballeros le prometieron hacer su voluntad en todo lo que les dijera. El rey contestó que repartiría la querella con justicia y debidamente.

–¿Dónde está –dijo– la doncella que expulsó de su tierra a su hermana y la desheredó a la fuerza y sin piedad?

–Señor –le contestó ella–, aquí estoy.

–¿Aquí estáis? Pues venid acá. Hace tiempo que yo ya sabía que la queríais desheredar. Su derecho ya no se le negará, pues me habéis reconocido la verdad. No tenéis más remedio que renunciar a su parte.

–Señor rey –dijo ella–, he contestado neciamente y a la ligera, no me deberías tomar la palabra. ¡Por Dios, señor, no me perjudiquéis! Sois el rey y debéis guardaros de toda injusticia y error.

–Por esto precisamente –le contestó el rey– quiero devolver a vuestra hermana lo que le pertenece en derecho, pues nunca quise cometer una injusticia. Ya os habéis dado cuenta que vuestro caballero y el suyo se han remitido a mí: no hablaré en favor vuestro, porque vuestra injusticia es bien evidente. Cada uno de ellos se declara vencido, tanto desea honrar al otro. No tengo por qué retrasar todo esto ya que el asunto ha recaído sobre mí: o hacéis según mi deseo todo lo que os ordenaré, sin obrar injustamente, o proclamaré que mi sobrino ha sido vencido por las armas; entonces esto sí que será peor para vos, puesto que lo diré contra mi voluntad.

El rey no hubiera dicho esto de ningún modo, pero quiso intentar asustarla tanto para que devolviera la herencia a su hermana, por temor; bien se dio cuenta de que ella no devolvería nada por mucho que le razonara si no era por la fuerza o por el temor. En efecto, llena de incertidumbre y temor le dijo:

–Buen señor, no tengo más remedio que hacer vuestro deseo aunque doliéndome en el alma, pero lo haré aunque me cueste. Mi hermana tendrá la parte que le pertenece de mi herencia; vos mismo seréis la garantía para que ella esté más segura.

–Investidla ahora mismo de su feudo –dijo el rey– y será vuestra vasalla y dependerá de vos: amadla como a vasalla vuestra, y ella a vos, como a su señora y como a su hermana carnal.

Así arregló el rey este asunto: la hermana pequeña tomó posesión de su tierra y se lo agradeció. Luego dijo el rey a su sobrino, el caballero valiente y noble, que se dejara quitar las armas y que mi señor Yvain, si le placía, también se las dejara quitar pues ya no les hacían falta. Entonces se desarmaron los caballeros que habían luchado con igual valentía.

Mientras se estaban desarmando vieron venir corriendo al león que buscaba a su señor; cuando lo vio dio grandes muestras de alegría. ¡Si vierais cómo se echaba atrás la gente! Hasta el más atrevido huyó.

–Quietos todos –dijo mi señor Yvain–. ¿Por qué huís? Nadie os persigue; no temáis que os vaya a hacer ningún daño este león que veis; creedme, pues es mío y yo soy suyo y los dos somos compañeros.

Entonces todos los que las habían oído tantas veces, supieron que eran verdad las aventuras del león y de su compañero; no había sido otro caballero, sino éste el que había matado al gigante traidor. Y mi señor Gauvain le dijo:

–Señor compañero, que Dios me proteja, mucho me habéis hoy envilecido. Qué mal os he recompensado el servicio que me hicisteis matando al gigante para salvar a mis sobrinos y a mi sobrina. Muchas veces me he acordado de vos y por ello estaba angustiado puesto que, como es sabido, nos tenemos amistad y amor. Mucho había pensado en vos, sin duda, pero no tenía ni idea porque nunca había oído hablar en cualquier lugar donde estuviera de un caballero que conociera y que fuera llamado por el nombre del Caballero del León.

Mientras hablaban les quitaron las armas y el león se precipitó hacia donde estaba sentado su señor; cuando

llegó ante él le demostró gran alegría a la manera de una bestia que no puede hablar.

Ahora es preciso llevar a los dos a la enfermería o a un aposento para enfermos porque necesitaban de un médico y de bálsamos para curar sus heridas. El rey que tanto afecto les tenía les llevó un cirujano que sabía curar las heridas mejor que nadie y que se ocupó de curarlas hasta que sanaron las heridas de la mejor manera y lo más pronto que pudo.

14. La reconciliación entre Yvain y Laudine

Cuando ambos estuvieron curados, mi señor Yvain, que había entregado su corazón a Amor sin retorno, comprendió que no podía vivir más tiempo y que acabaría muriendo de amor si su dama no se apiadaba de él, pues se moría por ella. Decidió, pues, marcharse él solo de la corte: iría a combatir a la fuente y provocaría tales rayos, vientos y lluvia que a la fuerza y por necesidad tendría que hacer las paces con él, o no cesaría nunca de provocar en la fuente la tormenta, la lluvia y el viento.

En cuanto mi señor Yvain se sintió curado del todo, se marchó sin que nadie lo supiera llevándose consigo al león, porque no quería dejar su compañía en toda su vida. Largo tiempo caminaron hasta llegar a la fuente y allí hicieron llover: no creáis que os miento si os digo que la tormenta fue tan terrible que nadie os sabría contar ni la décima parte; parecía que todo el bosque se hundiera en el infierno.

Temió la dama por su castillo, pues parecía que iba a hundirse: los muros se movían y la torre se tambaleaba tanto que casi se derrumbó. El más valiente preferiría ser prisionero en Persia entre los turcos, que estar entre los muros del castillo. Tal es su miedo que maldicen a sus antepasados diciendo:

–¡Maldito sea el primero que construyó una casa en este país y los que edificaron este castillo! En todo el mundo no encontraron un lugar que sea tan odioso porque un hombre solo lo puede atacar, provocar una tormenta y destruir.

–Señora –dijo Lunete–, habéis de tomar una decisión. No encontraréis quien se atreva a ayudaros en este trance, si no vais a buscarlo muy lejos. Nunca más encontraremos reposo en este castillo, ni nos atreveremos a traspasar la puerta y las murallas. Bien sabéis que aunque se reunieran todos vuestros caballeros para esta empresa ni el mejor de todos se atrevería a dar un paso adelante, por lo que ahora si vos no tenéis quien defienda vuestra fuente pareceréis una atolondrada e indigna de vuestro rango. Muy gran honor obtendréis cuando el que os haya atacado se vaya sin haber entablado combate. Ciertamente, estáis en mala posición si no decidís otra cosa en lo que os atañe.

–Tú que tanto sabes –le dijo la dama–, dime qué he de decidir y obraré según tu consejo.

–Señora, cierto es que si yo supiera muy gustosamente os aconsejaría, pero necesitáis un consejero más válido. No me atrevo a meterme en esto y, como los otros, soportaré la lluvia y el viento hasta que, ¡Dios lo quiera!, vea en vuestra corte algún noble caballero que tome sobre él el

peso y la carga del combate. Pero temo que esto no sucederá hoy y perjudicará vuestros intereses.

La dama contestó rápidamente:

–Doncella, ¡habla de otra cosa! Dejad a la gente de mi castillo, pues no espero de ninguno de ellos que pueda defender la fuente y la grada, pero, si Dios quiere, veamos ahora vuestro consejo y vuestra cordura, pues siempre se ha dicho que en la dificultad es cuando se pone a prueba la amistad.

–Señora, quien pensara en encontrar al que mató al gigante y venció a los tres caballeros haría bien en irlo a buscar; pero mientras esté en guerra, reñido y enemistado con su dama creo que no existe bajo el cielo ni hombre ni mujer a quien siguiera hasta que alguien le jure y le garantice hacer todo lo posible en reconciliar el menosprecio que le demuestra su dama y que le está matando de dolor y de tristeza.

Díjole la dama:

–Estoy presta antes de que vayáis en su busca a daros la garantía, bajo juramento, de que si él viene a mí, yo, sin engaños ni artimañas, obtendrá el perdón que desea, si es que está en mis manos.

Lunete le contestó:

–Señora, no dudo en absoluto que vos podréis obtener la reconciliación, si os interesáis en ello; pero no os disgustéis si en seguida os tomo el juramento antes de ponerme en camino.

–No veo ningún inconveniente en ello –dijo la dama.

Lunete, que sabía mucho de cortesía, hizo traer con rapidez un relicario de gran precio ante el que se arrodilló la dama. Lunete le hizo, con gran respeto, el juego de la

verdad. Y en la prestación del juramento no olvidó nada en su provecho aquella que se lo había hecho realizar.

–Señora –le dijo–, levantad la mano. No quiero que mañana mismo me reprochéis esto o lo otro, pues lo que estáis haciendo no es en mi provecho, sino en el vuestro. Si queréis, jurad que emplearéis vuestras fuerzas con toda lealtad en la causa del Caballero del León hasta que él sepa que tiene el afecto de su dama igual que lo tuvo antes.

Entonces levantó la dama la mano derecha y dijo:

–Todo lo que has dicho, yo lo confirmo y si Dios y los santos me ayudan, mi corazón no me fallará en hacer todo lo que pueda. Le devolveré el amor y la gracia que tuvo de su señora, si tengo fuerza y poder para ello.

Muy bien consiguió Lunete lo que quería: no deseaba otra cosa que la que había logrado. Fuera la esperaba un palafrén tranquilo. Con la cara radiante y el semblante alegre montó Lunete y se alejó, hasta que llegó al lado de un pino donde encontró a aquel a quien no esperaba hallar tan cerca, sino que había pensado que mucho habría de buscar hasta llegar a él. Tan pronto como lo vio lo reconoció por su león; se le acercó rápidamente y puso pie a tierra. Desde lejos ya la había reconocido mi señor Yvain y la saludó, y ella a él, diciéndole:

–Señor, ¡qué contenta estoy de haberos encontrado tan pronto!

Y mi señor Yvain le respondió:

–¿Cómo? ¿Acaso me buscabais?

–Sí, señor, y desde que nací nunca he tenido mayor alegría, pues he inducido a mi señora a que, si no quiere ser perjura, sea vuestra dama y vos su señor igual que antes. Os lo prometo.

¡Qué gran alegría tuvo mi señor Yvain al oír tal nueva que creía que no oiría nunca más! No pudo demostrarle mayor regocijo a aquella que había conseguido tanto para él: la beso en los ojos, después en el rostro, mientras le decía:

–En verdad, mi dulce amiga, que de ninguna manera podría recompensaros: temo no encontrar los medios y la ocasión en honraros y serviros.

–Señor –le dijo ella–, no os importe ahora esto: no os preocupéis, pues ya encontraréis los medios y el momento de hacerme un beneficio a mí y a otros. Si he hecho lo que debía, tanto se me debe agradecer a mí como a quien pide bienes a los otros y luego los devuelve. Creo que aún no os he devuelto todo lo que os debo.

–Sí lo habéis hecho, ¡qué Dios me proteja!, y más de cinco mil bondades. Ahora nos iremos cuando queráis, ¿pero le habéis hablado de mí y dicho quién soy?

–No, por mi fe, no sabe cómo os llamáis: sólo os conoce como El Caballero del León.

Hablando de estas cosas se alejaron y el león siempre iba detrás de él, hasta que llegaron los tres al castillo. No dijeron nada a hombre ni mujer alguno hasta llegar ante la dama.

Muy contenta estaba la dama cuando le llevó la noticia de que había llegado la doncella llevando consigo al león y al caballero con quien tanto deseaba entablar amistad y a quien tanto deseaba conocer y ver. Mi señor Yvain, completamente armado, cayó a sus pies y Lunete que estaba a su lado dijo:

–Señora, levantadlo y emplead vuestros esfuerzos y habilidad en obtener la paz y el perdón, pues nadie, sólo vos, puede conseguirlo en todo el mundo.

Entonces la dama le hizo levantar y dijo:

–Todo lo que poseo es suyo, y desearía en gran manera hacer sus deseos y voluntades.

–Ciertamente, señora –le contestó Lunete–, yo no diría esto si no fuera verdad. Tenéis todo el poder, más aún del que os he dicho; ahora mismo os voy a revelar la verdad y tendréis conocimiento de ella: nunca tuvisteis ni tendréis tan buen amigo como éste. Dios, que quiere que entre él y vos haya tal concordia y verdadero amor que nunca desaparezcan, ha hecho que lo encontrara hoy cerca de aquí. Para probar que esto es verdad no hace falta hablar más: señora, olvidad vuestro resentimiento, porque no tiene otra dama sino vos; es mi señor Yvain, vuestro esposo.

Al oír estas palabras la dama se estremeció, y dijo:

–¡Qué el Señor me salve! ¡Buena trampa me has hecho porque me vas a hacer amar, a pesar mío, a quien no me ama ni me aprecia! ¡Qué bien has actuado! ¡Qué buen servicio me has prestado! Preferiría soportar el viento y la tempestad durante toda mi vida; y si jurar en falso no fuera cosa reprochable y vil, jamás, por ningún precio, encontraría paz y concordia. Siempre estaría incubado en mi corazón como el fuego bajo la ceniza esto de lo que no deseo hablar ni tengo ganas de recordar, ya que no tengo más remedio que reconciliarme con él.

Mi señor Yvain lo oyó y comprendió que su asunto estaba ya resuelto favorablemente, y que obtendría la paz y el perdón, y dijo:

-Señora, hay que mostrarse misericordioso con el pecador. Muy cara he pagado mi insensatez, y así debía sucederme; la locura me hizo demorarme y vuelvo como

un culpable y un malhechor. Muy valiente he sido al atreverme a presentarme ante vos y si ahora me queréis retener, nunca os haré ningún mal.

–Ciertamente acepto –dijo ella–, pues sería perjura si no hiciera todo lo posible para restablecer la paz entre vos y yo: si os place, os lo concedo.

–¡Señora –dijo él–, mil veces gracias y que me ayude el Espíritu Santo porque Dios no me ha dado una mayor alegría en este mundo!

Ahora mi señor Yvain ha obtenido el perdón y podéis creer que nunca de ninguna otra cosa tuvo alegría mayor después de haber sido tan desgraciado. Ha llegado a buen término, es amado y querido por su señora y ella por él. Ya no se acuerda de nada triste: lo ha olvidado todo por el gozo que le produce su muy querida amiga.

Y Lunete es completamente feliz; no carece de nada de lo que desea, ya que ha logrado una paz que no tendrá fin, entre mi señor Yvain, el leal, y su querida y leal amiga.

Así acaba Chrétien su novela del Caballero del León; no oyó contar nada más sobre ello y no oiréis contar nada más, a no ser que añadan mentiras.

Compuesto entre 1170 y 1181, paralelamente a *El Caballero de la Carreta* –publicado también en esta colección–, *El Caballero del León* narra las aventuras de Yvain, hijo de Urien, incorporando así al personaje a la extensa galería de las obras en prosa y en verso que forman la "materia de Bretaña". El elemento maravilloso procedente de las leyendas celtas que configura alguna de las aventuras principales (como la Aventura de la Fuente) se entrelaza con motivos de la Antigüedad clásica (como el del león agradecido) en una serie de episodios concatenados con una destreza que convierte a Chrétien de Troyes (*ca.* 1135-1190) en uno de los precursores de la novela moderna.

Introducción y traducción de Isabel de Riquer

LITERATURA 3405099 ISBN 978-84-206-8966-1 PVP B
9 788420 689661





Alianza editorial El libro de bolsillo